

JOAQUÍN LEGUINA



La fiesta de los locos



BAJAEPUB

La fiesta de los locos toma el título de un cuadro de Brueghel y se inspira en la vida de Louis Ferdinand Auguste Destouches, o como él firmaba, Celine. Las distintas voces protagonistas que componen la narración iluminan a este personaje. La novela refiere distintos hechos de la Europa inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial. Celine, en entredicho durante años por su ideología política, quizás influyó en la generación Beat norteamericana o en los actuales narradores franceses.

La fiesta de los locos es la primera novela de Joaquín Leguina.



Joaquín Leguina

La fiesta de los locos

ePub r1.0

Big Bang 23.04.15

Título original: *La fiesta de los locos*
Joaquín Leguina, 1989

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.2

más libros en bajaepub.com

Capítulo 1

Hace días vino a visitarme mi editor. Se acercó aquí, a Meudon, donde ahora vivo. Al otro lado del río está la fábrica de Renault. Esta fábrica, en la otra orilla del Sena, en Billarcourt, le da al viejo Meudon el tono gris que tiene esta *banlieue*. He pasado mi vida en la *banlieue*. Nací en Courbeboie y moriré en Meudon. Trabajé en Clichy... en Bézens... pero hasta mi vuelta de Copenhague no había percibido, como una constante, este gris que ocupa el día, un gris que me invade.

Mi editor es, desde hace tiempo, Gallimard. Me da tan poco dinero como cualquier otro. El gas, la luz y algo de comer... y ni siquiera alcanza, y eso que sigo visitando enfermos, aunque a la mayor parte de ellos no les cobro... total para qué.

Cuando vino a verme Gallimard, Lili nos había preparado un té. Quizá el editor hubiese preferido un poco de vino con queso, pero en casa no hay vino ni queso. El vino y el queso matan más franceses que el otro peligro nacional: la carretera. Si se suprimieran estos tres vicios: el alcohol, los lácteos y el coche, los franceses no sólo vivirían más, sino que vivirían mejor. Comer, beber y correr, ¿para qué?

Tomamos té y en torno a esa familiar tradición inglesa (los ingleses también tienen la costumbre, nada familiar, de llenarse de cerveza y de *whisky*) iniciamos la conversación. Le conté al editor que había leído algunos libros relativos a las guerras comerciales del té contra la yerba mate. Los ingleses, y posiblemente sus amigos los portugueses, utilizaron todo tipo de juegos sucios para imponer el té contra el mate. No fue una cuestión de gustos, sino de control de la producción y del comercio de una y otra infusión.

—Si los jesuitas españoles que controlaban la producción de mate en América del Sur hubiesen contado con un buen apoyo comercial, con

unos buenos judíos —le dije para provocarlo—, hoy estaríamos aquí tomando mate tan ricamente.

—Usted no cambiará nunca. Aún insiste, después de todo lo que ha sufrido por causa de su mala lengua.

Nunca he sido antisemita. Los judíos como raza no me dan ni frío ni calor. Es más, no sé si hay razas superiores o inferiores, más bien tiendo a pensar que todas son inferiores, pero los judíos como actitud, como conspiración, existen.

—Mire usted —le dije—, ahora mismo, y por seguir con un ejemplo alimenticio, la mala fama que tiene entre nosotros el aceite de oliva, producido especialmente en el Mediterráneo, se debe a una conspiración comercial. El aceite de oliva es mucho mejor para el estómago y para la circulación sanguínea que las otras grasas y ahí nos tiene usted comiendo mantequilla, que es un veneno.

—No le niego que haya luchas comerciales —contestó—, lo que quiero decir es que sigue achacando a los judíos cosas que no son razonables. Usted llegó a escribir que Luis XIV era judío, que el Papa era judío y sigue insistiendo en la cantinela de los judíos.

Fue en ese momento cuando recordé a Cillie, que era austriaca y judía. Han pasado casi treinta años desde entonces.

Estaba a punto de salir publicada mi novela. Los días de septiembre, brillantes, llegaron de repente. Lucía el sol en el final de aquel verano. A primeros de octubre se puso a la venta mi libro. Recuerdo que fui a recoger a la editorial diez o doce ejemplares recién salidos del horno como panes calientes. Unos días antes, había conocido a Cillie.

Elizabeth, con quien vivía por entonces, se había vuelto a los EE UU, y yo me encontraba a gusto y disponible para cualquier aventura.

Me gustaba estar en la calle. Un día recogí a una alemana casi muerta de hambre en el Pigall's Tabac. Se llamaba Erika, una joven amable que vivía en Breslau. Estuvo unos días en casa. Años después se casó con un

inglés y publicó alguna novela. Era muy frágil, o a mí así me lo parecía. Nos escribimos durante algún tiempo y la volví a ver alguna vez en Breslau y más tarde en Oxford.

Conocí a Cillie en el Café de la Paix. Todo fue una agradable ironía: el nombre del café, su condición de judía y poder cuidarle la bronquitis que agarró por culpa de las traidoras noches de septiembre.

Todo se lo llevó la guerra. No, no era ni soy antisemita. Sí fui antibelicista. Nadie me negará que los judíos conspiraron para que Francia se enfrentara a Alemania. Así vino la masacre. Viví de muy joven la gran guerra, donde me hirieron. Toda mi vida he arrastrado a causa de ello taras físicas, pero lo peor no fueron las heridas, sino haber compartido la miseria moral de la guerra. La guerra es la imposición de la miseria universal. Una innoble tragedia. En aquel final del verano de 1932 la contienda apenas se presentía. Todo parecía tranquilo, aunque unos rusos blancos habían matado en mayo al presidente de la República, Doumer. Meses antes había muerto Briant. Me acuerdo de esa muerte porque coincidió con la de mi padre. Estaba en una edad en que nada se olvida. No sin razón se dice que la muerte del padre es la única que de verdad afecta cuando se es joven.

Nada cambió con la III República: Lebrun, Daladier, Serraut pasaban por la presidencia del gobierno con gran rapidez, o al menos eso me parece ahora.

Nunca pertencí a ningún partido... y bien que lo he pagado. Jamás me mezclé con las «cruces de fuego» donde, por cierto, no sólo había fascistas, también excomunistas y no pocos excombatientes. No tenían ningún reparo en decir y escribir que era preciso acabar con el sistema parlamentario, y ahí siguen muchos, sin que nadie se meta con ellos.

No lo digo para defenderme. De poco me iba a servir ahora. Lo señalo para colocar las cosas en su sitio. Dicen que chocheo, que me encierro cada vez más en mi caparazón, que no tengo un franco y me niego a

cobrar a los enfermos, que destilo mala leche. Quizá tengan razón.

El domingo vino a verme una señora de Clichy, una de mis antiguas pacientes de antes de la guerra. Una señora muy instruida, fina, al corriente de las cosas. Quería que le diera un consejo médico... He cuidado a toda su familia y le pregunté por éstos y aquéllos... gentes que conocí... noticias de los sitios... Porte Puchet, Square de Lorraine, Rué Fanny... ¿qué han hecho de la casa Roguet? Lo sabía todo... Algunos, me dijo, se acuerdan de mí... se han hecho viejos... me envían recuerdos y sus mejores deseos. Lo encuentran, me decía, totalmente injusto: ¡Meterle a usted en la cárcel! De haberme quedado en Clichy, seguro que me hubieran descuartizado.

En aquella época, me refiero a 1932, trabajaba de médico en un dispensario municipal. Vivía en la calle, con Mahé... con Gen Paul... con Elizabeth.

Elizabeth era una bailarina, una americana que cayó por París para descubrir la bohemia. Una mujer alegre que se fue entristeciendo y acabó traicionándose. Yo vivía en la calle y trabajaba en la calle, pues el dispensario municipal era también la calle. Para mí era agradable trabajar allí... hasta que nos pusieron de jefe a Grégoire Ichok.

Grégoire Ichok: un lituano, un judío lituano comunista. Sigo creyendo que lo pusieron allí sus camaradas del Ayuntamiento de Clichy para vigilarnos. Hablaba y escribía en todas las lenguas conocidas. Un gigante pálido. Un imbécil, lo menos, en cinco idiomas. Tenía la mala costumbre de meter mano a las enfermeras y se empeñaba en hacerse llamar señor-médico jefe. Un idiota que nos hacía la vida imposible. Se decía que tenía un hermano en la URSS, otro en Nueva York y una hermana trabajando para la Gepeú en Berlín. Era un pájaro de mal agüero^[1].

El dispensario era el corazón enfermo de Clichy, tenía un hermoso parque en el interior, donde jugaban los críos. Me gustaba trabajar allí, curar o ayudar a los enfermos y, lo que siempre es más importante, dar

consejos a las madres obreras sin tiempo para sus niños, o a las jóvenes putas, apenas adolescentes, que por allí pasaban. Pero las relaciones entre los sanitarios, por culpa de ese pálido judío, se volvieron bastante tirantes, asfixiantes a veces.

Aquellos dos años que precedieron a la guerra los recuerdo llenos de vida. Fueron tiempos de mucho trabajo; me enfrentaba por primera vez con las palabras, con la escritura, con la difícil musicalidad del lenguaje que hay que cazar en el aire como si se tratara de una mariposa transparente, invisible; sin embargo, evoco aquellos días como una fiesta, una diversión, una alucinación fogosa. El sexo... sí, efectivamente lo vivimos a fondo, como si fuese a durar eternamente...

No tenía contrapartidas, era un juego, una orgía inocente. No sé cómo lo practican ahora, treinta años después, quienes pasan por nuestras edades de entonces. Para nosotros era una explosión de risas, de música, de mentiras y de libertad. La única libertad para tantos franceses que no teníamos un franco. Abordábamos a las mujeres en la calle, a la salida del dispensario, en los burdeles... entre las turistas. Cazadores furtivos, eso éramos. Conseguíamos nuestros obscenos fines con una facilidad que sólo se entiende desde la disponibilidad de la otra parte, de las mujeres. No le hacían ascos al asunto. Todo lo contrario, se lo pasaban muy bien abandonando los falsos pudores. No es que despreciaran sus propios cuerpos; si les dábamos algo: dinero, un trabajillo... lo agradecían, pero no echaban por la borda una sonrisa o una canción a ellas dedicadas.

El bueno de Mahé, un pintor bien dotado que dedicaba sus mejores pinceles a los desnudos, tenía un barco en el Sena (una *peniché*) al que hacía atracar en distintos lugares de París porque no sé qué normativa fluvial impedía estar mucho tiempo en el mismo muelle. Este barco era nuestro refugio e impresionaba a las chicas. Lo mejor de todo consistía en que tanto su mujer (no recuerdo si estaba casado legalmente) como Elizabeth participaban gustosas, dicharacheras, cómplices y perversas en

todo aquello sin perder comba.

La luz. Es la luz lo que más ha cambiado... o es que recuerdo sólo los días de sol. ¡Qué pocos días de sol se ven ahora!

Viví en el mismo Clichy hasta 1929 y buena parte de mi primera novela la escribí allí, en la Rué D'Alsace. Luego me fui a vivir a Montmartre. Nunca debí abandonar el oficio de médico. Un buena profesión. Desde luego mejor que la de escritor. El oficio de escribir a lápiz, para poder borrar o que se borre solo, es un oficio atormentado.

Cillie tenía veintisiete años cuando nos conocimos. Recuerdo aquella tarde con precisión. Henri y yo salimos juntos del dispensario y tomamos el autobús.

Soy pintor, artista pintor, y he sido siempre amigo de Louis Destouches. Yo vivía entonces, en 1932, en un barco, el *Malamoa*, que tenía atracado en la isla de Saint Louis. Los de la policía fluvial, unos bordes, me lo hicieron cambiar varias veces de muelle.

Louis trabajaba en el número 10 de la Rué Fanny de Clichy. Ahí estaba el dispensario municipal. Era un edificio de una sola planta y dos cuerpos, en ladrillo gris, con una entrada para coches y ambulancias y otra para enfermos a pie; a un lado los horarios: «Laboratorio: tomas de sangre todos los días 8.30 horas. Radiología: miércoles de 10 a 12 y de 16.30 a 18.30...».

El día en que Louis conoció a la austriaca, a Cillie, fui, como tantas veces, a recogerlo al trabajo. Atardecía cuando llegué al dispensario. Había en la sala de espera gente variopinta.

Louis ejercía su oficio con humor y un poco de humanidad entre tanta miseria; también adobaba la consulta con psicoanálisis casero. Yo me ponía la bata blanca y ordenaba pasar a los enfermos. Ya está, la primera.

—¿Cómo estás querida Mimí? —Era una morenilla de ojos color hierba.

—Más o menos, doctor.

—¿Norte o sur?

—¿Cómo, doctor?

—¿Por delante o por detrás, Mimí?

—Más o menos, doctor.

—¡Abusas sí, abusas, te lo digo yo!

Mimí lanza un suspiro virginal y contesta:

—Son ellos los que abusan doctor.

—¿Tu marido?... ¿Tus amigos?... ¿Tus vecinos?...

—¡Todos! Sí, todos, doctor.

—Entonces debes tener un poco estropeado el... estómago.

—¡Sí! Más o menos.

—Entendido. Ponte esta pomada. Toma... ¿Y querrás, claro está, doce días de baja para continuar abusando?

—Me gustaría que fueran quince, si es posible. —Diez días y vete. Convendría que pararas el circo.

Mimí se va y abro la puerta al siguiente: un vagabundo tambaleante.

—Seguramente te duele el estómago, ¿no? —Sí.

—Pero ¿ya no bebes? —No, doctor.

—No más de catorce litros por día.

—Así es, doctor, no más de catorce litros.

—¿Trabajas?

—Sí, doctor.

Louis le firmó la baja para una semana, le hizo prometer que no bebería más y le dio una receta que decía: «Un litro de H₂ O».

—El boticario conoce la fórmula, no tendrás que pagar nada, es gratis. Díselo de mi parte.

Louis se quitó la bata blanca y guardó el fonendoscopio que llevaba puesto a modo de collar identificativo. Tenía el pelo largo y peinado hacia atrás, y una sonrisa socarrona que a veces podía ser enigmática. La nariz era recta y la mirada clara, profunda, se diría que dura, aunque solía reblandecerse para acompañar a su sonrisa. Debajo de la bata llevaba un traje oscuro sobre una camisa blanca con el cuello rebelde del que colgaba una corbata azul desaliñada. Tenía entonces treinta y ocho años, era un hombre atractivo... eso decían las mujeres. Se sabía, o creía saberse, conocedor del mundo, de la miseria de sus semejantes. Esa miseria le atraía y a la vez le repugnaba.

Salimos a la Rué Fanny. Hacía sol, un sol tímido, de tarde, casi sin fuerza, que daba un tono ocre a las fachadas.

Vivette está sentada sobre la pared baja que sostiene la verja del dispensario. Al vernos se levanta y se quita las gafas oscuras... Juega a la vampiresa americana. Debe de tener dieciséis años. Al quitarse las gafas

de sol enseña un ojo a la funerala, más morado que un obispo.

—¿Qué te pasa? —le digo—. ¿Otra vez te han sacudido tus amigos?

—No, es que ayer estuve en una manifestación.

—O sea que ahora estás metida en política.

—No, pero llevaba una pancarta con la foto de un tipo... No sé quién era.

—¿El que te sacudió?

—No, el de la pancarta.

—¿Y qué?

—Vino un poli y quiso quitármela.

—¿La pancarta u otra cosa?

—La pancarta. Le arreé una patada en los huevos. ¿No estamos en una República? Le debió doler. Gritaba como un mono. Insistió y le mordí una mano. Casi le arranco un dedo con los dientes.

—Ya te decía yo que tienes una buena dentadura —apostilló Louis.

—Cuando volvimos el alcalde me felicitó: «¡Has defendido bien la bandera, Vivette!». Estaba tan alegre que me dio un beso en la boca. Quiso meterme la lengua... de contento que estaba.

—Y tú te dejaste...

—Pues, sí.

—Pero ¿no eras lesbiana la última vez que te vimos?

—Sí, pero me gusta dar algún tipo de servicio a los amigos. A vosotros también.

—Tienes razón. Pero ¡cuenta! ¿Qué tienes ahora entre manos?

—La mujer del dueño de un garaje en Nantes.

—¡Nantes no está aquí al lado!

—Quiere que me vaya a vivir con ella...

—Un trío. ¡Vaya lío!

—No, quiere eliminar al cornudo. Con medio garaje ella piensa que poco puede hacer.

—¡Ah! Entonces... no hay arreglo.

—De eso nada. Le echa unos polvos en el café que le van a llevar dulcemente al cementerio. Cuando lo entierre, se quedará con todo.

—Hay amores que matan.

—Un gran amor. Me escribe todos los días.

—Cuando te hagas rica, espero que nos invites.

Nos fuimos y Vivecte se puso otra vez las gafas ahumadas. Cuando llegamos al Café de la Paix, Louis se fijó en una joven alta, morena, de ojos luminosos, que estaba sentada en uno de los veladores. Quedaban pocos minutos de luz, pero la que aún se filtraba desde la calle iluminaba su perfil.

—Un tres palos —le dije.

—¿Qué buscabas, una goleta?

En nuestra jerga marinera particular, un tres palos era una mujer de más de veinte años con bonito cuerpo.

—Está muy sola y parece extranjera; habrá que probar con el inglés —dijo.

Se acercó a la mesa y se presentó. Ella dejó a un lado la guía Baedeker de París y sus alrededores y le invitó a sentarse.

—Vengo con un amigo, ¿te importa que se siente con nosotros? —le dijo Louis. Me senté y dije algo en inglés, pedí una cerveza y me hice el distraído.

—¿Qué parte de la guía consultabas? —preguntó Louis—. Quizá pueda ayudarte.

—Montmartre —contestó y empezó a leer en voz alta:

La basílica del Sacré-Coeur, en la cima y visible desde muy lejos, fue iniciada en 1875 en cumplimiento de un voto nacional de humildad tras la guerra de 1870-1871; su construcción finalizó en 1914 pero no se consagró solemnemente hasta 1919. Es un

monumento grandioso, en el estilo romano-bizantino del sur de Francia.

—Es una horrible tarta de merengue —cortó riendo Louis—. Si quieres ver la zona lo mejor es ir cuando cae la tarde, así nos evitamos ese pastel y a los beatos que lo frecuentan. Además, los alrededores son alegres y no recuerdan ningún voto nacional. ¿Conoces Pigalle? Está debajo de Montmartre.

—He oído hablar, pero no lo conozco. Llegué ayer y es la primera vez que visito París.

—¿Eres alemana?

—No, austriaca, de Viena.

La muchacha morena llevaba un vestido beige de verano, quizá demasiado liviano para la época, y un sombrero de fieltro color marrón. Era guapa, de rasgos señalados, grandes. Cuando la vi de cuerpo entero, comprobé que poseía unas piernas hermosas y fuertes y un trasero que enloquecía a Louis. Bajo el vestido, sus senos se presentían firmes.

La cosa iba por buen camino. Así que pretexté un trabajo y me fui.

Louis tenía entonces, ya lo he dicho, treinta y ocho años, trece más que yo. Habíamos hecho muchas calaveradas juntos.

Maggy, la pianista con quien me casé en 1927, y la compañera de Louis, Elizabeth, eran muy amigas y por entonces nos reían las gracias, incluso las más pesadas. Ahora pienso que nos seguían la corriente y, en el fondo, se reían de nosotros. Elizabeth Craig... grandes ojos verde cobalto. Una nariz pequeña y fina. Una boca rectangular, sensual. Largos cabellos que le caen sobre los hombros. Senos pequeños y arrogantes. El culo también... alto. Piernas de bailarina. Elizabeth no anda, se desliza muy tiesa. Su cabeza, pequeña, no se mueve al caminar.

No habla... murmura. Si alguien la acosa, flemática, sin mirar, dice: «Son cien francos». El tipo siempre sale corriendo. Ella no da sus favores

más que a los viejos amigos o las jóvenes amigas de Louis, si ello divierte a Louis, y claro que le divierte.

Elizabeth no engañaría a Louis ni por un imperio. En los encuentros adonde la lleva le gusta juntarse con balandros, tiernas morenitas de pequeña talla y belleza que contrasta con la suya, pero no se aparta nunca de su dignidad de barco de tres palos con las velas desplegadas.

Elizabeth era bailarina y americana. Dos cosas que le gustaban a Louis Destouches: los buenos cuerpos femeninos y lo exótico. La verdad es que Elizabeth, ya lo he dicho, entraba en todos los juegos que Louis le proponía. Mirón conocido y confeso, no ahorraba ocasión para montar una pequeña orgía o, lo que más estimaba, un número de bollería fina mientras él miraba. Cuando aquella tarde me marché discretamente del Café de la Paix sabía que, si el asunto le era propicio, recibiría un recado de Louis para montarle un número a la austriaca en mi barco, que era su lugar preferido.

Cuando aparecieron los dos en el café, estaba pensando que me gustaría conocer el París canalla del que me habían hablado y que un apuesto y delicado francés me enseñara los misterios de la ciudad.

Llegar a un sitio sola acaba por no ser divertido. Llevaba en París dos días y apenas había intercambiado otras palabras que pedir comida en un restaurante o la entrada en un museo. La falta de diálogo es lo que más extraño cuando voy sola por una ciudad. Ese sentimiento de extranjería se rompe si alguien, un desconocido incluso, me acompaña.

Eran dos hombres de apariencia agradable. El más bajo, Mahé, era rubio, de aspecto juvenil y pretendía tener, con su atuendo azul de jersey y pantalón, un falso aspecto marinero. El otro, algo mayor, también más alto, tenía un porte elegante y descuidado a la vez. Me llamaron la atención sus ojos claros y su mirada inquisitiva, quizá cínica, pero me inspiraba confianza.

Mahé se despidió. Nosotros salimos enseguida. Decidimos ir al Moulin Rouge. Él parecía contento. El ambiente de aquellas calles me atraía, incluso las putas, abundantes, parecían alegres.

Fue una travesía de París llena de explicaciones que me aturdían y a la vez me encantaban. Deseaba vivir una aventura, y el miedo a lo desconocido se esfumó, como la tarde, con aquel desconocido.

—¿Qué haces en Viena? —me preguntó.

—Doy clase de gimnasia a señoritas.

—¿A bailarinas?

—Sí, también a bailarinas, ¿por qué?

—Me gustan las bailarinas, tienen algo en el cuerpo que vibra. Si tomas la mano a una bailarina se nota una tensión especial.

Me tomó con fuerza la mano y continuó:

—Tú podrías ser bailarina. Las bailarinas ocultan en su cuerpo una línea invisible que me atrae.

Sonreí y eché a andar, pero no me soltó, y mi mano derecha se dejó

apretar por su mano izquierda. Llegamos al Moulin Rouge.

—Si quieres entramos, pero antes tendremos que tomar algo sólido. Conviene ir cenado al Moulin. A la salida uno corre el riesgo de estar hambriento y no tener dónde saciarse... Aunque yo vivo muy cerca de aquí.

Fue una cena frugal. Bebí vino moderadamente. Él no lo probó. Para Louis Destouches el alcohol era el gran mal del hombre occidental.

—En Occidente nos pasamos la vida comiendo y bebiendo. Hemos convertido una necesidad en un atentado contra la supervivencia. Te extrañarías si supieras cuántos franceses mueren al cabo del año simplemente por su falta de moderación en el comer y, no digamos, en el beber. Por no hablar del tabaco. El día que se sepan los males que arrastra se dirá, con razón, que es una forma más de suicidio estúpido y caro. Desde luego hay gustos que merecen palos.

—¿No serás médico? —pregunté.

—Sí, sí lo soy.

—El placer de la comida es pernicioso, el de la bebida también, el del tabaco es criminal. ¿Hay algo que se pueda hacer y sea a la vez agradable y bueno para la salud? —le dije sonriendo.

—Sí, la gimnasia. Puedes seguir con ello y hacer adeptos sin problemas.

—Gracias, pero estaba pensando en otra cosa que, según dicen, es más divertida que la gimnasia.

—«Dicen»..., ¿es que no lo sabes?

Le miré con una sonrisa nada enigmática.

—Créeme —contesté—, tengo en Viena muchos amigos y en especial una muy buena amiga que se gana la vida elucubrando sobre las consecuencias que tiene eso que no queremos nombrar aquí. Quizá porque no tiene un solo nombre: Eros, dicen, está en todas partes.

—¿Tienes amigos psicoanalistas?

—Sí, tengo algunos amigos de la escuela de Freud —le dije—. Incluso he conocido al doctor Freud y a algún miembro de su familia. Mi mejor amiga es psicoanalista. Vive de eso. Quizá hayas oído hablar del doctor Reich. Su primera mujer, también psicoanalista, vive en Praga. Suele pasar temporadas en Viena, en casa de mi amiga Annie Ángel.

—Naturalmente que conozco al doctor Freud —contestó—, vamos, que sé quién es, que he leído cosas suyas. También he oído hablar del doctor Reich, pero no he leído nada de él. Y Annie Ángel, ¿es tan guapa como tú? —preguntó.

—¿Es un cumplido? —contesté.

—No. Es una pregunta interesada. Por cierto, que esos amigos tuyos, ¿serán todos judíos?

—No todos. Muchos de ellos sí, aunque no son religiosos.

Me quedé mirándole y él no se despojó de la sonrisa abierta, cómplice incluso. Me extrañó su interés por los judíos. Así que le solté como un escopetazo:

—Yo sí soy judía.

La frase quedó en el aire algún tiempo. Visto de lejos diríase que fue a parar a su conciencia como una referencia incómoda.

El Moulin Rouge estaba lleno de turistas, pero también tenía sus fans locales. Fue pícaro y divertido. No paré de pedirle aclaraciones sobre las frases de doble sentido.

—¿Cuál es el París real —me decía Louis—, éste, alegre, ligeramente canalla..., la miseria que se ve en Clichy o la falsa opulencia de la Place Vendôme? Quizá ninguno de ellos. Además, de poco sirve saber lo que es real, si al fin y al cabo es difícil cambiarlo. Tú eres real, hermosa, llena de vida. Se diría, incluso, que inteligente.

Me reí. Hacía frío a la salida del *cabaret*. Me ofreció su chaqueta, pero la rechacé. Lo hice en mala hora, pues acabé por enganchar una bronquitis.

—No te preocupes —le dije—, aguanto bien el frío. Soy amiga de la nieve. ¿Sabías que Austria tiene mucha nieve? —le pregunté bromeando.

—Sí, lo sabía, incluso he estado en el Tirol, pero no creo que vayas a esquiar así, vestida con ropa tan ligera. Si quieres vamos a un café.

El café estaba lleno de gente noctámbula, con un calor reconfortante, pero demasiado ruido. Nos sentamos y nos hicimos servir un té para mí y un Perrier para él. Seguramente pensaba en cómo aproximarse a mí. Yo esperaba que lo hiciera, pero una especie de estupidez hace que las mujeres nos callemos en estos casos. Se le veía incómodo, como si la gente le acogotara. Daba la impresión de querer hablar, pero no conseguía asir un tema de conversación. Intenté ayudarle, pero resulta tan difícil al principio... ese oscuro silencio que sobrevuela en las citas primerizas. Me estaba poniendo nerviosa. De pronto sacó dinero del bolsillo y pagó. Menos mal.

—¿Nos vamos? ¿Dónde te alojas? —me dijo.

—Cerca de la Gare du Nord —contesté.

Fue fácil encontrar taxi y el paseo resultó agradable. El aire que entraba por las ventanillas bajadas nos hacía sentir el fresco de la noche.

Allí, en la leve oscuridad del coche, el malestar ante lo desconocido, que yo notaba en él, fue desapareciendo. Descuidadamente me volvió a tomar la mano. La suya estaba fría. Acoplé perceptiblemente mi hombro derecho al izquierdo suyo.

—Mira, quizá te parezca una impertinencia innoble. Piensa lo que quieras, pero ¿por qué no coges tus cosas y te vienes a mi casa? Es grande y está en Montmartre, no lejos del Moulin Rouge. Te gustará. Bueno, no quisiera parecer un salteador de caminos.

—No pareces un salteador de caminos, pero si te digo que sí voy a parecer una chica muy fácil. ¿No crees?

—Bien, eso de la facilidad podemos discutirlo luego. De momento, sería agradable que aceptaras.

—Está bien. Tardaré algo. Lo primero que hago al llegar a un hotel es deshacer las maletas.

Pasó calor entre las manos de ambos.

—Te espero en el taxi. No tardes mucho, se acerca la hora de las brujas —me dijo cuando bajé del coche.

—¿Qué quieres decir?

—Nada especial, date prisa.

En este inesperado final del día, le dejé sentado dentro del Renault negro. Percibo aún la mirada entre irónica y cómplice del taxista, un hombre grande y bigotudo que nos ofreció tabaco. «Fueron minutos, los de esta espera, llenos de exaltación», me dijo días después, «donde ese pequeño monstruo que habíamos llamado Eras se adueñó de mi cuerpo y de mi mente». Le preocupaba aparecer ante una desconocida sólo como un aventurero, como un ligón de café.

Bajé con las maletas. Pagué la cuenta y él, que me miraba desde el coche, salió y me ayudó a meter el equipaje.

—¿He tardado mucho? —pregunté.

—No has tardado nada.

Volvió a cogerme la mano y no hubo conversación hasta llegar al 98 de la Rue Lepic.

La casa donde vivía daba a la calle Girar-don. La planta baja estaba ocupada por una tienda de pretendidas antigüedades. «Cacharros viejos», decía Louis. El edificio tenía tres pisos y Louis ocupaba la tercera planta. Había libros por todos lados, en un desorden que denotaba vida. Decorado burgués, estilo médico rural, armarios bretones —me informó—, sillones de estilo, un amplio diván y en la pared una lámina al pastel que representaba una bailarina, firmada por Degas. Por la ventana trasera del estudio, París. París y su cielo.

Según me confesó mucho más tarde, se había trazado una meta aquella noche: ser un caballero, un simple anfitrión. Me hizo pasar a una

habitación, que no era la suya. Había sido desde 1929 la habitación de Elizabeth, que estaba en los EE UU.

—Bien, me iré a la cama, a esa cama que me has ofrecido —y sonreí al decirlo—. La verdad, esperaba otra cosa.

—Quiero demostrarme y demostrarte que no me acerqué a ti con la única intención que quizá tú hayas estado imaginándote toda la noche.

Parecía encontrarse bien al pensar que era un acto de renuncia tener cerca a una mujer que consideraba hermosa y tomar distancia.

—Soy francés, me siento francés en el sentido de que las infinitas variantes en torno al trivial e imperioso sentido de la reproducción siempre me parecieron curiosas —me dijo al día siguiente—. He vivido mucho tiempo transformado en Priapo, disfrazado de macarra o de mecenas. Los asuntos del sexo nunca me parecieron trágicos, excepto cuando tienen que ver con la enfermedad o con el embarazo. Digo lo de Lenin: es un magnífico estimulante biológico. Nada más y nada menos. Desprovisto de celos, de donjuanismo, de sadismo, no siento entusiasmo sino por la belleza de las formas, la fluidez, la juventud, el movimiento, la gracia. En pocas palabras: soy un sucio, un mirón. Siempre me gustaron las mujeres hermosas y lesbianas, bueno, que no tengan inconveniente en hacerlo con otra mujer. Que se acerquen, se acaricien, se devoren. Dicen que es una perversión. Es posible, pero del sexo me interesa el aspecto morboso o lo que llaman perversión. Lo otro, la convivencia, el cogerse de la mano, puede ser una buena amistad o una farsa, pero no tiene mucho que ver con la pasión, o, mejor dicho, con lo que yo entiendo que es la pasión. Sin transgresión, sin desgarró, sin saltar el muro de lo prohibido, no hay pasión.

Me lo dijo de amanecida, como desquitándose de su caballerosidad de la noche anterior.

Sonó el despertador en la habitación. Él ya estaba vestido, recién afeitado y olía levemente a perfume. Se marchó enseguida para tomar el

autobús.

Pero antes se acercó otra vez a mi cama, me dejó en la mesilla las llaves de la casa y me dio un beso. Casto, mañanero, cariñoso.

—Aprovéchate de París —me dijo—. Va a hacer buen día. Si vas al Louvre no veas más que las momias egipcias y medita sobre la estupidez de nuestros antepasados, que quisieron vencer a la muerte y ahí los tienes, puestos en una vitrina para asombro de turistas.

Remoloneé por la casa hasta bien entrada la mañana. Luego bajé por la calle torcida de Lepic hasta el metro. Fui al museo de Arts et Métiers y paseé por el Sena. Comí algo en el Barrio Latino, con el apetito de una turista pobre y andarina.

Cuando volví a su casa, él estaba en su cuarto. Parecía dolerle la cabeza. Luego me explicó que tenía neuralgias a causa de una herida de guerra. Sin embargo, se levantó y me regaló la mejor de sus sonrisas.

—Vamos al Bois de Boulogne. Me gusta pasear entre los árboles mientras caen las hojas. Las hojas caen en mayor cantidad al atardecer. Te diré los nombres de todos los árboles. Viniendo hacia aquí me he encontrado con Marcel, un amigo que trabaja en el cine —creo que maneja las cámaras—, y me ha dicho que están rodando una película cerca de la Porte Dauphine, al lado del Bois de Boulogne. El actor principal es Carlos Gardel, el cantante argentino. ¿Sabes quién es? Si quieres nos acercamos a verlo, en esos estudios acaban tarde.

Fuimos al Bois de Boulogne y, ya de noche, nos acercamos andando a los estudios de cine, un barracón grande y destartalado. Allí todo el mundo parecía cansado. Nos dejaron pasar y Marcel, un hombre alto, flaco, de buenos modales, nos rogó que no metiéramos ruido. Puedo decir que conocí a Gardel, un individuo paciente al que hacían repetir una escena de amor con una actriz. Creo recordar que se llamaba Imperio Argentina. La mezcla de francés, inglés y español hacía de aquel barracón una babel cinematográfica. Aún debieron seguir trabajando mucho

tiempo después de que nos fuéramos a cenar.

Fue ese día cuando me preguntó mi apellido. Pam, le dije. Aprovechó para uno de sus frecuentes y divertidos monólogos durante los cuales sus ojos azules traspasaban el espacio y parecía dirigirse al mundo o a sí mismo. De repente volvía, te miraba y concluía con una frase feliz o una caricia. Como diciendo: «Sé que estás aquí».

—¿Te llamas Pam? Tienes nombre de dios griego, ¿lo sabías? Algunos dicen que Hermes engendró a Pam con Penélope, la fidelísima mujer de Ulises. Era tan feo al nacer, con cuernos, barba, cola y patas de cabra que Hermes le llevó al Olimpo para que se divirtieran los dioses. Era, según cuentan, un dios tranquilo y perezoso, dado a las orgías. Se jactaba de haber poseído a todas las Ménades borrachas de Baco y a Selene. Es el único dios que ha muerto. Lo anunció un marinero de nombre Tamo que lo oyó al cruzar en su barco frente a Paxi. En todo caso era un dios poco pagado de sí mismo, que cultivaba el buen vivir y no la tragedia. No era un salvador, sino un vividor. Un flautista.

Me miró y dijo:

—¿Y... tú?

—Acepto el linaje de ese dios con cuernos —le contesté.

Me sentía atraída por él, casi hipnotizada, y esa noche, mientras hacíamos el amor por primera vez, viendo por la ventana las luces de París, acepté jugar el juego que más le gustaba.

—Será un regalo para mí —me dijo.

—Está bien —continué—, creo haber perdido la vergüenza contigo.

Extrañamente, me siento a gusto recordando tamaño disparate.

Al día siguiente no lo vi ni a la hora de cenar. Debió llegar muy tarde y yo, agotada de pasear por París, debía estar profundamente dormida cuando entró, si es que lo hizo, a darme las buenas noches. La mañana siguiente amaneció radiante. Clavada en la puerta de mi habitación había una cita con una hora, las seis de la tarde, y un plano de la isla de St.

Louis. El muelle *Bourbon* y el nombre de un barco. Esa mañana me acerqué a Notre-Dame y pasé por la isla. En efecto, allí estaba el barco; se llamaba *Malamoa*. Más tarde comprobé que el capitán era Mahé, el joven rubio a quien había visto con Louis el día en que nos conocimos.

Me produce algún pudor contar lo que pasó aquella tarde. Louis apareció a la hora fijada. Yo estaba leyendo contra el sol en el muelle y no lo vi llegar. Venía acompañado de tres personas: un matrimonio descompensado (él era mucho mayor que ella) y una chica morena, joven, de aspecto proletario, llamada Pauline. La mujer se acercó y me besó con sorprendente confianza.

—¿Ésta es Cillie? Es muy hermosa —dijo.

Su marido tenía un aire resignado y oscuro. Vestía con una corrección chocante en aquel muelle lleno de bohemios, turistas y vagabundos. Louis sonreía en su lejanía real o fingida.

Mahé nos esperaba, pero nada más saltar al barco y hechas las presentaciones desembarcó para hacer unas compras.

Henri Mahé era, como ya dije, rubio y de facciones correctas. Tenía el cabello abundante y largo. Pintaba y ejercía de bohemio. Era un tipo simpático y alegre, nada trágico en su comportamiento.

En el salón del barco había sillas y butacas, dos mesas relativamente pequeñas y, cosa extraña, un piano de cola. Según supe después era de su mujer. Louis, que conocía bien los enigmas del barco vivienda, sirvió, contra sus principios, abundantes copas de champán.

La mujer, bien parecida, vestía un traje gris de lino y adornaba su cuello con unas perlas de buen tamaño. Recuerdo que llevaba unas medias también grises, de seda, más oscuras que el traje. Sus zapatos abiertos y de tacón alto le daban un aire espigado. Su gesto era forzosamente encantador y no resultaba difícil imaginar a su marido, sin duda adinerado, sometido a sus caprichos. A lo largo de la velada la afectación del comienzo se diluyó.

Tras dos copas de champán, vino hacia mí y, arrodillándose delante del sofá donde estaba sentada junto a Louis, acercó su cara a la mía y, entre susurros, me besó, primero el oído, luego las mejillas y finalmente los labios. Sabía que algo iba a pasar, pero me sorprendió que ocurriese tan pronto. Ni quería resistirme ni deseaba ser activa. Me dejé llevar. Me arrastró al cuarto vecino, donde una cama, que me pareció enorme, ocupaba el centro. El barco apenas se movía. Me tumbé en la cama y miré cómo se desnudaba. Recuerdo que pensé en el precio de tanta lencería fina. Tenía, en verdad, un hermoso cuerpo, delgado y firme. Me arrebató la ropa entre caricias. Cerré los ojos y me dejé llevar. No conocía a aquella dama y, sin embargo, confiaba en ella como si me pusiera en manos de un médico o de un peluquero. Poco a poco, contesté a sus sabios ardores y perdí el control. Recuerdo que, al final de la sesión, con la llegada de Mahé, éramos cuatro sobre la cama: esta dama, Pauline, Mahé y yo. Louis, sentado en un sillón a un lado, observaba sonriente. Lejos de él, el marido de la mujer también miraba.

Después de tantos años y con el tamiz de los hechos trágicos que ocurrieron más tarde, recuerdo con nostalgia aquella broma. Broma inocente que tuvo por centro nuestros cuerpos convertidos en voluntario y perverso espectáculo.

Contado así, visto con la lejanía del tiempo, los aspectos morbosos se diluyen y queda la risa. Empero, el sexo vivido intensamente no es otra cosa que un abuso de confianza. ¿Qué prendas íntimas llevaba yo aquella tarde soleada? ¿Qué nervios de ansiedad me tomaron durante la espera? ¿Qué gestos, qué caricias nuevas se me ocurrieron?

He de decir que no era la primera vez que tenía relaciones con otra mujer. Nunca me importó responder con un sí a una proposición si había confianza y cariño y el deseo llegaba, pero he de confesar que aquella tarde náutica sobre el Sena fue la primera vez que me enfrenté a unos desconocidos y que no podía, no quería, volverme atrás. Saber que has de

contestar que sí a lo que te demanden es a la vez un reto y un descanso. Después de romperse el hielo con las copas de champán, no sabía, ya he dicho, cómo iba a empezar todo. Fue una suerte que ellos sí lo supieran. Así que cuando nuestra dama se me acercó y puso sus manos en mi cara, en mis muslos, en mi sexo, me sentí libré. Era una forma dulce de comenzar. Su descaro, cuando deslizó sus manos enjovadas entre mis medias, me produjo una sensación de imperiosa necesidad, tuve que reprimirme para no tomar la iniciativa. Le agradecí también que me arrastrara a la cama y que se desnudara. Recuerdo sus muslos llenos y estirados. Cuando bajó sus labios a mi sexo, no pude sino responder con la misma caricia, pero era una situación incompleta, quería ver a Louis y lo que hacía. Sentado en un sillón, allí cerca, acariciaba levemente a Pauline y yo quería que él, aun sin participar, me acogiese con sus ojos claros. Pauline se deslizó sobre la cama y vino sobre mí. Las dos mujeres me acariciaban, pero yo quería ver la cara de Louis. Mis manos actuaban sin cansarse, demorándose en aquellas pieles suaves, en el sexo húmedo de ambas, pero mis ojos no le perdían de vista y querían ser mirados por Louis aun en los momentos álgidos de aquella maratón maravillosa.

Cuando llegó Mahé, lo vi desnudo en actitud de entrar en combate. Nos arrebató a Pauline y puso sonido en aquella película muda. Yo no entendía muy bien lo que decía, pero Pauline reía y alguna carcajada salió también del público tan escaso como atento. Recuerdo que Mahé, aparte de palabras, trajo una manera risueña de hacer las cosas. Tanto es así que me avergüenzo un poco al recordar la forma tan curiosa que tuvo de acabar su encuentro con Pauline.

Henri:

Iré el jueves a las seis con Cillie, la austriaca del Café de la Paix. Supongo que te acuerdas. Nos acompañarán los Lauriot. Cillie es una verdadera tres palos. ¡Ya verás! Es infinitamente sensible y apasionada. Su ropa y sus muslos... ¡Ay, amigo mío!

Hasta pronto.

Louis

Un tres palos y, además, subrayado.

Entre nosotros, ya lo he dicho, clasificábamos a las mujeres guapas según una jerga marinera. Una jovencita prometedora era un balandro. Cuando veíamos a una por la calle nos poníamos detrás. Si iba con su madre, mejor. Las madres, en cuanto empezábamos a hablar de nuestras relaciones con el negocio del cine o del teatro, cedían... Té con pastas en casa y facilidades. En dos días... listo y al bote.

Diecisiete, dieciocho... veinte años... eran nuestras goletas. ¡Había que ceñirse al viento! ¡Proponer el flete! Anunciar la visita al *Malamoa*: «¡Se está muy bien allí dentro!». Luego... salir al muelle... Sacar el acordeón... Cantar un poco... El arrumaco y... ¡a por todas!

—¡Qué tarde se ha hecho! ¡Ya son las siete y mi madre me espera!

¿Dónde he puesto mis bragas?

En fin, más de veinte años, piernas largas, culo firme, buenos andares... Un tres palos. La austriaca se merecía el título.

Hacía un día estupendo, con sol, ese sol de París que tanto se hace desear. Monté el caballete desde por la mañana. Hay colores que es preciso apresar en vivo. Había aprovechado el tiempo cuando vi llegar a Louis con M. Lauriot, su mujer, Pauline y la austriaca.

M. Lauriot era un judío rico, comerciante de joyas al por mayor. Louis lo conocía de cuando trabajaba en la joyería Wagner de la calle del Temple, pero realmente lo «reconoció» una noche en el Balajo antiguo, que era el mejor burdel de los que frecuentábamos.

El nuevo Balajo de George France representaba otra cosa. O a mí me lo parecía, porque me encargaron la decoración y me pagaron bien, pero eso fue en 1936. Louis me acompañaba a los burdeles y difícilmente se dejaba hacer por alguna chica, ni siquiera cuando, por ejemplo, *Madame Corinne* nos lo ofrecía como gesto amable de la casa.

M. Lauriot se presentó un día a pedir un servicio especial. Louis le reconoció. El judío quería elegir una chica para que le acompañara a su casa.

—En fin... ya sabe usted, para mi mujer y para mí.

Madame Corinne se resistía por miedo a algún sadismo. Quería mucho a sus niñas. Eran todas muy decentes, decía, y lo decía en serio. Louis terció a favor de Lauriot y lo avaló como persona seria, formal y acaudalada. El que se recordaran sus dineros no debió gustar mucho al judío, pero consiguió lo que se proponía.

—Muchas gracias, señor...

—Doctor Destouches, para servirle —contestó Louis. El otro le entregó amablemente su tarjeta.

La gente era muy educada en los burdeles. Pienso que, al suprimirlos, se han echado a perder las buenas costumbres.

A Louis siempre le encantó ver esas guarradas, pero yo, la verdad, prefiero participar.

El caso es que un día se atrevió a llamar a Lauriot y proponerle un cuadro. Louis «aportaría la otra chica», que no era sino Elizabeth Craig. Ya lo conté: Elizabeth tenía un cuerpazo monumental y estaba enamorada de él. Se prestaba a estos números por darle gusto, y porque ella también disfrutaba.

Cuando apareció la austriaca de la que hablo, Elizabeth se había ido a los EE UU, y aunque volvió después de publicada la novela —que Louis le dedicó—, ya no fue como antes.

La madre de Elizabeth murió en 1932, durante esa vuelta suya a los EE UU. Más tarde, creo que en 1934, y ante el anuncio de que su padre estaba enfermo, volvió a marcharse. El muy cerdo la desheredó en el lecho de muerte. Elizabeth no se arrugó: ni corta ni perezosa, se casó con el juez que llevaba el pleito de la testamentaría. Así, sin más...

Pasaron meses sin que Louis se enterara de lo ocurrido. Tomó el barco para Nueva York. Allí no estaba Elizabeth, pero supo que podía localizarla en California. Fue allá y descubrió el pastel. Me escribió una carta desde Chicago, de vuelta a Nueva York.

Me han pasado cosas tan fantásticas que aún deliro. El destino me ha jodido bien. Incluso me han salido unos forúnculos que me inmovilizan. ¡Elizabeth se ha entregado a un gángster!, te puedes imaginar el resto.

El juez era judío. Tengo para mí que todas las locuras antisemitas de Louis vinieron de ahí y del odio que le provocaba su jefe de Clichy, que también era judío.

Como iba diciendo... hacía un buen día para ser septiembre y la isla de Saint Louis estaba hermosa. Es uno de los sitios que más me gustan de París. Mucho turista antes y ahora, cierto, pero no deja de ser un rincón hermoso. Ahora voy poco por allí, me he engolfado en la *banlieue*, me he acostumbrado a Charenton.

Subieron a bordo y los dejé instalados. Fui a comprar bebida y algo de comer, no porque corrieran prisa tales encargos, sino porque sabía lo que iba a pasar y los prolegómenos me resultan embarazosos; prefiero que el estarivel esté montado cuando entro en escena.

Cuando volví, estaban todos en mi habitación. La austriaca tenía un cuerpo que cortaba el aliento y *Madame* Lauriot, una bruja guapísima, lo trabajaba a sus anchas. Pauline, una de las chicas de Clichy protegida de Louis, que debía tener dieciocho o veinte años, se divertía, tan seriecita... Pauline estaba allí, sobre la cama, ayudando y ayudándose con *Madame* Lauriot. Me desnudé y fui hacia ella.

—Ten cuidado —me dijo.

—Sí, Henri, ten cuidado con la chica, no le des un disgusto —se oyó la bronca voz de Louis.

Le perturbaba hasta la obsesión el asunto de los embarazos. Por el dispensario de Clichy pasaban todo tipo de dramas y a Louis le preocupaban la gente y sus miserias.

Sí que tuve cuidado. Pauline estaba agachada y yo detrás de ella, a lo perro. Comenzó a agitarse y a emitir esos grititos que me sacan de quicio. No podía más y se me ocurrió hacer una gracia. En el momento culminante saqué la escopeta y apunté a la pareja de al lado. Debía tener acumulada mucha energía pues rocié a las dos en abundancia. La bruja, a quien no le gustaba que le tocara un pelo macho alguno, gritó: «¡Cerdo!», y deshizo el encanto. Se levantó al baño sacudiéndose las malas pulgas. Todos nos quedamos riendo a carcajadas. Parecíamos felices. Cuando volvió no estaba enfadada, hasta se acercó y me pasó la mano por la cabeza condescendentemente.

Tomamos en el barco una cena agradable. Después, dando un paseo, nos acercamos al Marais. En Vosges, Louis explicó la historia de la plaza. Contó un avatar siniestro, un ajusticiamiento: cuatro caballos descuartizaron en esa plaza a un reo en tiempos de uno de los Luises. Nos

dejó mal sabor de boca el suceso, a buen seguro, real.

Eran mejores aquellos tiempos, que presagiaban, sin nosotros saberlo, otros peores, sangrientos y sobre todo desgarrados. Pero aún nos sentíamos alegres, con ganas de vivir.

No sé por qué me viene a la memoria la imagen de un extraño patinador que hacía las delicias de la gente por aquellos días. El tipo se subía sobre dos barras de hielo a las que sujetaba sus pies. Agarraba con las manos dos cuerdas, de las que tiraba un Citroën, y patinaba de esta guisa por la plaza de la Concordia. El individuo, que iba en camisa, tenía sobre la nariz unas gafitas y, lo que resulta increíble, patinaba con un cigarrillo encendido entre los labios.

Quizá fue la fresca brisa del Sena, o los fríos de la primera noche al salir del Moulin Rouge, pero me puse enferma, ya lo he dicho, con una bronquitis que duró varios días. Louis pasaba conmigo el mayor tiempo posible. Gen Paul, un pintor vecino, me traía la comida «por encargo del doctor», como decía en broma. Conversábamos mucho; Louis estaba obsesionado con la guerra, la que había padecido y la que, según él, podía venírse nos encima. Cualquier cosa mejor que la guerra. Fue en esos días cuando me enteré de que su primera novela sería publicada de inmediato.

—¿Por qué escribes? ¿Cuándo? —pregunté.

—Escribo como puedo, cuando puedo y donde puedo. Toda mi vida he trabajado para vivir. Empecé a los doce años y, salvo los cuatro de la guerra, he robado horas a quienes me empleaban para llevar adelante algún proyecto personal. Escribo a salto de mata, como he vivido siempre. Así hice mis estudios, así he redactado mis libros. Escribo, aparentemente, como hablo. La primera página, la primera frase y dejarse ir... hasta el fondo... hasta el fondo de la noche.

Yo había ido a París a olvidar el absurdo accidente de montaña que me dejó viuda la última primavera. No creo haber estado enamorada de mi primer marido, pero era un buen compañero de juego, de juegos casi

infantiles. Era mi amigo y mientras yo crecía él se mantenía igual. Su muerte fue también un juego estúpido.

Cuando me recuperé de la bronquitis volvimos a los paseos y al cine. Alguna cena en la Coupole de Montparnasse. El color del cielo, las gentes de Montmartre, hasta la miseria que se desbordaba por el Pigalle cercano con los últimos apaches, destilaban una alegría que no encontré cuando regresé a París poco antes de la guerra.

Ahora me parece que las cosas, los sitios, las ciudades, tienen la edad y el tono de nuestros recuerdos. Sería terrible detener el tiempo y ver pasar a la gente, nuestra gente, hacia la vejez y la muerte, sin acompañar su deterioro físico, sus cambios. Sin embargo, también es triste envejecer y abandonar las cosas que fueron nuestras de una precisa y determinada forma, con la luz de un día alegre o la grisácea tarde aciaga. Recordar no es precisamente volver a vivir, sino retener, por segundos, el halo de la muerte en las cosas y en las personas que fueron nuestras, aunque lo fueran por muy corto tiempo.

Cuando se es joven se tiende a pensar que el futuro nos pertenece y lo normal es dejar pasar la vida delante de nosotros con la seguridad de que volverá. Sin embargo, ¿quién al andar por el crepúsculo o al trazar una fecha de su pasado no sintió alguna vez que había perdido una cosa infinita?

Ahora creo que me enamoré de Louis, pero entonces no me importó alejarme de él porque estaba segura de que no lo iba a perder. Tenía la juvenil seguridad de que, cuando quisiera, volvería a tenerlo cerca. En muy buena parte, así fue durante algunos años. Tenerlo sin poseerlo, saberlo cerca en la distancia. Fue un encuentro en que la ternura pesó más que la pasión. Aunque en lo que al culo se refiere, como Louis gustaba decir obscenamente, tampoco nos fue mal. Le agradaba adularme y reverenciar mi cuerpo y, de mi cuerpo, aquello que se ve por detrás, de la cintura al suelo. Remoloneaba como un gato con sus caricias y bromas.

Tuve esos días la sensación de quien aprende rápido. No el aprendizaje de nuevas cosas o de relaciones entre las cosas y los hombres o entre los hombres mismos: no sabía más cuando salí de París que cuando llegué. Sin embargo, mis sentidos sí estaban más despiertos la mañana en que tomé el tren en la estación del norte para dejar la ciudad. Mi sexo había aprendido algo nuevo y diré que agradable, pero era el tacto de las cosas, la demora en la visión plácida del paisaje, lo que había adquirido.

La experiencia compartida de la confianza, a ratos la pasión, frecuentemente la ternura. Estaba enamorada pero no quería la seguridad que da la posesión, la pertenencia. Buscaba diferenciar la seguridad, la convivencia, los hijos, la normalidad..., de la pasión. Pasión imaginada, furtiva, intrascendente desde el punto de vista intelectual.

Mis amigas de Viena y yo habíamos teorizado bastante cínicamente al respecto: un cariño tranquilo y permanente, un hombre con recursos económicos, no posesivo, intelectualmente culto, que nos quisiera y que se conformara con lo que aportáramos al matrimonio. Luego... la libertad para tener, aparte, nuestra vida, la intelectual, pero también, al cabo, la sentimental. Ésta sin compromisos, al paso, pero a veces apasionadamente. Tal era nuestro esquema esquizoide y feliz. Todo resultó irrealizable. Las teorías funcionaron, como casi todas, mal, pero marcaron nuestra juventud.

Algunas decisiones que tomé, no muy lejos de aquellas fechas, tenían esa justificación. Justificación que, por cierto, apoyó con entusiasmo el propio Louis.

No me traiciona la memoria, aún tengo sus cartas:

Querida Cillie;

Amor... nada de amor... eso no tiene demasiada importancia. Lo que cuenta es vivir sufriendo lo menos

posible. Tu nuevo novio me parece delicioso, pero si no tiene dinero no te interesa. Hace falta ser rico, Cillie, es decir, libre. Chata e insípida verdad que nos embrutece día y noche...

Eso me escribió algún tiempo después de aquel primer encuentro.

Esos consejos cínicos me parecieron entonces bromas divertidas que a nada y a nadie comprometían. No era capaz de detectar la angustia que latía en tales pensamientos. El terror a la inseguridad estaba detrás de esas referencias al dinero como signo de posesión sobre las cosas. Alguna vez, más tarde, me llegó a decir que también para él habían sido aquéllos los últimos días de luz y de brillo. Desgraciadamente, a su pesimismo melancólico vinieron a darle la razón los hechos posteriores en cuyo maremágnum se perdió y lo perdimos.

Aún tengo aquí, en mi diario y con su letra, una cita de Montaigne que me escribió aquel septiembre: «Cuando se vive mucho tiempo, se ha visto todo y lo contrario de todo». Para quienes hemos sobrevivido a los avatares de este terrible siglo, la frase toma un amargo sentido.

Atravesando la calle Lepic, enfrente mismo del número 98 donde Louis vivía entonces, se encontraba, supongo que allí sigue, el molino de la Gállete. Precisamente en él tuvimos los dos, junto a la joven Pauline, silenciosa y atenta, una larga conversación. Allí estoy, allí me recuerdo... viendo caer la tarde desde lo alto, con los últimos rayos de un sol tímido y avaro que brilla rojo en aquel atardecer del 16 de septiembre de 1932.

A mediados de septiembre Cillie tomó el tren hacia Viena. Louis no quiso ir a la estación.

En esos días, sin entonces él saberlo muy bien, estaba cambiando de vida, de oficio, quizá hasta de carácter. «El tormento de escribir no se debe tanto a que nunca tiene uno un franco, ni siquiera a que es un oficio monstruoso y cerrado. El tormento se deriva de la soledad que engendra, de los fantasmas reales que alimenta», escribió mucho después.

—Estoy seguro de que mi novela es distinta. No espero que sea comprendida. ¿Por quién? Se escribe por necesidad. Es el destino quien empuja. Nombro al destino por poner un nombre sobre algo innombrable. El destino son los demás, las miserias y envidias de los otros.

El miércoles 7 de diciembre de ese año, 1932, votaron el Premio Goncourt. No hacía dos meses que había salido a la venta su novela. Recuerdo que me trajo al barco un ejemplar antes de que apareciera en las librerías y me lo tiró sobre la cama donde yo dormitaba.

—Lee, a lo peor hasta te gusta —me dijo.

Aunque no haya sido en mi vida un lector atento, me pareció algo nuevo. Ante tanta mariconada académica y relamida, era un vendaval de los que limpian el horizonte. Una buena novela. Lo dijeron casi todos los críticos y era, por una vez, verdad. El editor Denoél, un caradura, vio el cielo abierto y se lanzó a fondo por el Goncourt. De la primera edición, como ni entendía un pijo ni se fiaba de nadie, sólo tiró tres mil ejemplares. Cuando comprobó que tenía buena acogida ante La crítica, empezó a moverse en el mundillo de las letras.

De los diez que Formaban el jurado del Goncourt, dos se lanzaron a apadrinar a Louis. Uno era un tipo que escribía en *L'Action Française*, Léon Daudet. De extrema derecha en todo, pero con buen gusto. Entre sus méritos, decían que había patrocinado a Proust, también para el Goncourt. Claro que a Proust se lo dieron. El otro padrino era un rojo, bueno... más bien anarco. Se llamaba Descaves. La verdad es que los dos,

por una vez de acuerdo, se portaron bien con Louis. Lo defendieron hasta el final y el mismo día en que no le concedieron el Goncourt, Descaves consiguió que la novela de Louis recibiera el premio de la crítica: el Renaudot.

Lo que más le jodió a Louis no fue quedarse sin el Goncourt, en el que nunca, creo yo, había pensado, sino la sensación de ridículo que le produjo estar en el candelero y caerse de él.

Hacia el mediodía de ese miércoles estaba yo haraganeando en el *Malamoa*, cuando apareció Louis con su madre y su hija, cosa rara. Me llevaron a la plaza Gaillón. Allí, en Casa Drouant, se reunía a comer y a votar el jurado del Goncourt. Cerca comimos nosotros también, y recuerdo que Louis se pasó el tiempo gastando bromas y sin probar bocado. Se aguantaba los nervios.

Depender de otros es siempre una jodienda, pero depender de otros cara al público es una jodienda inaguantable. Sobre todo si uno tiene el orgullo y la mala leche de Louis. El estacazo que le dieron lo aguantó a pie firme, sin pestañear, delante de todo el mundo. Un mundo lleno de periodistas que le buitreaban.

—Bueno, hijo, te han dado un premio, aunque no sea el que tú querías. Otra vez será.

—Madre, se lo podían haber metido por el culo... y perdona.

El cabrón de Denoel, que ya tenía fajas del libro preparadas: «Premio Goncourt 1932» y también una fiesta en la editorial, no se cortó por el traspié y nos arrastró a todos a la calle Amélie para celebrar el Premio Renaudot que no resultó, precisamente, un premio de consolación. A Louis le tocó aguantar el infierno y el purgatorio.

Ya tarde, acompañamos a la vieja y a la niña y luego fuimos a Lepic. Tras cerrar la puerta me dijo algo que no se me olvidará, insólito en él: «No me dejes solo».

Se acercó a la ventana y se puso a escarbar con un tenedor entre los

geranios. Luego me mostró unos dibujos en colores vivos. Eran de su hija. Los tenía guardados con mimo en una carpeta azul. Después, como atontado, se tumbó en el sofá.

Su mirada estaba relajada y en paz.

Cuando salí a la calle era tarde y el frío del ya próximo invierno me golpeó en la cara.

(Papel con membrete de Pigall's Tabac).

París, 6 de diciembre de 1932

Querida Cillie:

Estoy a la espera del Premio Goncourt, que se falla mañana al mediodía. Sin duda has oído hablar de él. Se trata, en principio, de la mejor novela del año. Soy bastante indiferente a esa gloria, pero me gustaría mucho el resultado financiero. No estoy del todo seguro de conseguirlo, pero tengo serias posibilidades. En cualquier caso saldré hacia Ginebra y luego iré a Viena.

Escríbeme a vuelta de correo dándome alguna dirección en Viena por si no estás cuando llegue.

No estés triste, posees el más admirable de los dones: la salud. No necesitas el orgullo para ayudarte a vivir.

Afectuosamente.

Louis

París, 10 de diciembre de 1932 Querida niña:

No llegaré a Viena antes del 2 de enero. El Premio Goncourt me ha fallado. Es un negocio entre editores. Sin embargo el libro es un verdadero triunfo. Pero ¡ay!, tú sabes cuánto temo a los triunfos. Nunca me sentí tan desgraciado. Esa cuadrilla me atosiga y persigue con su vulgaridad ruidosa, es un espanto. Salgo para Ginebra mañana. Desde allí te escribiré y también desde Berlín. Luego iré a Breslau.

Tómate tus vacaciones con toda tranquilidad. Me alegro

*de pasar unos días conmigo —bien tranquilos los dos— antes
de regresar a esta pesadilla.*

Muy afectuosamente.

Louis

Capítulo 2

Había trabajado en Ginebra como médico y tenía en el Departamento de Higiene de la SDN a un buen amigo, mi antiguo jefe el doctor Rajchman, de quien obtenía de vez en cuando encargos, que no solía cumplir, para estudiar algún aspecto sanitario que yo mismo le indicaba.

Agosto de 1932

Estimado Ludwig Rajchman:

Quisiera observar, en Berlín y en Breslau, la medicina que se aplica a los parados (medicina general, sífilis, tuberculosis...).

Le solicito asimismo, si ello es posible, una dieta de siete dólares diarios. Tenga en cuenta que debo dejar un sustituto en Clichy a mi cargo, al que debo pagar setenta francos al día.

Espero sus siempre gratas noticias.

Louis Destouches

Llegué a Berlín el 18 de diciembre de 1932, un mes antes de que Hitler jurara el cargo de canciller. La historia de Alemania en los últimos meses se había acelerado de una forma que ahora puede parecer imposible.

El sistema parlamentario estaba herido de muerte. No era necesario ser un atento lector de noticias políticas para comprobarlo. Bastaba con pasearse por Berlín. Enfrentamientos continuos entre los camisas pardas nazis y los que ellos consideraban comunistas y que, a simple vista, eran

obreros mal vestidos y peor comidos. Ese fin de año la República de Weimar era un cadáver. Un cadáver al que preparaban unos tristes funerales.

Un mes antes de llegar a Berlín, en noviembre, tuvieron lugar las elecciones. Las segundas en un año. Las primeras se celebraron en julio. Los nazis, lejos de subir, perdieron tres millones de votos respecto a julio. Cuando llegué a Berlín el canciller se llamaba Schleicher y pretendía poner en marcha un plan de salvación nacional.

Mi colega, un médico con quien visité los dispensarios, me acompañó muchas noches por el Berlín más vivo y contradictorio. No creía que Schleicher fuera a tener éxito en sus intentos por preservar el régimen republicano contra Hitler y contra Hindenburg, apoyándose en los sindicatos. Incluso se hablaba en la noche berlinesa de que Schleicher preparaba con el líder de los sindicatos, Leipart, un golpe de Estado para salvar la República. Según algunas personas que no se recataban en decirlo, contaban con el Ejército para echar a los nazis a las tinieblas exteriores de la clandestinidad.

El hotel en que me hospedaba se llamaba Hes11er. Pronto hará treinta años. Era el delirio. La situación sanitaria que se observaba en los dispensarios parecía mucho peor que en Clichy. Una cochambre ilimitada, un desastre de miseria. Suciedad, alcohol, tuberculosis y... hambre, mucha hambre. Por la noche despertaba una especie de alegría inconsciente. El colega que antes cité me sacaba del hotel al anochecer. Andábamos entre el gran arco de Brandeburgo y la plaza de Alejandro, pero sobre todo paseábamos por las calles menores. Ahora me dicen que todo ha desaparecido, destruido por las bombas y los cañones. Entonces era una ciudad hermosa, llena de vida aunque sus entrañas estuvieran colmadas de miseria. El sexo mercenario se distinguía con dificultad del otro, tal era la liberalidad con que se proponían ambos. Se diría que latía en los cabarés y en las calles una premura desesperada y nocturna.

Recuerdo un antro alegre y oscuro. Se acercó una pareja a nuestra mesa. Él era menudo y hablaba poco, ella me pareció, al restregarse contra mi rodilla a la poca luz de los faroles de gas, un tanto desproporcionada. Aun sin distinguir bien los rasgos de las caras o los perfiles de las manos, tenía aquella pareja un aire inquietante. Cuando tras el corto espectáculo la luz cobró fuerza, tardé en darme cuenta de que él iba vestido de ella y ella de él. Disfrazada de varón y vestida con una especie de esmoquin, la mujer tenía la cara enjuta y la mirada penetrante y canalla, el pelo corto y con raya. Le pregunté si le gustaban las chicas.

—Depende de para qué.

No quise seguir adelante con la broma morbosa. Al salir a la calle, mi colega me dijo que seguramente esa pareja no practicaba la prostitución. Era sólo un juego arriesgado y divertido.

—Se trata de huir de los riesgos que algunos anuncian —me dijo—. Esta mañana me han asegurado en el dispensario que se prepara un golpe de mano. No me han sabido precisar si del gobierno, de los nazis o de los comunistas.

—¿Y usted qué cree? —le pregunté.

—Pienso que Hitler no va a dejar que le arrebatén su triunfo en las elecciones, aunque haya sido corto, y seguirá amenazando y dando palos a los comunistas y a los socialistas... Al final, quizá pronto, se pondrá de acuerdo con ese zoquete de Hindenburg, se hará una foto vestido de frac, jurará la Constitución y moderará sus expresiones. Su fuerza de choque, los SA, acabarán de funcionarios en Correos. El poder amansa las fieras.

No creo que aquel hombre fuera un iluso. Quizá decía lo que deseaba. Hay ideas, en contra de lo que mucha gente pensaba entonces, que necesitan de la sangre de los otros para sobrevivir y de la propia para ser enterradas.

Poco tardaría en darse cuenta mi colega de su error: la conjura de Hindenburg y Hitler con el apoyo de los banqueros llevó al nazi a la

Cancillería el 30 de enero. El 4 de febrero se suspendió la Constitución, el 27 incendiaron el Reichstag y suspendieron todos los partidos y sindicatos. El 5 de marzo, nuevas elecciones con el «cantado» triunfo de los nazis. El 21 de ese mismo mes —creo recordar— sacaron la ley de defensa del pueblo y del Estado: el poder ejecutivo asumió los poderes del legislativo. El último día de ese mes de marzo disolvieron los *lander* y el 7 de abril dictaron una ley depurando la burocracia; en suma, echaron a la calle a todos los funcionarios no adictos.

En Francia se pensaba que la sangre no iba a llegar al río y que los riesgos de guerra eran lejanos. Cuando los políticos franceses se dieron cuenta del peligro, en lugar de apagar el fuego, se dedicaron a hacer caso de quienes querían la guerra y en esto, nadie lo podrá negar, los judíos jugaron su baza para que Francia preparara la contienda. Lo que no fue lógico y sí suicida era escucharlos y preparar una masacre o el ridículo. De ambas cosas hubo en abundancia.

Louis llegó a Viena el 28 de diciembre de 1932. Venía de Breslau, de ver a su amiga Erika. Hacía frío cuando fui a buscarlo a la estación. Era de noche. Se tapaba con un abrigo gris y llevaba al cuello una bufanda. Me llamaron la atención sus gruesos zapatos que le restaban agilidad. La sonrisa, sin embargo, era la misma y sus penetrantes ojos azules tenían un tono triste. Se empeñó en cenar antes de ir a casa. No le dejé que buscara hotel, aunque insistió. Lo que más odiaba en este mundo era molestar. Supongo que también odiaba que le molestaran. El argumento definitivo para no ir a mi casa era mi amigo Gutenberg, así le llamaba él, pues era impresor. Dejémosle con ese nombre prestado.

Aquella noche hizo muchos remilgos. Dijo que quería dormir solo. No quise parecer impertinente ni acaparadora, pero, si he de ser sincera, me apetecía recordar los juegos de París.

Quiso conocer a todo el mundo, a mi madre, a mis amigos, al doctor Siegel, que era vecino mío y editaba *Die Fackel*, el periódico de Karl Kraus. Fue Siegel quien le consiguió una reproducción de *La fiesta de los locos*, el cuadro de Brueghel.

—Todos mis problemas están en ese cuadro, todos mis delirios están ahí. Ahí siento lo grotesco en los confines de la muerte, todo lo demás me parece vacío —esas cosas decía del cuadro y muchas más.

Pese a sus delirios, Louis rebosaba ganas de vivir aquella Navidad.

—Soy anarquista hasta la raíz del pelo, siempre lo he sido y siempre lo seré. Nunca he votado a nadie. Los nazis me repugnan.

No le importaba hablar de política. A pesar de los temibles panfletos que escribió más tarde contra los judíos, poco parecía importarle eso entonces. Hablaba también de pintura, de arquitectura... y de psicoanálisis con la gente que pudo conocer aquellos días, con mis amigos, hoy dispersos o muertos. Esa Navidad, la última sin Hitler en el poder, la última para la esperanza, nos vimos todos con mucha frecuencia y Louis me acompañaba siempre.

Me viene a la memoria Maximilian Tranneck y su mujer María Müller, que acudían a casa siempre en Navidad o en Año Nuevo. Los recuerdo cuando era niña, con las flores y el vino que traían. Llegaban antes de la comida, al mediodía. Max Tranneck era conde de una vieja estirpe austríaca. Entre ellos hablaban en inglés. El alemán de él, que era perfecto, había adquirido acento anglosajón. María tenía la voz más hermosa que he oído nunca. Podía expresar todas las emociones. Era una gran actriz. Cuando estaba en escena, se sentía el estremecimiento del público. Conocía de memoria muchas obras teatrales. Nos recitaba o leía *Ifigenia*, de Goethe, o *María Estuardo*, de Schiller. Sus piezas griegas favoritas eran *Antígona*, de Sófocles, y *Medea*, de Eurípides. La velada solía concluir recitando algunos sonetos de Shakespeare. En esas veladas, María nos absorbía de tal forma que apenas prestábamos atención al conde Tranneck. Cuando yo volvía la vista al rincón donde él se colocaba, comprobaba que la estaba mirando... Allí, medio oculto, sólo se le veía el perfil derecho de su cara. Usaba un parche negro en el ojo izquierdo, y aún así se notaba que la cuenca estaba destrozada, igual que su mejilla izquierda, que era sólo una gran cicatriz.

Yo pensaba que había sido herido en la gran guerra pero más tarde me enteré de que se trataba de un accidente de montaña, precisamente en el verano de 1914. Un miembro de la cordada sufrió el impacto de una piedra y quedó inconsciente. Max se desató, bajó a auxiliarle y logró apartarle de la avalancha, cosa que él mismo no pudo hacer. Cayó casi cien metros, antes de golpearse con un peñasco. Tardó muchos meses en recuperarse y quedó desfigurado.

Cuando mi primer marido murió en un accidente de montaña, Max se acercó a consolarme:

—A veces es mejor así. Tendrás siempre un bonito recuerdo —al decirlo su tono era dolorido y, sin querer, amargo.

El conde y María se conocieron de niños en la Embajada de Austria

en Londres. Ella era hija de un sargento de la guardia de la propia embajada. Max era hijo del embajador y estudió en Oxford. Su familia no veía con buenos ojos sus relaciones y cuando vino a Viena se casó con una prima que no mucho después acabó en un psiquiátrico, donde murió al principio de los años treinta. Para entonces el conde vivía con María y se casó con ella al poco de enviudar.

No sabía que Tranneck había sido socialista, me enteré precisamente esa Navidad durante la conversación que tuvo con Louis.

El día de Año Nuevo Max y María nos invitaron a Louis y a mí a la sobremesa, a su casa de la Johannesgasse, al lado del palacio Questenberg. Frente a ella había una iglesia católica que me gustaba, la de los Caballeros de Malta. La casa de los Tranneck era amplia; se componía de dos pisos enfrentados en el mismo edificio.

Max tenía especial interés en hablar con Louis, del que conocía la reciente publicación de su novela. En realidad, no sé si debido a su puesto en la Biblioteca Nacional, Maximilian conocía todas las novedades europeas, aparte de estar desde siempre muy atento a las francesas.

—Me ha dicho Cillie que vive usted en Montmartre. Quizá haya tenido ocasión de ver la casa que Adolf Loos ha hecho allí para Tristan Tzara. Acabo de visitar a Loos, vive aquí cerca, al lado de la catedral. Está muy enfermo y deprimido. Me aseguró que estos trabajos de París serán los últimos. La verdad, tan mal lo he visto que tiendo a creer que pueda ser verdad.

—Sí, conozco la casa de Tzara. Para un escritor pobre y principiante no deja de ser un incentivo que un poeta dadaísta y tan revolucionario pueda pagarse una casa tan cara en el centro de Montmartre —dijo Louis con esa ironía algo amarga que dejaba traspasar con frecuencia su sonrisa—. En todo caso —añadió— me gusta la casa y creo que Loos ha traído a París una sencillez que viene bien tras tanto empalago de *art-déco*. No me haga usted mucho caso —concluyó—, no entiendo nada de

arquitectura moderna.

—Su confesada ignorancia más parece modestia —contestó, amable, Max.

Me pareció que Tranneck intentaba analizar a Louis dando un rodeo hasta llegar a lo que le interesaba y que a Louis no le importaba ser examinado en artes, y quizá huía de otra conversación que por aquellos días no podía ser sino sobre política. Había en la pared de la sala donde tomábamos el té un dibujo al carbón de Gustav Klimt. Representaba una mujer de perfil, desnuda. La grupa poderosa, y en su regazo, una tela, presumiblemente una bata. La mujer, que calzaba botines como única prenda, tenía el pelo corto y la mirada perdida.

Louis se levantó y, tras observar el dibujo, nos dijo:

—He aquí alguien que se adelantó a su tiempo y sin embargo este Klimt, según creo, tuvo éxito en vida. No es común.

—Pues ahora no está de moda, más bien viene sufriendo unas críticas acerbas *post-mortem* —contestó Max.

—Lo normal es que ocurra precisamente lo contrario. Yo creo que en Francia no ahorcaron a los impresionistas cuando el Gran Salón de 1862 porque lo impidió Napoleón III que, a lo mejor, no era tan patán como se decía.

—Lo curioso, ¿verdad?, es que los impresionistas se rebelasen de repente o al menos así nos parece ahora —insinuó, más que afirmó, Max.

—Se rebelaron porque ya habían visto fotografías. Los impresionistas reaccionaron correctamente ante la foto, no trataron de competir con ella, no eran tan estúpidos. Se buscaron un truco, inventaron una cosa que la foto no podía arrancarles. No tanto el aire libre como se pretende, no eran tan obtusos, sino el habla del aire libre. Con eso no arriesgaban nada. La foto no es emotiva, es frígida. Con el tiempo se vuelve grotesca.

—Eso no impidió que Van Gogh no vendiera una sola tela —sentenció Max.

—Ahora, sin embargo, valen más que el oro.

Tras la respuesta de Louis, Maximilian inició una transición. María me miraba, como siempre, con aire maternal. Sin embargo, esta vez percibía yo como si, para decirlo brevemente, estuviera pensando: «Qué mayor te has hecho, Cillie». Por una vez era Max quien acariciaba la conversación, se diría que estaba no tanto deseoso de escuchar como de hablar, de expresarse. Lo que para mí resultaba completamente nuevo.

—Acabo de leer un artículo sobre su libro y el asunto Goncourt en el *Berliner Tagesblatt* —continuó Max—. Acaba de salir, no sé si usted lo ha visto. Es elogioso e incita a leer su novela.

—Sí —dijo Louis—, me pasaron la crítica del *Berliner*. No conozco a quien la firma: Grunberg es su nombre. Sinceramente creo que sí ha entendido la novela, cosa nada común entre los críticos.

—Aunque no conozco su novela parece deducirse que no sólo introduce un nuevo estilo, sino también una visión desgarrada y antibelicista de la guerra. Por lo que sé, usted luchó en ella y fue herido.

—Sí, en la cabeza. Desde entonces me atacan de tiempo en tiempo neuralgias que me cuesta soportar. Ya me he hecho a la idea de convivir con esta tara el resto de mi vida. ¿También usted fue herido?

—No, fue un accidente. Para Austria y para toda Europa, la guerra no fue sólo una tragedia, sino un horrible suicidio colectivo. En el orden privado todos nosotros hemos perdido gente muy próxima, querida y apreciable. A veces tengo envidia de los muertos.

Tranneck inició un largo parlamento. Hablaba consigo mismo y los tres atendíamos en silencio:

—Cuando estalló la guerra estaba en el hospital... Aquí la guerra destruyó la esperanza de un mundo diferente, pero quizá lo más grave no fue eso, sino que liquidó a una generación entera de líderes que podían haber rescatado Europa. No hablo sólo de Austria. En el colegio inglés donde hice mis estudios, de los cuarenta y ocho jóvenes de mi promoción

sobrevivieron dieciocho y el resto está enterrado en Flandes. Mis cuatro hermanos murieron. Para reunirme con mi gente, la buena gente de mi generación, tendría que ir a los cementerios de Verdun y Passchendaele, a los del frente ruso, al Isonzo y a los restantes mataderos donde están enterrados quienes hoy debían dirigir Europa. Cuando se instauró la República y los socialistas llegaron al gobierno me ofrecieron ser ministro de Educación; era el único cargo que había deseado en mi vida. No pude aceptarlo... a costa de tantos amigos muertos.

Era la primera vez que veía excitado de tal forma al conde. Se hizo un silencio. Todos comprendimos que quería seguir hablando.

—Se pudo evitar... Fracasamos. Fracasó el socialismo. Los jefes socialistas europeos se habían comprometido, aquí en Viena, a desatar una huelga general en Europa en el momento que la guerra fuese inminente. No lo hicieron. En ese Congreso de Viena, yo formaba parte del secretariado que lo organizó. El socialista que más exaltadamente prometía provocar la revolución si en Europa estallaba la guerra se llamaba Mussolini, ese desagradable payaso en quien se apoya Dollfuss, el miserable clerical que nos gobierna y que está pensando liquidar no sólo el socialismo, sino la democracia; estoy seguro y me temo que lo va a conseguir. Quizá si Jaurés no hubiera sido asesinado... Pero de poco vale mirar atrás. Usted que viene de Berlín —dijo dirigiéndose a Louis— podrá decirnos lo que ha visto allí.

—Miseria, hambre e irresponsabilidad. Hitler me parece un truhán. Es un demagogo, pero los millones de parados, verdaderos parias que se arrastran hoy por las ciudades alemanas, son carne de cañón para cualquiera que vocee unas pocas consignas. Las elecciones no han servido absolutamente para nada, sino para mostrar que los comunistas acabarán con los socialistas, y éstos dan la sensación de navegar sin rumbo. Sinceramente en eso que llaman democracia nadie parece confiar. Yo, desde luego, tampoco: politiquería en medio de la desesperación.

Fíjese en Francia... gritos y peleas.

Se había hecho de noche y acabamos la conversación. Los Tranneck nos acompañaron hasta la puerta de la calle. Volví a su casa dos años después, en la Navidad de 1937, de nuevo casada. Tuvimos entonces una charla casi formal. María y él estaban resignadamente desesperados cuando el conde insistió en que emigráramos. Ellos, que no tenían hijos, pensaban quedarse en Viena aunque Hitler nos invadiera. Cuando eso ocurrió y el ejército alemán entró triunfante y aclamado, se suicidaron juntos silenciosamente.

Salimos a la calle. La ciudad se me antojó, en cierto modo, alegre. Nos acercamos a la Josefs-Platz y atravesando las calles de mi infancia, parándonos en todos los escaparates adornados por la Navidad, llegamos a San Esteban. Cerca de allí, nos presentamos, sin previo aviso, en casa de Annie Ángel, que yo sabía estaba sola. Su marido había partido hacia Praga dos días antes.

Mi amiga Annie era una mujer hermosa, y lo sigue siendo. Una universitaria de aquellos tiempos, quiero decir, una joven inteligente y llena de vida que no podía vestirse sino con discreción. Su cuerpo era esbelto y aunque ahora está más rellenita, nunca ha perdido la gracia y su forma de andar sigue siendo ágil. Annie tenía un bonito perfil, la nariz era pequeña, con un puente ligeramente quebrado. El pelo castaño con matices color caoba. Sus labios estaban bien dibujados y cuando sonreía dejaba ver una dentadura sana y poderosa, especialmente los dos dientes centrales superiores eran y son lo más elocuente de su risa.

Al casarme me trasladé a una casa muy amplia de la familia de mi marido, en la Rabenstrasse, cerca del Danubio. Tanto Frank como yo pasábamos consulta en dos habitaciones de la casa. Cillie se presentó la noche de Año Nuevo de 1933 con el doctor Destouches. Me había hablado de él con cierta picardía. Yo me había hecho una idea equivocada. Era un hombre serio, atractivo físicamente. Bueno, física y humanamente. Su posterior evolución ideológica me hace difícil decir esto, pero quisiera ser objetiva: era guapo y simpático. Unía a su sentido del humor, a veces agrio, una amabilidad que llegaba a la ternura.

Se hacía querer. Yo estaba entonces bajo el síndrome del psicoanalista principiante, que consiste en mirar a las personas y sus relaciones desde la perspectiva de los conceptos analíticos. Desde esta óptica me pareció un tipo complejo, con clara tendencia a la melancolía. Siempre pensé que la melancolía es una forma de literatura. Su impulso de escritor venía de ahí. Visto de lejos y a fuerza de ser honrada, he de decir que cuando le conocí sabía que Destouches le había pedido a Cillie la traducción al inglés del artículo de Freud *«La aflicción y la melancolía»*.

Tuve ocasión de preguntarle para qué lo quería. Me dijo que pensaba utilizarlo en la novela que estaba escribiendo, la que publicó en 1936.

Durante ese viaje tuvimos una larga velada con el doctor Storfer, editor de Freud, que por entonces estaba en tratos para publicar algo de Wilhelm Reich. Mi marido volvió días después con Anny Reich y tras la cena celebramos una velada monográficamente psicoanalítica. Destouches nos deleitó con sus delirios, verdaderamente divertidos. Entre bromas y veras se pasó la noche hablando de todo tipo de perversiones infantiles, de excitaciones sobre cadáveres, etcétera. Tenía dotes excepcionales y conseguía dar la impresión de pervertido. No creo que lo fuera. Sus perversiones eran más bien fantasías... que con la distancia del tiempo parecen hasta inocentes. Para Cillie fue un amigo leal y bueno.

Pienso que abrigaba hacia mí sentimientos parecidos. Meses más tarde, cuando las cosas se empezaron a poner verdaderamente mal, me ofreció su apartamento en París en caso de que tuviera que dejar Austria por mi militancia izquierdista. No sólo me dijo que sería bien recibida, sino que podía quedarme todo el tiempo que quisiera. En aquellos momentos un ofrecimiento así no era baladí. Fue en junio de 1933 cuando me lo ofreció, en su segunda visita a Viena. En esos seis meses habían pasado muchas cosas. Esa segunda vez vino con una bailarina americana, a quien había dedicado su primera novela. La noche de Año Nuevo de 1932 estaba sola en casa, tenía al niño con mis padres y Frank estaba en Praga. Cillie y Destouches venían de casa de los Tranneck y comentamos la impresión de desesperanza que les había producido Max. Por aquellos días yo pensaba que Max era un derrotista con su idea de que el socialismo había cavado su propia tumba al no impedir la Primera Guerra Mundial. Viendo cómo Dollfuss nos apretaba el cuello, pensaba —y sigo pensándolo— que la única forma de parar el carro fascista era aplicar nuestra fuerza y nuestros medios, aliándonos con el diablo, o solos. Si se hubiera aceptado con unos años de anticipación la idea del frente popular, los nazis y los fascistas no hubieran provocado ni las matanzas previas a la guerra ni la guerra misma. En fin... agua pasada que no moverá ninguna rueda.

Tomamos una cena frugal y pasamos a una salita pequeña, muy acogedora, donde teníamos una estufa. De aquella curiosa noche recuerdo, sobre todo, a Cillie, o mejor dicho, recuerdo una versión distinta de ella. Hasta entonces era como nuestra hermana pequeña. En realidad tiene sólo tres años menos que yo. Sin embargo, quizá porque hablaba poco o porque no gustaba de intervenir acaloradamente en las discusiones, teníamos la impresión de que estaba, en cierta forma, bajo nuestra protección. Bien pensado era una estupidez, pues siempre participó activamente en nuestro grupo, era persona celosa de su

independencia y tenía una fuerte personalidad. Es cierto que tras la estúpida muerte de su marido en la montaña, un joven médico a quien ella quería más como a un hermano que como otra cosa, proyectamos sobre ella una especial sobreprotección. Por eso, la noche en que se presentó en mi casa con Destouches, quizá pretendía ponerse a mi altura, indicarme claramente que dejara de ejercer de madre confidente para ser definitivamente su amiga, su igual.

Me di cuenta de que las insinuaciones algo cochinas que Cillie, con la rijosa complicidad de Destouches, no paraba de hacerme, me obligarían a tomar una decisión. Si cortaba las insinuaciones y rompía el tono del discurso claramente erótico en que estábamos metidos, asumía el papel de madre represora que pone fin al juego de su hija, lo cual me resultaba harto desagradable. Si, por el contrario, aceptaba la provocación y tomaba la iniciativa, debía superar las inhibiciones que me creaban tanto la presencia de un desconocido como de la propia Cillie. Ellos jugaban con la ventaja que les daba decidir las reglas del juego y conocer bien a los contendientes.

Pensé que los dos se habían puesto de acuerdo. Más tarde me enteré de que no había sido así. Tomé una decisión. En un momento dado, les dije:

—Está bien. Id a la habitación, ya sabéis dónde está. Yo voy a arreglarme.

Si cuando volviera del tocador seguían en la sala, ellos y no yo habrían roto el juego. Si estaban en la habitación les seguiría en el enredo. Estuve unos diez minutos en el cuarto de baño. La angustia me tomó, bien a mi pesar, por la boca del estómago. Mis sentimientos eran contradictorios, deseaba que ocurriera y que no ocurriera, las dos cosas a la vez.

Salí del baño de puntillas y me acerqué a la salita. Estaba vacía. Me detuve y tomé del aparador una copa, la llené de *brandy* y la bebí de un

trago. «Que necesite una darse ánimos a estas alturas...», pensé. La habitación tenía las luces encendidas. Destouches estaba en el sillón de lectura, vestido; Cillie en la cama, riendo, completamente desnuda.

—¡Un momento! —dije, y fui a la cocina por una vela en su palmatoria. Volví y apagué la luz. Dejé la vela encima de la mesilla. Me estaba comportando como una cochina burguesa. Me desnudé deprisa y como pude. Me eché sobre la cama abierta y me tapé y tapé a Cillie.

—Pero, bueno... —se oyó decir a Destouches desde su poltrona.

—¿Este señor no participa? —Logré articular.

—Señora, es usted la represión del *voyeur*. Primero me apaga la luz dejándome en penumbra y luego se tapa como si esto fuera Siberia. No ha observado usted que la estufa está encendida.

Se levantó, y con k complicidad de Cillie, arrancó mantas y sábanas dejándonos con nuestras vergüenzas al descubierto.

—¿Estás nerviosa? —me dijo Cillie al oído.

—No —mentí—, ¿y tú?

—Tampoco —creo que ella decía la verdad.

Comenzó a acariciarme con lentitud. Al principio sólo me dejaba hacer, luego colaboré sin ninguna inhibición. Había pasado lo peor.

Destouches acabó participando. Recuerdo que el amanecer nos sorprendió despiertos. A esa hora les dije: «Tengo sueño», y me fui a otra habitación. Cuando desperté era casi mediodía. Se habían ido. Nos volvimos a ver esa misma tarde. Hubo unas sonrisas cómplices y ningún comentario.

Rememorar el primer día, o mejor, la primera noche que conocí a Destouches, es para mí una sensación agradable. La memoria de una Viena confiada y tranquila, sentada sobre un volcán que estallaría muy pronto. También es el recuerdo dulce de un erotismo nuevo que, paradójicamente, se presentó de golpe en presencia de quien era un extraño. Ese dios, que nos abandona y que a menudo nos hiere, se hizo

presente en aquella noche larga y morosa de Año Nuevo.

En junio de ese año de 1933, Destouches volvió a Viena; venía de Zúrich, pero ya no fue a casa de Cillie en la Herrengasse. Vino acompañado, ya lo dije, de una norteamericana, Elizabeth, que daba la sensación de estar algo triste y apagada. Entre los dos viajes de Destouches, Dollfuss había dado un golpe de Estado, derogando el sistema parlamentario constitucional. Precisamente en esos días de junio el gobierno había prohibido el partido nazi, pero tal cosa anunciaba lo peor.

Solamente en Viena éramos cerca de trescientos cincuenta mil socialistas, pero muchos teníamos sensación de impotencia. Cuando quisimos reaccionar fue tarde. La matanza que sobrevino y la agitada vida de esos meses marcaron nuestra existencia. Me alegro de haberme decidido a actuar, de bajar a la calle, como se decía entonces. Se destrozó mi vida, mi tranquilidad y, en cierto modo, perdí a mi hijo, o, mejor dicho, algunos años de la infancia de mi hijo. Sin embargo, después de la guerra no tuve el sentimiento de haberme dejado cazar como un conejo. Luché y perdí, pero además luché y perdí temprano, lo cual vino a ser, a la postre, una ventaja personal.

(Papel de cartas con la dirección impresa 98, Rue Lepic).

15 de mayo de 1933

Querida Cillie:

Estoy contento de volver a verte pronto. Iré primero a Inglaterra, luego a Bélgica, Alemania y Zúrich. El mundo es hoy una pesadilla y cada semana parece peor. La vida es también muy difícil aquí. Desde hace algún tiempo tampoco yo me encuentro muy bien. A menudo pienso en ti y estoy

seguro de que sigues tan valiente y encantadora como siempre. Eres una criatura maravillosa. Ya lo sabes. Espero que los hitlerianos no lleguen hasta ahí. No les gustará encontrar a unos pobres pacifistas como nosotros. ¿Cómo está Annie, aún sigue analizando?

Te llevaré las puntillas que me pides. Estoy muy harto de París. Encuentro a la gente malintencionada y atosigadora. Ay, pequeña, no puedes imaginártelo.

Te quiero mucho. Pronto estaremos muy bien. Muy pronto te haré una mujer.

Louis

(Membrete del Gotttiard Hotel, Zúrich).

Viernes 9 de junio de 1933

Querida Cillie:

Llegaré a Viena el lunes próximo. Así pues, el domingo vete al campo de excursión. Iré directamente al Graben Hotel Elizabeth vendrá el martes o el miércoles. Te encantará conocerla. Te dejaré una nota tu Herrengasse. Tengo muchas ganas de verte.

Atentamente.

Louis

Pese a lo anunciado en su carta, Louis y Elizabeth llegaron en el

mismo tren.

Me acerqué al hotel el lunes por la tarde y fuimos los tres a Hietzing. Hacía un día luminoso, casi de verano. Louis llevaba una americana azul y camisa sin corbata. Elizabeth, un vestido largo de tablas. Era tan alta como yo, tenía un bonito cuerpo, pero en su cara, excesivamente redonda y de pómulos marcados, había una expresión triste.

Louis, como siempre que deseaba agradar, estuvo muy ocurrente. Ella se esforzaba en comportarse amablemente, pero no respondía a la descripción anímica que él me había hecho. Durante aquellos días tuve ocasión de conocerla y creo que su relación con Louis había acabado. Al día siguiente nos quedamos un buen rato a solas.

—Cuando me fui a EE UU, dejé a un médico de suburbio, duro pero divertido, obsesionado por escribir. Ahora encuentro a un escritor doliente. Si he de decirte la verdad, aún no he tenido ánimo de leer su novela. Tengo la sensación de haber envejecido de pronto.

En mi interior le agradecí la confidencia. Continuó el soliloquio. Era evidente que necesitaba hablar con alguien, y supongo que yo le inspiraba la suficiente confianza.

—Quizá me haya afectado la muerte de mi madre, aunque era algo que esperaba desde tiempo atrás. Tengo la amarga sensación de haber desaprovechado los mejores años de mi vida. No sé si más adelante lo recordaré como algo enriquecedor y divertido, pero ahora lo veo todo negro. Tengo insomnio, cosa que nunca me había ocurrido. No soy tan presuntuosa como para querer entender este mundo, pero de pronto se me ha hecho hostil. Las cosas agradables me resultan indiferentes, ajenas. Quizá las muchachas de mi tierra, que ya desde la escuela sólo piensan en conseguir marido, tener hijos, engordar... y que entonces me parecían repulsivas, tengan bastante más juicio que quienes, como yo, huimos de aquel mundo que nos parecía cerrado y chato. Es un hombre atractivo, tú lo sabes, pero puede resultar obsesivo. Para una norteamericana —

continuó—, tampoco es fácil entender esta parte del mundo... estas tensiones políticas que nada bueno pueden traer. Parece como si soplara un viento incendiario. No sé lo que es la guerra, no la he conocido. Para Louis, y para tantos como él, sólo el anuncio de que pueda estallar los descompone. A veces, por la noche, se levanta y viene a mi cuarto —sabe que ahora duermo mal— y me cuenta las cosas horribles que le pasaron en el frente. Es espantoso. No lo soporto más. Tengo que volver a mi país y olvidar... necesito olvidar, pero no sé si podré. Los seres humanos estamos hechos, al fin y al cabo, de debilidades y de penas.

Quise compadecerme, pero no me dejó. Cambió de conversación.

—Esta ciudad es hermosa. Tienes suerte de vivir en ella. Bueno... si os dejan en paz.

Su depresión era evidente, pero, además, la actitud de Louis en los últimos meses favorecía su decaimiento. Posiblemente sin querer, se había comportado con ella un tanto brutalmente. Quizá sea mejor decir insensiblemente. Siempre habían sido libres. Según supe, Elizabeth se acostaba, en los tiempos alegres, con los amigos y amigas de él, y Louis hacía lo propio, pero al volver de los EE UU esos juegos le dejaron de atraer. Justo antes de llegar a Viena, Louis había ido a Amberes para conocer a una admiradora, una aprendiz de novelista llamada Evelyne Pollet. Tuve ocasión de leer, no hace mucho, una novela suya, probablemente la única que ha publicado. Se titula *Escaleras*, y en ella cuenta, sin apenas disfraz, lo que ocurrió en ese encuentro. Estaba casada y me da la impresión de que guardaba sus fogosidades para fuera de casa. Me consta que persiguió a Louis durante bastante tiempo. Elizabeth, que lo sabía, debió de recibir esas infidelidades como una bofetada.

Aquellos días paseábamos por Viena y sus alrededores. Un día, edificios: Louis se empeñaba en que Wagner (el arquitecto) era anti-Wagner (el músico). Despotricaba contra él, pero en el fondo apreciaba la utilidad de sus construcciones.

—No son el Partenón —decía—, pero debe resultar acogedor vivir en ellas.

Otro día, museos. Al siguiente, campiña. Viena estaba verdaderamente hermosa, pero dentro de la ciudad se oía el ruido sordo del volcán a punto de entrar en erupción en que, sin darnos cuenta, se había convertido. Recuerdo que fuimos al Museo Kunsthistorische, donde está el cuadro de Brueghel que más le gustaba, *La fiesta de los locos*, también conocido con el nombre de *Combate entre el Carnaval y la Cuaresma*. El artista lo pintó en 1559; la fecha está en el cuadro, abajo, a la izquierda. El centro de la escena, en primer plano, lo ocupa el Carnaval, representado por un gordo, sentado a horcajadas sobre un tonel, con un pastel en la cabeza y un espetón en la mano. Empuja el barril una máscara con salchichas en bandolera. Enfrente está la Cuaresma, un personaje enjuto cuyo alimento es un par de sardinas. El conjunto reproduce el típico pueblo holandés de la época celebrando la fiesta de Carnaval, y en los distintos grupos que aparecen se recogen las costumbres de los días de ayuno durante la Cuaresma. Pero Louis veía muchas más cosas en ese cuadro.

—Para empezar, el cuadro no tiene nada de religioso. Brueghel era erasmista y rompió con la pintura religiosa de la época —nos dijo a Elizabeth y a mí—. Este holandés no ve sólo su época, no narra trivialidades ni fiestas. Es, eso sí, la fiesta triste de la humanidad entera, ahí está el hombre en su miserable condición. Nos ha visto a todos lisiados, hechos jirones, sucios, con los miembros torcidos, con la pupila blanca. Nos ha reducido a lo que somos, un montón de escombros. Hay terror detrás de esta pintura, el terror que produce comprobar que la carne es inútil, que está perdida, que es devorada por el tiempo. Si uno se fija bien en la escena completa, nadie se ocupa del que tiene al lado, cada personaje va por su camino; sólo una figura, de espaldas al espectador, en el centro, en segundo plano, pone su mano en el hombro de otra. Las

personas aquí retratadas están a lo suyo y las que van en grupo, gregarias, son religiosas. Da la impresión de que quienes hablan no son atendidos. Esa luz tenue, seguramente del atardecer, que ilumina la escena, apenas llega para calentar los cuerpos que llenan la plaza. Una narración sin principio ni fin..., reproduciendo el sinsentido de una fiesta de locos... ésta es en que nos movemos, nuestra vida de hombres.

Les acompañé a la estación cuando fueron a Praga. Anny Reich había invitado a Louis y él estaba encantado de ir. Aprovecharía para presentar la traducción de su novela. Sin embargo, las reuniones literarias en Praga, de acuerdo con lo que me escribió más adelante, le resultaron especialmente odiosas.

Al despedirse, me dijo:

—Malos tiempos corren. Cuídate, niña. Cásate con un rico. No dejes que te pase nada.

Estaba preocupado por Annie Ángel. Sabía de su activismo político y le daba miedo. No se equivocaba. Fueron unos meses horribles antes, durante y después de febrero del 34. No sabíamos que la pesadilla acababa de comenzar.

Rechazamos el parlamentarismo democrático occidental y el Estado de los partidos. Queremos realizar la autogestión de la economía sobre una base corporativa... Cada camarada sólo obedece a tres autoridades: la fe en Dios, su propia voluntad de hierro y la palabra de su jefe.

Estas frases formaban parte del juramento que hicieron los socialcristianos en Kornenburg en 1930. Nadie duda hoy de que eran fascistas, y como tales se comportaban. Habían creado la Heimwehr, unas milicias fuertemente armadas. Bien se vio, a partir del incendio del Palacio de Justicia en 1927 y de los muertos que produjo, que estaban dispuestos a destruir la República. Se podrá decir que nosotros, los socialdemócratas, respondimos violentamente y que el Schutzbund también estaba armado. Es una discusión académica que a nada conduce. Si la mitad de la población no quería la democracia, la otra mitad difícilmente podía sostener el sistema parlamentario. Llegados a este punto, rotas las reglas del juego, cada bloque defendía sus intereses como podía.

Tenía claro entonces, y lo sigo teniendo treinta años después, que había intereses legítimos, los de los trabajadores que luchaban por convertirse en ciudadanos, e ilegítimos, que no eran sino retrógrados. Intereses que movían las conciencias con el solo mecanismo del miedo. Pavor a la revolución bolchevique, pero sobre todo, miedo a los otros, a los que vivían más allá del *Ring*, a los bárbaros que habitaban fuera de la ciudadela. Muchos de los que vivían desde siempre en la vieja ciudad habían apostado por los de fuera. Los arquitectos que hicieron habitable la Viena obrera, o los escritores que con sus artículos y libros mostraban la posibilidad de una sociedad más igual, más humana, habían arrastrado, de forma natural, sin heroísmos, a muchos de buenas familias al otro bando. Cuando llegó el momento de la verdad, en febrero de 1934, unos supieron estar a la altura de las circunstancias, otros se arrugaron y se quedaron callados, expectantes, en su lugar, en su gueto. Las clases no

son un invento de los sociólogos, sino una realidad muchas veces cruel y desgarradora. Lo sentí ese año en mi propia piel y me marcó.

A partir de marzo del 33 asistí a reuniones del Partido Socialista. Conocí mucha gente y su forma de vida. Nunca tuve sentimientos religiosos, pero he de reconocer el sentido de comunión que había en todo aquello. La solidaridad no era sólo una palabra. Es cierto que las personas somos capaces de lo más vil y de lo más heroico, pero es una constatación dolorosa. Una experiencia demasiado dura.

Conocí en aquellos meses vibrantes y terribles lo que era realmente la Viena Roja. Por encima de las discusiones teóricas se había hecho mucho. Era el orgullo de la II Internacional y con razón. El Partido Socialista era, para la mayor parte de las familias obreras, no sólo una referencia política, sino también su vida. Se ocupaba de su ocio, su cultura y sus afectos. Yo había asistido, durante mi carrera de medicina, y después de acabarla, a las consultas para amas de casa organizadas por el partido: «Si los hombres no ven el progreso con sus propios ojos, no se decidirán nunca por el socialismo», había dicho Otto Bauer. Estábamos presenciando ese progreso.

Me acuerdo ahora de Breitner, un hacendista con cierto parecido a Trotsky: gafitas, perilla... Había conseguido la financiación suficiente para que el Ayuntamiento socialista pudiera emprender grandes obras. Un día llegó a nuestra casa y dijo:

—Lean lo que acaba de gritar el príncipe Stahemberg —era el jefe de las milicias de la Heimwehr. Nos tendió el *Wiener Tagesblatt*. Se leía a cuatro columnas: «Quiero ver la cabeza de ese asiático rodar por el suelo». Junto a esas palabras, una fotografía de Breitner.

—¡Qué manía! —dijo con ironía amedrentada.

Pronto comprobaríamos que no se trataba solamente de una retórica brutal. En enero de 1934 el concejal Weber, con motivo de la discusión de los presupuestos, presentó un documento de lo realizado en Viena bajo

el mandato socialista. Lo tengo a la vista. Un dato solamente: los socialistas habían construido 63 071 pisos para obreros. En 1927, un discípulo de Otto Wagner, Karl Ehn, había diseñado y realizado un conjunto urbano que se llamó —y se llama— Karl-Marx-Hof, en la época el más grande de Europa. La novedad consistía en haber elegido un barrio residencial para hacer un falansterio. Fue un símbolo. Un símbolo también para el miedo y el odio en aquel febrero de 1934. Lo pude ver de cerca: allí pasé dos días terribles.

En marzo del 33, cuando Dollfuss acabó con el Parlamento, el Partido Socialista advirtió que no toleraría registros en sus locales, ni detenciones de sus militantes. El 11 de febrero de 1934, llamaron desde Linz al secretariado del partido en Viena, que entonces estaba en el distrito XII, para avisar de que la policía pensaba allanar la sede de Linz y que, si entraban, lo impedirían a tiros. El teléfono estaba controlado por el Ministerio del Interior. El vicecanciller Fey ordenó a la policía asaltar de madrugada la sede de Linz, situada en un lugar llamado Schiff.

A media mañana del día 12 se presentó en mi casa Hans Raunt, el tipógrafo que trabajaba en la imprenta de Gutenberg, y venía descompuesto. Era él quien me acompañaba a las reuniones del partido. Traía una chaqueta de cheviot gris, gastada, subidas las solapas, y la nariz y las orejas rojas del frío. Me contó lo que había pasado.

—El partido ha dado orden de huelga general. Dentro de poco cortarán la luz. Será la señal para que las milicias del Schutzbund vayamos a nuestros puestos. Vamos a ocupar las fábricas. El doctor Lotz me ha dado un recado para ti: van a montar un hospital de campaña en la Karl-Marx. Me ha dicho que serás muy útil. Yo tengo que irme, pero si quieres, dentro de una hora te mando un compañero con una motocicleta para que te acerque allí.

No supe qué decir. Los acontecimientos eran previsibles, pero no pensé que tuviera que tomar una decisión tan rápida. Se me hizo presente

mi hijo. Tenía miedo, no sólo a lo que podía pasarme, sino de ir, de salir de mi entorno, de mi casa... El miedo de un niño a abandonar el seno materno. Me dije: «Es preciso hacerse adulto. Me necesitan». Ese super yo, que vigila nuestros actos, difícilmente me perdonaría un abandono.

Hablé con mi marido. No comprendió nada.

—Estás loca. Te van a matar y la muerte siempre es una estupidez. Hay que esperar. No conviene entrar a la primera provocación. Además, no tiene sentido.

—¿La primera provocación? En algún momento hay que plantar cara. Mira Frank —le dije—, sabíamos que iba a ocurrir. No puede decirse que nos coja desprevenidos. Yo me voy, estoy convencida de que hago bien. Respeto tu postura. Cuida del niño. Volveré cuando pase todo.

Cuando vino el muchacho a buscarme con la moto di un beso a mi hijo. Tenía apenas dos años y difícilmente iba a explicarle nada. Se quedó en brazos de su padre. «Siempre he tenido suerte. Volveré pronto...», pensé al salir de casa.

Hacía frío y caía una lluvia débil y persistente. Las calles estaban medio vacías. Los tranvías se habían parado. Las radios creaban un clima de pánico contenido y de amenaza para los sublevados. Aquí y allá encontramos gente corriendo hacia sus casas. Al mediodía unos funcionarios empezaron a pegar carteles en el centro: «En Viena una sección de los obreros socialdemócratas de la empresa municipal de gas y electricidad ha suspendido el trabajo. Por esa razón se declara el estado de sitio». Poca razón parecía.

En la Karl-Marx-Hof había un desorden mayúsculo. En los bajos se desalojaban unos locales para convertirlos en hospital de sangre. El doctor Lotz dirigía las operaciones. Pasamos todo el día preparando las camas y los quirófanos. Algunos cirujanos que habían abandonado sus hospitales aportaron el material suficiente y sobre todo plasma y sangre. Se estaban seleccionando donantes entre las mujeres. Me dio la

impresión de que los médicos tenían experiencia, habían hecho la guerra. En cuanto a mí, casi se me había olvidado usar el fonendoscopio. Durante aquellos dos días ejercí más de enfermera amable que de médico. Espero que mis consuelos sirvieran a los heridos que tuve ocasión de tratar.

Durante el día 12 las noticias fueron confusas. Las emisoras transmitían cursilonas melodías austríacas, adobadas con la marcha de Radetzky, que se interrumpían de vez en cuando para decir que no había huelga en ninguna parte, que los cabecillas habían huido y que otros dirigentes socialdemócratas se habían presentado a la policía. Que en toda la zona industrial de la Ciudad Nueva de Viena reinaba una tranquilidad absoluta.

—¡Esto es más criminal que la artillería y las ametralladoras! —dijo, lo recuerdo bien, el doctor Lotz.

Hans Raunt pasó a verme; estaba exultante, sobreexcitado, cargado de noticias.

—Si no interviene el Ejército, tendrán que pactar un gobierno que convoque elecciones. La moral está muy alta y la huelga general ha sido un éxito, y no sólo en Viena.

Pero el Ejército intervino. Esa misma tarde nos llegaron noticias de que había artillería frente a las fábricas y en el centro de Viena. Pasado el mediodía oímos los cañonazos. Parecían venir de la Favoriten. Llegaron heridos de metralla y algunos, muy pocos, de bala. Todos se quejaban de no tener armas suficientes. La mayor parte eran casi niños. Me dio una pena inmensa. Muchos, una vez curados, querían volver a la lucha.

La noche del 12 llegaron heridos de bala y muchos fugitivos armados que se replegaban. Habían comenzado los fusilamientos sobre el terreno, eso nos dijeron.

Empezamos a pensar que todo estaba perdido. La radio transmitía consignas del gobierno llamando a la rendición. En el improvisado hospital el trabajo era agotador. Pasé la noche del 12 ayudando en el

quirófano. Escaseaba la anestesia. Era una carnicería. A medianoche el doctor Lotz me mandó a la cama.

Hans me buscaba, estaba roto. Traía la chaqueta y el pantalón desgarrados y llenos de polvo. Le dije que nos fuéramos a descansar. Llevaba un máuser al hombro y unas cartucheras a la cintura.

Subimos al primer piso, donde nos dejaron una habitación. «Es la nuestra», me dijo una mujer asustada. Hans se metió en la ancha cama con camisa y calzoncillos. Me acosté vestida a su lado y en silencio le acaricié la cabeza. Tenía el pelo rubio, sedoso.

—Si me cogen me matarán. He visto cómo ahorcaban a dos ferroviarios, eran de los que despidieron cuando las últimas huelgas. Hemos perdido mucho tiempo, teníamos que haber atacado en marzo del año pasado. He estado en la Florisdorf. Tenemos ametralladoras en Favoriten. Allí se resiste bien, pero el comando central está mudo. No hay una dirección, además, no hemos previsto la importancia de la radio y no tenemos una sola emisora. Hay emplazadas baterías del Ejército en muchos sitios.

El calor mutuo nos adormecía... Casi sin darme cuenta le quité la camisa y le acaricié el cuerpo. Acabamos haciendo el amor por primera vez... y aquel infierno nos pareció lejano, como una pesadilla de la que podríamos salir cuando quisiéramos.

Recuerdo su cuerpo alargado, joven, tenso, que reaccionaba a mis caricias como un muelle. Hacía el amor de una forma distinta a la que estaba acostumbrada. No es que fuera violento, al contrario, era tierno, pero su cuerpo se movía contra el mío con una agilidad e impulso desconocidos. No me gusta la frase por las connotaciones obscenas que puede tener, pero es la verdad: me llenaba. Me sentí bien, como si el mundo exterior, tan próximo y tan agitado, se hubiese esfumado de repente.

Hans, ya lo he dicho, era alto. Sus largas piernas no acababan nunca y

cuando de madrugada se vistió para volver a la batalla y se acercó a la cama para darme un beso, que recuerdo fue tenue, sentí que debía cambiar mi vida o, mejor dicho, que aquel muchacho me la había cambiado.

A las nueve de la mañana bombardearon la Karl-Marx. Habían colocado ametralladoras en la colina de La Atalaya. Disparaban desde el jardín de la casa que tenía el poeta Franz Werfel. Una granada entró por una ventana y mató a una mujer y al bebé que tenía en los brazos. Otra destrozó la conducción del gas. Era el caos. Los hombres armados recibieron la orden de retirarse por las alcantarillas. Veinte milicianos del Schutzbund se quedaron para protegernos.

En el hospital nos detuvieron a todos, también a los heridos que podían caminar. A los veinte del Schutzbund los hicieron quitarse la camisa en el patio. Hacía un frío horrible. Les miraron los hombros y a los siete que tenían cardenales en la clavícula, por haber apoyado allí los fusiles, los sacaron fuera, a la explanada. Al poco tiempo oímos las descargas y los tiros de gracia. Fueron siete disparos separados, suficientes y definitivos. No los olvidaré nunca.

A los sanitarios nos llevaron a la comisaría del primer distrito. Estuvimos allí hasta que a los tres días los cirujanos pasaron a prisión y a mí me dejaron en la calle. Me di cuenta, de pronto, de que olía a letrina y mi ropa estaba sucia.

Fui andando a casa. Sentí la desolación y la vergüenza. No quiero recordar el recibimiento comprensivo de Frank. Todo me humillaba.

A los pocos días volví a la Karl-Marx-Hof. Era una mañana triste y caían gruesos copos de nieve. A través de ella asomaban los agujeros negros de los cañonazos, y de las casas incendiadas salía humo. De vez en cuando, el viento agitaba en las ventanas un pedazo de tela o un pañuelo: eran las banderas blancas de la capitulación. En los tejados de las casas cañoneadas ondeaban las banderas verdiblanas de la Heimwehr. Abajo,

entre la pobreza y el terror, se deslizaban mujeres, niños, ancianos, temerosos de volver a sus viviendas saqueadas. Los miserables de la Heimwehr registraban las casas como buitres carroñeros. Todo se había consumado.

En julio de ese año, los nazis mataron a Dolfuss y los cristianos se quedaron sin líder. Era cuestión de tiempo: Hitler acabaría por entrar en Viena.

Tardó apenas cuatro años, pero cuando llegó, yo ya no estaba allí.

Annie Ángel se marchó a Praga en octubre del 34 para no volver. Quería empezar otra vida más coherente, más pegada a la realidad, decía. No deseaba ver cómo se derrumbaba todo. En aquellos días de febrero la Viena de siempre quiso olvidar, incluso muchos que votaron y aplaudieron a los socialdemócratas. Como si todo hubiera sido un sueño. Como si no hubiera habido ahorcamientos sonados. Fue una forma de esconder la cabeza debajo del ala. Estas actitudes se pagan caras y así ocurrió también aquella vez. Creo que mi amiga tenía razón.

—Cillie —me dijo—, no quiero envejecer así, no quiero sentirme inútil y humillada.

La revolución de febrero la marcó. La hizo virar de rumbo, rompió su matrimonio y cambiaron sus ideas sobre el amor y la convivencia. Se había enamorado de un joven linotipista. Los vi juntos algunas veces antes de febrero. Me comentó que su enamoramiento había sido repentino, precisamente durante el levantamiento.

—Siempre pensé en un amor tranquilo, útil, sin entrega excesiva —me dijo—, para ir tirando. He dejado de creer en eso. Cuando el mundo se desgarr a nuestro alrededor, no puede haber amores tranquilos. Es la hora de las hogueras y hay que quemarse en ellas. No tengo mucho en común con él, apenas unas amistades, pero quiero compartir su vida. Quiero quemarme en esa pasión si ello es posible. No puedo renunciar. Si lo hiciera, me sentiría mal toda la vida, y no hay cosa peor que la añoranza. Es mejor arrepentirse de lo hecho que de lo no hecho.

En septiembre Annie había recibido noticias de que su nuevo amor, Hans, estaba en Brunn, en Checoslovaquia. En octubre, como ya dije, ella salió para Praga. El niño quedó aquí, más al cuidado de sus abuelos, los padres de ella, que de Frank, su marido.

En los primeros meses del año 34 deshojé la margarita entre Gutenberg y Karl. Me fui a vivir con Karl y rompí con Gutenberg. Louis me animaba a ello en sus cartas. Insistía hasta la saciedad en los bienes

que se derivaban del dinero y Karl era rico. Me insinuaba, a veces me ordenaba, que trabajara menos. Seguía con sus bromas acerca de mi cuerpo, de mis piernas y de mi trasero.

(Cuartilla con membrete: 98, Rué Lepic).

28 de abril de 1934

Querida Cillie:

Pienso a menudo en ti y estoy contento de que, al fin, hayas tomado unas vacaciones, después de lo que has pasado. Nosotros tuvimos aquí, también en febrero, una buena batalla campal frente al Parlamento: cientos de heridos y unas decenas de muertos. Conserva cuidadosamente a ese Karl. Un amante generoso es un pequeño dios, sea judío o no. Las cosas parecen calmarse en Viena. Sin embargo, Europa está demasiado embrutecida, demasiado maleada, demasiado podrida para emprender una guerra. Eso espero y deseo. Además, ¿qué podría conquistarse? Todo está conquistado ya.

¿Y ese sexo? ¿Qué haces con él? ¿Y Gutenberg? ¿Y las dos Annies? ¿Tienes bonitas alumnas? Deberías enseñármelas algún día, las piernas... más piernas. Es mi único placer. La humanidad sólo es odio y aburrimiento.

En Clichy la pesadilla continúa; la mala gente abunda. Si todos los seres humanos fueran como tú, la tierra sería más habitable. Me encantaría volver a verte, pero no sé cuándo.

En fin, me gusta imaginarte liberada de los problemas materiales y de su mezquina realidad.

Te recuerdo, niña.

Muy afectuosamente.

Louis

Karl no era celoso, pero Gutenberg sí. Era lógico, pues fue a él a quien abandoné. Quizá busqué con ello la paz en los momentos en que se preparaba una guerra. Tardé en casarme con Karl, quería probar primero y, la verdad, no me fue mal. Era amable, cariñoso y me dejaba hacer. Representaba el amor tranquilo del que tanto habíamos hablado en nuestra juventud. Mientras Annie, la racional, la juiciosa, salía de Viena como un vendaval con un hombre al que apenas conocía, yo me disponía a conocer a fondo a una persona con la intención de casarme con ella y tener hijos y todo eso, en una Viena que había hervido en febrero y que empezaría a soltar lava muy pronto. Karl pensaba que los nazis estaban controlados pese a sus gritos y sus mascaradas. Como en tantas otras cosas, nos equivocamos.

Louis pasó, ese año de 1934, una buena temporada en EE UU. Creo que intentó volver con Elizabeth, pero ella se había casado. Él nunca quiso hablar de ello. Me contó más tarde, en febrero del 35, que estuvo en Hollywood. Le gustaba mucho el cine. Consiguió meterse en algunos rodajes. Recuerdo que me habló de una película de Clark Gable y Claudette Colbert (It Happened One Night) y otra de John Ford (The Lost Patrol). Me contó que, a la vuelta de ese viaje, desesperado, pidió en matrimonio a tres o cuatro mujeres. Una era Louise Nevelson, una escultora bastante famosa.

—La conocí en el barco hacia Europa, nada más salir de Nueva York; era silenciosa y sabía escuchar, pero no me sorprendió que me diera calabazas. Es curioso que le pidiera que se casara conmigo en un barco llamado, para mayor mofa, *Liberté*.

En febrero de 1935, cuando me contó todo esto, estuve con él en Kitzbuhel, cerca de Innsbruck. Esquíé mucho aquellos días. Él me esperaba en el hotel. Escribía una novela que tenía muy avanzada. Nunca le había visto tan amargado. Sufría trabajando en su libro. Parecía huir de algo y de alguien. Se levantaba temprano, antes incluso que los esquiadores, escribía y, hacia las diez de la mañana, se iba a la iglesia de San Andrés. Se trata de una iglesia gótica, creo que del siglo xv, que está al lado de otra más pequeña, la de Nuestra Señora, algo más antigua. Lo único que le interesaba de aquel templo, según me dijo, eran los frescos de Kircher del siglo xviii.

—Quisiera hacer un libro más sustancial, menos declamatorio, más musical. Lo intento, pero no estoy seguro de conseguirlo. Envejezco, me veo envejecer trabajando. A veces quisiera dejarlo, pero es más fuerte que yo. Tengo la impresión de que me va a costar diez años terminar esta novela —no fue así; se publicó al año siguiente, pero también le trajo quebraderos de cabeza.

Conocí, a ratos, al hombre intratable de quien él mismo me había hablado. Una persona que se debatía entre el difícil y doloroso manejo de las palabras y su vocación de médico.

Supongo que arrastró esa ambigüedad o, mejor dicho, esa esquizofrenia toda su vida. Amigo de sus amigos, veía enemigos por doquier. Yo apenas conocía realmente el ambiente de París en que vivía, pero tengo la impresión de que todo lo extraño o lo lejano le producía una hostilidad absurda.

Un día me retrasé volviendo de las pistas. Había anochecido cuando llegué al hotel. Me riñó por el retraso como si fuera una niña. Me trató como tal, aduciendo que le había preocupado mi tardanza. Era mi confidente, mi amante ocasional, pero lo que parecía sentir por mí se asemejaba a veces a una relación paternal que me desconcertaba y me hacía sentir ridícula.

De aquellos días en la nieve me quedan recuerdos precisos. Nuestras relaciones sexuales no eran especialmente frecuentes, sin embargo le encantaba que le relatara mis experiencias con otros. No me ahorra los detalles más escabrosos en una especie de confesión negra.

—Debes casarte con ese Karl. Ten en cuenta, niña, que la seguridad sólo la da el dinero y él es un hombre rico. Además, parece bien dispuesto. Luego le engañas y me reservas un pequeño trozo de ese engaño. Ten en cuenta que el pecado es un aliciente. Sin morbo no hay placer verdadero.

De vez en cuando me obligaba a quedarme desnuda mirando por la ventana, dándole la espalda. Al rato venía y me atacaba con fiereza. Entre risas me decía alguna cochinada, inmovilizándome contra la ventana. Menos mal que había una buena calefacción, porque de no ser así, me hubiera resfriado. Reconozco que me gustaban aquellas bromas inesperadas.

—Necesito este descanso para escribir, pero echo de menos escuchar hablar en francés; al no oírlo pierdo la música. Todo idioma tiene su cadencia y una novela debe tener también su ritmo, su melodía. ¿Te acuerdas de Mahé? A veces voy al barco y le hago sentarse con una botella de buen vino delante. Le pido que hable, simplemente que hable, mientras voy tomando notas. Es un mal hablado. Conoce todos los tacos del francés. Me es de mucha utilidad. Me refresca el lenguaje.

Insistía:

—El dinero, muchacha, es fundamental. En esta vida sólo hay dos clases de personas: los ricos, es decir, los amos, y los pobres. No es que estos últimos sean mejores que los otros, son igual de miserables, pero están condenados a arrastrarse por este mundo sin poder levantar el vuelo. La enfermedad y la cochambre les acompañarán siempre.

Yo no entendía que si todo estaba tan claro, y no había nada que hacer, dedicase una buena parte de su vida a curar esas miserias.

—Siento una gran piedad por los hombres —contestaba—, y me gustaría creer en algo. Tienen suerte los religiosos y los políticos. Unos creen que pueden salvarse y salvar las almas por toda una eternidad, ahí es nada, y los otros creen, o aparentan creer, que las cosas pueden mejorar aquí, en este valle de lágrimas, sin esperar a esa eternidad *post-mortem* que pregonan los curas. Soy más bien escéptico —continuaba—, pero quizá merezca la pena intentarlo. Mira Rusia. Has de saber —continuó— que me han publicado la novela en ruso. La traducción la ha hecho Elsa Triolet. Es muy conocida en Francia. Está casada con un poeta comunista que se llama Aragón. Cuando termine este maldito libro pienso ir a Rusia... a ver si me convencen —concluyó sonriendo.

Efectivamente acabó yendo a Rusia y a la vuelta escribió un duro libelo contra el sistema soviético. Cuando esto ocurrió era el tiempo del Frente Popular en Francia. Annie Ángel me contó más tarde que el libro escandalizó. Por lo poco que sé, Louis tenía el don de la inoportunidad. Al poco de conocerlo hizo, según parece, una intervención brillante y muy comentada en memoria de Zola, defensor de Dreyfuss, el militar judío perseguido en su tiempo. Cuatro años después se dedicó a escribir panfletos antisemitas. A pesar de todo lo que sufrí por el hecho, para mí azaroso, de ser judía y de haberme casado con un judío, nunca pude odiarlo.

Desde Kitzbuhel regresamos a Viena. Volví a mi casa con los esquís, como una joven deportista que no ha roto nunca un plato. Él se fue al hotel y al día siguiente apareció por casa. Los dos nos hicimos de nuevas ante Karl. El engaño no quería ser cruel. Tampoco ahora, al recordarlo, me produce mala conciencia. Salimos los tres a cenar varias noches. Louis observaba a Karl, por una parte como un padre lo hace con su futuro yerno, pero por otra como suele ser común entre los hombres, estableciendo una rivalidad latente. También vino a ver a las chicas del gimnasio y se quedó impresionado. Se empeñó en que debíamos invitar al

cine y a cenar a una rubia, en verdad hermosísima. Yo sabía muy bien lo que se proponía y me negué, no porque me importara el juego, sino por las consecuencias en forma de habladurías que iba a tener el asunto, concluyera o no como él pretendía.

El día que se marchó fuimos una vez más al museo para mirar el Brueghel, también pasamos por el Belvedere. Luego me pidió que subiéramos a su hotel. Acepté y pasamos la tarde juntos. Fue la última vez que nos vimos en Viena.

En el verano de 1935, se presentó en Austria acompañado por una nueva amante. Se llamaba Lucienne Delforge. Una pianista de talento. Era muy agradable y divertida. No le importaban las convenciones. Cuando la conocí llevaba el pelo rubio en una corta melena, con unos rizos a guisa de flequillo. Tenía la cara ancha y la sonrisa pronta, una nariz poderosa y el labio superior fino, en contraste con el inferior. Su cuerpo, como el de todas las amigas de Louis, era firme y proporcionado. Estuvo encantadora y cariñosa conmigo. Ese verano fue la última vez que jugué alegremente con Louis. A finales de ese año me casé con Karl.

No conocí a Louis Destouches. Fue él quien me conoció a mí y no paró hasta hacerme su amante. No me importó en absoluto. Me gustaba. Yo, por entonces, hacía muchas locuras. En realidad las he hecho demasiado tiempo y así me ha ido, pero no me arrepiento de nada. Ni del sexo que compartimos ni de la gente que conocí con él ni de los viajes que realizamos.

Cuando al final de la guerra nos encontramos encerrados con Pétain, Laval y toda la tropa de colaboracionistas en Sigmaringen, no sabíamos si acabarían fusilándonos, pero yo seguía tocando el piano como si aquella siniestra compañía fuera la misma que la de la sala Gravean el 3 de mayo de 1935. Fue allí donde se me presentó. Me había mandado una carta un día después de mi recital en la sala Chopin: Mozart, Fauré, Ropatz, Debussy. La nota decía así:

Querida señora:

Estoy contento de ofrecerle este testimonio, por si le puede servir a su propaganda. Es sincero y no tiene nada que ver con mis sentimientos personales. Se que a este respecto, cualquier afirmación puede parecer impertinente.

Muy sinceramente suyo.

Louis Destouches

En la hoja adjunta se leía: «Lucienne Delforge ha nacido dentro de la música. Su lirismo es real, natural. Este don no suele aparecer sino una o dos veces en cada generación y casi nunca en una mujer».

No tenía, como se ve, un claro concepto de las mujeres artistas. Reconozco, sin embargo, que lo que más le gustaba en este mundo eran las mujeres. Le gustaban tanto que las prefería de dos en dos.

En esa época se sentía verdaderamente angustiado con la novela que estaba escribiendo. A veces me hacía tocar y hablarle al mismo tiempo. Decía que eso daba ritmo a su prosa. Sus angustias, cuando se producían, me resultaban inaguantables. Pienso que las manías y las neurosis son contagiosas. Cuando se ponía así, le pedía que me dejara en paz, que se fuera. Solía volver con otros bríos.

La temporada que pasé con Louis conocí un Montmartre que no imaginaba. Entre Pigall's Tabac y la avenida Junot pasé una primavera inolvidable. Al atardecer paseábamos por el barrio XVIII con ojos nuevos, casi infantiles. Louis, como es sabido, tenía un estudio en Lepic, junto a la calle Girardon, encima de una tienda de antigüedades falsas. El tipo que llevaba el negocio era un tal Hébert y tenía gran habilidad para las falsificaciones. Conseguía envejecer cualquier cosa, el libro más moderno o un cuadro recién terminado. De todos los personajes que conocí, algunos destacan en mi recuerdo. Un actor llamado Le Vigan. Se drogaba como un poseso, pero nunca logré saber con qué. Otro era un pintor: Mahé. Tenía un barco en el Sena. Era un viva la virgen, alegre y dicharachero. A veces algo cruel. Estaba casado con Magy, una pianista que ensayaba en el barco. Tenía un piano de cola que ocupaba una buena parte del salón central de la embarcación. Por entonces Mahé andaba liado con otra: se llamaba Madeleine. Me parece que acabó casándose con ella. Le Vigan era homosexual o lo pretendía. Un individuo flaco, parecido al loco de Antonin Artaud, pero más bajo de estatura. Aseguraba haber nacido allí, en el barrio XVIII, «entre bidés».

—Por eso soy tan limpio y tan bien dispuesto. Mi padre era veterinario, de ahí la atracción sexual que me producen los animales de cuatro patas y más de doscientos kilos, pero tampoco desdeño los bípedos.

—Como los canguros —contestaba Mahé.

—Los canguros los uso para meterme dentro de la bolsa. Son como

madres —concluía.

En realidad se llamaba Robert Coquillaud y era un actor de primera categoría, tanto en el teatro como en el cine. En la *Madame Bovary* que hizo Jean Renoir, el trapero Lheureux es precisamente Le Vigan. También con Renoir hizo un papel en *Bajos fondos*.

Recuerdo haberle visto, al final de la guerra, en una película de Jacques Becquer: *Goupi-Manos rojas*. Cuando Louis se marchó a Sigmaringen, Le Vigan fue con él y aparece en sus novelas finales. Pero para mí no era el personaje que describe la literatura de Louis. Acabó sus días en Argentina. No sé cómo aceptarían allí su difícil y ágil ironía.

Mahé y Le Vigan, a veces también Louis, tomaban al pintor Gen Paul, que tenía su taller en la Avenue Junot, como cabeza de turco de sus bromas, frecuentemente pesadas.

A Gen Paul le faltaba una pierna, la perdió en la Gran Guerra. Tenía en su taller todo tipo de instrumentos musicales. A veces salíamos de taberna en taberna montando una fanfarria de sonido desigual. Normalmente yo me encargaba de dar la melodía con un viejo violín. Otras veces lo hacía Noceti, a quien llamaban Nonos, un violinista que vivía allí mismo, en la Rué Lepic, y que por esas fechas compuso con Louis unas canciones desgarradas. Le Vigan pasaba el platillo y luego cenábamos generalmente en la Place du Tertre. Louis se encargaba de pedir la cena para todos, supuestamente la que más convenía a nuestro carácter y condición física. Tardaba un buen rato en elegir y luego él no probaba bocado. Se oponía a que tomáramos vino, queso, mantequilla o café. Mahé le mandaba a la mierda y pedía vino para todos. Louis no lo probaba. Le Vigan se encargaba de pagar la cena, si la colecta había sido suficiente.

Una noche, estábamos tomando el café cuando Le Vigan gritó: «El último que pague», y salió corriendo. Mahé, Louis y el cantante Revol salieron tras él. Yo no sabía qué hacer pues, como era evidente, Gen Paul

no podía correr. Volvió Le Vigan y, desde la puerta, gritó:

—Chiquita, ¡huye de la peste! ¡Al cojo que le cojan!

Gen estaba pálido como un cadáver.

—Aquí me conocen —decía.

Al final, como no tenía dinero suficiente, tuvo que hacer un arreglo con el encargado, que de mala gana aceptó un pago aplazado.

Gen Paul, a quien llamaban Popol, no era precisamente un hombre de orden. En cuanto vendía un cuadro y tenía dinero fresco hacía las mayores locuras y no paraba hasta vaciar su cartera. Un día, en la puerta del Pigall's Tabac, llamó a un taxi.

—A Gibraltar —dijo al taxista.

—¿A la Rué Gibraltar?

—No, hombre, no. A Gibraltar, en el sur de España.

—Pero... señor... Hacen falta papeles.

—Tengo dinero. ¡Mira! —Y Popol sacó un fajo de billetes.

Otra vez tomó un taxi y se fue a Bilbao, en la costa vasca española. Volvió acompañado de un tipo de dos metros, un armario. Se llamaba Urquiri. Un buen día, Urquiri cogió una guitarra y cantó. ¡Una revelación! Le engominamos el pelo, le alquilamos un esmoquin y a los pocos días debutaba en una revista.

A veces se sumaba al grupo Marcel Aymé, un hombre muy callado. Louis le decía toda clase de barbaridades, llegando al insulto.

—¿Por qué le dices esas cosas? —le pregunté una vez.

—Si no habla nada, es que tiene de qué arrepentirse. Así se lo facilito.

Frecuentemente nuestro guía era Pierre Labric. Trabajaba en el cine como especialista, es decir, doblaba a los protagonistas en las escenas de acción. Si había que tirarse de un coche en marcha allí estaba el bueno de Pierre para llevarse los golpes. Sus cardenales eran el pan nuestro de cada día. Se hacía llamar «alcalde de la comuna libre de Montmartre». Conocía todas las esquinas y era doctor en burdeles.

Tanto Mahé como Labric tenían entrada libre, y por la puerta grande, en todas las casas de putas de París. Mahé decoró algunas. A veces yo iba con ellos. Las residentes no miraban con buenos ojos a las mujeres acompañantes. En uno de esos burdeles conocí a Henry Miller.

—Dice ser un escritor americano. Vive al lado del dispensario de Clichy —nos dijo Louis—. A veces viene a pegar la hebra conmigo al consultorio, pero estoy demasiado ocupado para hablar de literatura con desconocidos.

El tal Miller iba acompañado, por eso me llamó la atención, de una española y de un tipo más elegante que Chevalier. La *Madame* nos lo susurró: el dandi era el marido de la española. Más tarde me enteré de que ella también pretendía ser escritora. Solían ir a mirar y, según le sonsacamos a la *Madame*, la jovencita española de cara virginal hacía bonitos «cuadros» con las más avezadas hetairas de la casa.

—Toma nota Lucienne, eso sí que es tocar el piano.

Louis ponía cara de fauno al decir esas cosas. Le asomaba la pata de cabra bajo el pantalón.

Una tarde intentaron que les siguiera el juego con una joven de Clichy protegida de Louis, Pauline, que era el perro fiel de la cuadrilla, y dos profesionales del burdel. Primero las bromas y luego las veras. Les seguí la corriente y nos introdujeron en un salón decorado de rojo: paredes, sillas y la enorme cama, tan grande que podía caber un regimiento. El dúo de putas era de edad despareja, pero no de mal ver. Empezaron a desnudarse una a la otra, invitándonos al juego. Había algo de falso en todo aquello. No en el juego, sino en la forma de llevarlo a cabo. No me daba repugnancia. Simplemente no sentía lujuria. Así que me marché.

No todo era diversión. En aquella época ensayaba al piano no menos de seis horas diarias. El teclado ha sido una parte decisiva en mi vida, pero resulta agotador. Louis, por su parte, se angustiaba con el libro que tenía entre manos. Decidimos hacer un viaje; pensaba que cambiar de

aires le relajaría.

El 4 de julio salimos en barco de Amberes hacia Copenhague. Louis tenía allí una amiga, ¡cómo no!, bailarina del Kursaal, en el Tívoli. Se llamaba Karen Jensen. Paseamos por el puerto, vimos museos, también el castillo de Elsinor. Fuimos a Suecia y luego estuvimos en Berlín y Múnich. Por fin recalamos en Balgastein. El hotel se llamaba Grüner Baum.

Tuve problemas para conseguir un piano, pero la llegada de Emil von Sauer, el profesor del conservatorio de Viena con quien me había citado previamente, arregló las cosas. Emil era un gran profesor y me fue de mucha utilidad.

Trabajaba con él ocho y diez horas diarias. Louis hacía lo propio con su libro. Por la mañana salía al museo o a la iglesia, que tenía, según creo recordar, unos frescos del siglo XVI que le interesaban. Una vez fui con él y no me llamaron la atención.

Cuando llegamos a Salzburgo, nos esperaba una amiga vienesa de Louis: Cillie. Resultó ser una mujer maravillosa. Nos hospedamos en el mismo hotel y Louis quiso que él y yo tomásemos habitaciones separadas.

Me imaginaba, cuando vi a Cillie, que entre Louis y ella había, o había habido, algo más que una buena amistad, pero me resultó absurdo ese detalle de la «separación de cuerpos». Hice algunas bromas, estando ella presente, que no agradaron a nuestro, al parecer, común amante.

—¿Acaso Salzburgo te provoca la castidad del monje que llevas oculto?

—Es para que podamos trabajar más cómodos.

—Yo no toco el piano por la noche y no me molesta verte escribir.

Cambió de conversación, pero me dio la impresión de que a Cillie el juego idiota de Louis le parecía, como a mí, una chiquillada.

Salzburgo es una ciudad maravillosa y el festival resultó una delicia.

Los tres fuimos al *Tristan e Isolda* que dirigió Bruno Walter. Casi todas las tardes pasábamos las horas muertas en el Hohensalzburggo. Otras veces callejeábamos por el casco viejo: iglesias, museos... Louis daba la sensación de estar tranquilo y se tomaba las cosas con humor. Estoy segura de que Cillie le producía una paz especial. La verdad es que a mí también. Parecía incansable en su amabilidad. Una cortesía nada profesional. Todo en ella resultaba como el mar en calma. Me gustaba verla caminar, con sus piernas elásticas y bien dibujadas, su sombrerito de paja y su vestido estampado de flores. Sentía por ella una atracción física difícil de describir, distinta de la que me producía un hombre como Louis, quien, por cierto, no me dejaba en absoluto indiferente.

El 2 de agosto, de repente, sin previo aviso, Louis nos dijo mientras desayunábamos que se volvía ese mismo día a París. Necesitaba aislarse.

—Para terminar esta pesadilla de libro. O acabo con él o él acaba conmigo. Me siento como un boxeador frente a su contrincante: contra las cuerdas. Es inútil que saque al enemigo a pasear, los dos sabemos que tendremos que encerrarnos y decidir a golpes quién gana.

Nos quedamos solas y fueron días de entendimiento y comprensión. Por la noche, después de largos paseos, o tras una jornada musical en el festival, ella me pedía que tocara y yo lo hacía. Cansada, pero con ganas. La primera vez se sentó detrás de mí. Le pedí que se pusiera donde la pudiera ver. Con la vista baja o mirándonos, yo tocaba para ella. Cuando terminaba, se acercaba a mí y me acariciaba el pelo, a veces me besaba en la frente. Sentía en esas ocasiones toda la placidez del mundo en sus leves caricias, apenas sentidas por lo breves.

Meses más tarde, con ocasión de mi concierto en Viena, Cillie me presentó a su marido. Era un tipo educado, moreno, delgado, que me pareció muy alto. Vestía con una corrección que entonaba con su comportamiento. Tuve la impresión de que se compenetraban mediante esa división del trabajo que suele darse en las parejas destinadas a

perdurar. Les reservé dos butacas de primera fila para la noche del concierto. Tocar en Viena es siempre un reto y quería cerca de mí el apoyo de su calor, el mismo que sentí en Salzburgo.

Enseguida dominé los nervios y la angustia. Concluido el primer movimiento, el concierto se convirtió en un diálogo entre Cillie, sentada recatadamente en su butaca, y yo. Quedé contenta, y en un concierto una es el mejor juez.

Vinieron a buscarme y apenas percibí las frases amables de Karl, pero Cillie me dijo: «Has estado maravillosa», y entonces estuve segura de que la crítica al día siguiente me trataría bien. Así fue.

Cenamos juntos y vino con nosotros Emil von Sauer, que tanto me había ayudado. Estuve toda la noche buscando un aparte con Cillie. No sé muy bien qué quería decirle, pero el hecho no se produjo. Sólo en la despedida pude tener su hermoso rostro entre mis manos. Lo retuve un momento antes de besarlo.

Años después, en Sigmaringen, recordé con Louis su tragedia, la tragedia de tantos judíos cogidos por el ruego de odios absurdos, el mismo que nos trajo la guerra e hizo cenizas nuestra juventud, el mismo que nos llevó a Sigmaringen y nos sacó de allí hacia un futuro incierto.

El año 1935 fue quizá el mejor de mi vida. Todo parecía abrirse en mil promesas realizables. A finales de ese año entregaban el Premio Nobel a los Joliot-Curie. Francia entera estaba orgullosa del premio, como si todos los franceses hubieran realizado en sus cocinas los experimentos científicos que llevaron al famoso matrimonio al éxito y la fama. Fui elegida para dar el concierto de la entrega del premio en Estocolmo. Me preparé durante el otoño y fue todo un éxito.

A la vuelta de Salzburgo, Louis se había enclaustrado en Saint-Germain-en-Laye para terminar la novela que tanto le obsesionaba. A los pocos días de estar en París me llegó una carta suya, mezcla de disculpa por el plantón de Salzburgo y declaración de principios.

26 de agosto de 1935

Querida Lucienne:

Me hartas feliz si no me rechazases para siempre. Te quiero y tengo necesidad de ti. Sabes que si desaparezco es porque te estorbo. No soy un ser normal. Soy fiel a mi manera, pero fiel como un breton. Me agobia la regularidad de la vida. Sabes que no me gusta dármelas de artista, de histérico, de sujeto excepcional que tiene-la-necesidad-de-lograr-sus-caprichos.

Odio ese tipo de personas, bien lo sabes. Pero también sabes que, a veces, no puedo permanecer en un sitio. Me siento mucho más cerca de la gente cuando la dejo. Tú, Lucienne, soportas la realidad, eres mujer y las mujeres viven de realidades en tanto que los hombres sólo pretenden abstraerse. Quiero que sepas que para mí la realidad es una pesadilla continua.

No quisiera morir sin haber engullido todo lo que sé de los demás y de las cosas. En ello, más o menos, estriban mis ilusiones. Pero me falta aún muchísimo.

Mi madre todavía trabaja. Me acuerdo de cuando era más joven, del enorme montón de puntillas que tenía que planchar por pocos francos, el fabuloso montón que se desbordaba cada día sobre su mesa. Aquello no terminaba nunca. Me entraban pesadillas por las noches y a ella también. Ahora yo, igual que ella, tengo sobre mi mesa un enorme montón de horror, de sufrimientos, que desearía planchar antes de acabar.

Me encuentras siempre imposible, pero ya ves que he vivido desde pequeño en una pesadilla de miseria. Me queda

el hábito de esperar siempre lo peor. Pero me gustaría que perdonaras mis torpezas y mis brutalidades. No quiero ser pesado, no quiero abrumarte.

Te abrazo fuertemente. Me gustaría verte de vez en cuando. No temas, no te plantearé cuestiones indiscretas ni te comprometeré con tus amantes, si llegas a tenerlos. No me olvides.

Haré sustituciones de médicos por aquí y por allá, como cuando era estudiante. Ya ves, todo vuelve a empezar, la eterna juventud. ¡Es fácil!

Tuyo.

Louis

No lo abandoné. Le seguí viendo durante ese invierno en París o en un hotel llamado Pavillon-Royal en St. Germain-en-Laye.

La novela avanzaba y a pesar de ello Louis atravesaba largos períodos de melancolía en que todo le parecía negro, como el cielo previo a la tormenta.

Llovía una tarde de enero en St. Germain-en-Laye. Paseábamos bajo la lluvia. El color gris del ambiente lo volvía especialmente triste. No había gente en las calles, pero yo estaba alegre, no podía estar triste. Para mí el pequeño restaurante en el que acabamos sentándonos, con sus manteles de cuadros rojos, las velas en las mesas y la lluvia fuera, era un trasunto de mi casa de niña. Él estaba conmigo, pero se le notaba solo, se sentía solo. Tuve la premonición de que acabaría solo. Aparentemente no ha sido así, pero sé que en el fondo, él siempre ha estado solo.

Nos trajeron la cena. Yo tenía apetito y me dispuse a ejercer de «hambrienta». Él, como solía, escogió el menú: una buena sopa y carne

roja para mí. Para él una menestra. Pedí vino, no le gustaba que se probara el alcohol. Era una pose y una ocasión para la consabida prédica.

—El hombre es un ser que digiere. La digestión es un acto muy complicado, te lo digo yo, que lo absorbe todo: el cerebro, el cuerpo... Digerir es el instinto hipertrofiado de conservación... eso le pasa a la humanidad: comer, beber, fumar, diez veces, cien veces, más de lo necesario. Difícilmente se encuentra al ser humano en el fondo de esta bullabesa alcohólica y fumadora.

—Pues mira —le dije—, no pienso amargarme la cena. Si crees que el hombre es un gran estómago, yo no estoy de acuerdo. Además, me propongo comer con apetito.

—No he dicho que el hombre sea exclusivamente digestión, pero se dedica a ello más que a cualquier otra cosa. No pensaba en ti, que eres una persona adorable, sino en lo simples que somos en el fondo: instinto de conservación e instinto de reproducción y ya está.

—Me parece —le dije—, que simplificas un poco. El amor no es sólo reproducción.

—No lo niego, el amor es algo respetable... y agradable, pero es un bien muy escaso... excepto en la literatura, literatura que yo encuentro grosera y pesada. «Te quiero» es una frase abominable e impúdica. La mayor parte de los hombres se conforman con una buena erección y la consiguiente descarga de dos centímetros cúbicos de un líquido miserable. Es el delirio, un delirio de algunos segundos que nos une a la naturaleza. Racionalizar tal situación con maniobras verbales no me parece honrado. Creo que hay que respetar ese delirio, esa especie de unión mística con la naturaleza. Al fin y al cabo, los hombres tienen un destino difícil y doloroso. La naturaleza juega con ellos. Son seres que no se sienten nacer, sufren al morir y esperan vivir permanentemente. Esperan vivir, pero no viven de verdad... Esperan... aprobar el bachillerato, ascender en su trabajo. Esperan ser queridos. El hombre es

un animal desgraciado, es el único de todos que conoce su porvenir. Conoce la existencia de la muerte en su primer pensamiento lúcido. Pensamiento que intenta ocultar bebiendo, comiendo, viajando... corriendo de un lado a otro. El hombre es un ser que envejece. Su lugar no es otro que el ataúd. Todas las noches nos acostamos en un ataúd. Nuestras camas son ataúdes y el sueño no es otra cosa que un ensayo para la muerte.

—Alegre reflexión —le dije—. Pues, con todo lo oído, sigo con mis patatas fritas y el bistec. Y tú harías bien en empezar la menestra, que estará ya fría.

No valía desviar la conversación a parajes más halagüeños. Louis dejaba la conversación, pero no cambiaba de actitud. Sus palabras no eran retóricas, la desesperación le absorbía en sus momentos bajos, demasiado frecuentes.

Me asustaba el contagio. Es bien sabido que la alegría es contagiosa, pero lo es mucho más el ánimo depresivo y yo entonces no quería la tristeza, me creía feliz y llena de ilusión. Todo se me vino abajo con la guerra y no por efecto del destino sino por mi mala cabeza.

Unos días después de esta cena Louis vino a París y me llevó a una exposición de pintura flamenca en la Orangerie. Era la pintura que más le gustaba. También en el arte era capaz de transmitir su delicada sensibilidad en los comentarios que le suscitaban sus pintores favoritos.

Hasta que entró la primavera le vi a solas algunas veces, y las más con amigos comunes.

En alguna ocasión apareció Lili, una joven bailarina, callada, de rasgos exóticos y andares flexibles.

Para acabar su libro, Louis pasó, creo recordar, el final del invierno en El Havre. Tengo cartas que llevan escrito el nombre del hotel: Frascati. Aquí está la frase que subrayé entonces: «Al envejecer comprobarás lo que va quedando de las ilusiones: nada de nada. Acaso

una violenta pasión por rehacer el camino, pasión que es prima carnal de la muerte».

Sé que tuvo problemas con el editor Denoël a cuenta de algunos párrafos escabrosos de su segundo libro.

—Llevo cuatro años trabajando en esta novela que me ha hecho adelgazar doce kilos. No voy a cambiar ni una coma.

Eso dijo y eso hizo. El libro salió, recuerdo bien la fecha, una semana después de que el Frente Popular ganara las elecciones. Louis estaba contento por las dos cosas. Celebrando la salida de su novela, nos lanzó una perorata sobre Léon Blum y el ensayo del veterano político socialista sobre el matrimonio. Recuerdo que puso por las nubes al libro y al autor. Pronto cambió de ideas sobre Blum.

La novela de Louis fue un éxito de ventas, pero muchas críticas lo crucificaron, sobre todo los críticos de derechas, bienpensantes y estúpidos: «Veinticinco francos (era el precio del libro) de ignominia y de abyección», publicó un diario.

«La estética de la basura», escribió *L'Ordre*. «Es necesario impedir a ciertos individuos el derecho de emponzoñar a los demás», publicó el *Marseille-Matin*.

Paul Nizan en *L'Humanité* fue algo más ecléctico, pero a los comunistas también les daba miedo el nihilismo que, decían, se dejaba ver en la novela. Recuerdo que Nizan criticaba la escena en que una puta lleva un retrato de Lenin al cementerio de Père-Lachaise el día de los federados: «Hacer de una prostituta el único personaje comunista al que se alude en la novela no parece ni objetivo ni correcto».

También hubo críticas elogiosas, pero tengo la impresión de que Louis se consideró maltratado y maltrecho. Como casi todos, Louis se sentía víctima de lo que consideraba incompreensión.

Me gusta recordar la última vez que dormí en Lepic con Louis, en junio de 1936. Mahé había decorado el nuevo Balajo de Georges France y

nos invitaron a la inauguración. Resultó una amable velada y, al final, sobre el pequeño altillo de la orquesta, animado por Mahé, Louis se atrevió a cantar con su voz de bajo la canción que había compuesto con Noceti: *El nudo corredizo*.

*Vive Katinka la putain
Celle qui n'aime pas le matin...
Grosse bataille petit butin*

Quiso que le acompañara al piano y así lo hice; me pidió que le acompañara a su casa y allí fui.

Corrían tiempos en que tomar partido era una forma de autodefensa. ¿Qué podía hacer el ser humano solo, aislado, en un mundo en que las ideas se convertían en muralla infranqueable? Todos corrían a juntarse con sus iguales, como rebaño buscando el calor. Los que se quedaron solos o retrasados sufrieron las consecuencias, si cabe, más trágicamente, y Louis era un solitario destinado no sólo a la incomprensión, sino también a desbarrar en un momento en que las ortodoxias se imponían con pasos de gigante.

Louis se perdió y erró el tiro como tantos otros. Su temor a la guerra, como un instinto de muerte, le llevó a escribir unos panfletos antisemitas que hoy dan risa. Yo, que no quise estar sola, también perdí el sendero uniéndome a un hombre en cuyas ideas nunca creí. Ideas que ocho años más tarde me llevaron a Sigmaringen. Allí volví a ver a Louis con Lili y Le Vigan. Era el final triste e irreal de un mundo, el fin de nuestra juventud.

Capítulo 3

Hay que imaginar, por un momento, los Campos Elíseos, pero cuatro veces más amplios, inundados de agua pálida... El Neva... que se extiende hacia allá... lechoso... Más lejos, el mar, el estuario que avanza sobre la ciudad. El mar tiene a la ciudad en la mano. Un esfuerzo y se apoderaría de un palacio... Rectángulos duros, con cúpulas, mármoles, joyas. A la izquierda un canal completamente negro se arroja contra otro palacio colosal, doradas todas sus fachadas... Un trozo de Leningrado, un trozo de una bella ciudad.

Allí fui el mes de agosto de 1936 con la intención de ver y también de cobrar lo que me debían. De mi primera novela se habían vendido en Rusia cien mil ejemplares. No me dieron ni un rublo. Tuve que pagarme el viaje, el hotel, la comida y... la intérprete, que se quería casar conmigo para salir de allí... del paraíso. Qué habrá sido de ella. Un día me llevó al Ermitage. Otro día fuimos a Zarkoi, el último palacio del zar. Los guías lo enseñaban como si se tratara de la cueva de Alí Baba, ridiculizando a los antiguos dueños, muertos y bien muertos. Lo encontré de mal gusto. Sin embargo, el teatro Marinski y sus *ballets* eran magníficos. Asistí a seis representaciones consecutivas de *La reina de picas* de Chaikowski, con la Ulinova.

A mediados de septiembre tomé el barco para El Havre. No volvía decepcionado, volvía indignado. Policía, burocracia y caos. Un gran *bluff* y una real tiranía. Cuando lo escribí en un opúsculo, me cayeron todas las maldiciones del cielo y del infierno. Toda la izquierda me maltrató. Dije entonces lo que pensaba de los soviets. Simplemente que no habían podido acabar con el egoísmo. Lo intentaban ocultar, pero el egoísmo en la URSS era rabioso, imbatible, pétreo, del que penetra y corrompe. Eran tiempos en que nadie quería ver los defectos propios, eran tiempos

militantes, es decir, militares, íbamos al desastre llenos de ideas limpias, impolutas, temibles y optimistas. Por otro lado, el comportamiento de los nuevos poderosos no difería del de los antiguos.

Quien llega a detentar poder, ya sea económico o político, tiende a pensar que se lo debe a sus particulares habilidades o méritos. Nada tan falso. El camino al poder se asemeja al que recorren los espermatozoides para alcanzar el óvulo o decaer en la empresa. Sería considerada estúpida la medio célula masculina que se creyera la más rápida o hábil de su carnada, pues, por duro que resulte, su éxito se debe a la casualidad. Ningún agraciado con el premio de la lotería achaca el éxito a sus méritos; si acaso, a su buena suerte. Los poderosos, en cambio, piensan que han llegado hasta ahí, no empujados por otros o aplastando a otros, ni por un sinfín de circunstancias, sino por su arrolladora personalidad. Quizá nazca de esa pretenciosa actitud aquella otra popular, algo más saludable, que consiste en bajar al que está arriba.

En el 36 conocí a Lili y en febrero del año siguiente se vino a vivir conmigo. Sus padres andaban divorciándose y no podía estar con ellos. La conocí en la escuela de danza que Blanche d'Alessandri tenía en la Rué Herni-Monnier. La vieja Blanche, que había dejado de bailar porque se rompió una rodilla al salir de un taxi, dirigía las clases de danza con un palo en la mano y, si alguien se equivocaba, le sacudía en las piernas. Por allí pasaron alumnos que luego se hicieron famosos: Serge Lifar y Ludmilla Tcherina entre otros. Lili tenía veintidós años y era tímida. Educada por las monjas, no quería salir conmigo. Cuando conseguí convencerla, no hablaba apenas, observaba, nos miraba a los viejos de Montmartre, Mahé, Gen Paul..., como si acabásemos de bajar de la luna.

Fue en el otoño del 36, después de mi vuelta de Leningrado, con la guerra de España ya comenzada, cuando Annie Ángel vino a verme a Lepic. Se presentó sin avisar, acompañada por un tipo alto, rubio y no muy bien vestido. Conservaba su estilo, aunque su atuendo no era de los

que le había visto lucir en Viena. En mi casa no había mucho sitio, pero los alojé durante unos días. Después les busqué casa. Se fueron a vivir al Barrio Latino con Serge Perrault, un bailarín amigo nuestro.

Annie y su amigo querían pasar a España a participar en la matanza. Nos vimos algunas veces en aquel otoño. No comulgaba con ellos, no tanto por sus ideas políticas sino por su forma de entender el mundo, que me parecía, más que errónea, una catástrofe. Él, Hans parece que se llamaba, sufría ardores guerreros y, por si no hubiera suficientes muertos más allá de los Pirineos, quería poner su grano de arena. Por lo que podía leerse en los periódicos, los españoles se bastaban solos para matarse. Nunca entendí qué pintaba en Madrid una pareja de austríacos, obrero el uno, psicoanalista la otra. A no ser que Annie quisiera curar a los españoles de la locura homicida que se les había desatado.

En octubre se fueron. Según creo recordar, en Marsella tomaron un barco para Barcelona. Annie y yo tuvimos una última conversación algo tensa. Había terminado mi libro sobre la URSS, que iba a publicarse enseguida y no hice sino hablar, y mal, de los soviets y de sus métodos. Ella se enfadó, pero sus modales le debieron impedir explotar. Me dolió que se fuera. No se dejó convencer. Estaban dentro de aquella vorágine mortal.

En septiembre de 1936 Hans y yo salimos de Praga hacia Francia, donde había ganado las elecciones el Frente Popular. La guerra de España acababa de comenzar y pensamos, como tanta gente, que era la ocasión de parar al fascismo. No voy a arrepentirme ahora de lo que hice entonces, no tendría sentido. Posiblemente la guerra de España no era mi sitio, pero hubiera sido peor dejarse arrastrar por los acontecimientos sin hacerles frente.

Dejamos Praga. Anny Reich pensaba marcharse a los EE UU, y así lo hizo poco después. Llegamos a París y la primera noche, que pasamos en casa de Louis, lloré. Lloré de pena, de una pena difusa, sin nombre. No

era la pérdida de mi hijo, ni la distancia de mis amigos, ni el vacío que se siente al llegar a un lugar nuevo... era todo eso y no era sólo eso.

En París, durante aquellos pocos meses, hacíamos por la mañana proyectos para el viaje, y tomábamos contacto con los compañeros austriacos y alemanes que pensaban también pasar a España. Algunas tardes acudíamos a las manifestaciones. Los sindicatos se movilizaban apretando al gobierno del Frente Popular y también nosotros creíamos ingenuamente que ésa era la mejor forma de impedir el avance del fascismo. Pero al anochecer, consumiendo nuestros escasos ahorros en cualquier restaurante barato de la Contrescarpe o de la Rué Mouffetard, me cercaba una tristeza que no podía disimular. Hans, más joven, más animoso o más dogmático, hacía planes que yo apenas seguía. Él se apercibía de mi decaimiento e intentaba animarme sin éxito, lo que influía negativamente en nuestras relaciones. El sexo se convirtió, casi, en un deber penoso y él no dejaba de notarlo, aunque nunca habláramos de ello. La voluntad, por empeño que se ponga, y yo ponía mucho, no basta. No se trataba sólo del vendaval en que estábamos, sino, lo sé bien ahora, de que una no es tanto hija de sus actos como del entorno en que pasó su juventud.

Louis, que acababa de regresar de Rusia, se portó muy bien con nosotros, o por mejor decir, se portó bien conmigo. A veces seco, distante, escéptico, pero, en el fondo, cariñoso y preocupado por mí. Poco antes de salir a Marsella para tomar el barco que nos llevó a Barcelona, tuvimos una velada juntos en Clichy. Me pidió que fuéramos a cenar con él, pero preferí ir sin Hans. Le pasé a buscar al dispensario. Me hizo entrar en su consulta y, en mi presencia, trató a varios enfermos. El sitio, que era de aspecto alegre, se ensombrecía con el paisaje humano que por allí circulaba: una chica embarazada, que con seguridad ejercía ocasionalmente la prostitución, le pidió un aborto. Un tipo mal encarado, que alegaba tener tuberculosis, pidió que me ausentase. «Es médico

también, habla con libertad», le dijo Louis y el hombre acabó por confesar una enfermedad de transmisión sexual con unas secuelas muy desagradables en sus genitales. Una anciana de piernas varicosas, cuyo mal era, sobre todo, el hambre y las palizas que le propinaba un marido alcohólico y en paro... Louis tenía una frase amable para todos. Se transformaba, es cierto, ante aquella humanidad doliente. Solía decir que le gustaba su profesión de médico higienista, de galeno de barrio, y esa verdad sólo se comprobaba allí en Clichy, en las afueras de París, rodeado de las miserias de la gente.

Fuimos a cenar a una tasca, cerca de la Alcaldía. Estaba limpia. La amable mujer que nos atendió, cliente sin duda del dispensario, se esforzó en que probáramos todas las delicias de su cocina. Louis, como era su costumbre, apenas comió, pero me animaba, al alimón con la gruesa dama, a engullir una cena copiosa.

Louis no estaba de acuerdo con mis ideas ni mucho menos con mi marcha. Sus palabras fueron duras, pero no me sentí herida porque, aunque opuse resistencia, intuía en sus reconvenciones un fondo de preocupación por mí.

—La gente se aferra a sus ideas con la ansiedad del náufrago que se agarra al flotador —me dijo—. Con una diferencia, el flotador se mantiene en la superficie del agua, pero estas ideas que ahora circulan sirven únicamente para hundirse. Nadie parece interesado en evitar la catástrofe y unos y otros, fascistas y nazis por un lado, o comunistas y socialistas por el otro, se alimentan de la amenaza que para cada parte supone la otra.

—Habrá que escoger —le dije—. Además, no es cierto que todos defiendan lo mismo. Unos son el peligro, la muerte; los otros, los únicos que pueden parar esa locura homicida.

—No pienso que defiendan lo mismo, sino que van a conseguir lo mismo: dominarnos y, probablemente, llevarnos a la guerra. Mira

España... ¿tú conoces España? Por los papeles. ¿Cómo sabes que unos tienen la razón y no los otros?

—Unos han dado un golpe de Estado, los otros resisten —le dije cortante.

—Ninguno tiene la razón. Se llenan, simplemente, de razones —dijo—. ¿Te acuerdas del 34? Tú te fuiste de Viena, unos meses después en España también hubo un levantamiento de las izquierdas, lo que ocurre es que cuando el golpe lo dan los fascistas lo llamáis golpe de Estado, y si son los otros, lo apodáis Revolución.

—Lo planteas como una cuestión formal y no es eso —le dije—. Se trata de saber qué intereses defienden unos y otros y, moralmente, los revolucionarios abogan por los valores de la inmensa mayoría de la humanidad; los otros defienden privilegios.

—Valores humanos... ¡Vamos! La violencia, la guerra, no tienen valores humanos... quizá divinos... o diabólicos, pero humanos, no. Mira Rusia —continuó—, ahí tienes los valores humanos que querían implantar los revolucionarios. No digo que fueran de mala fe. Puedo admitir, incluso, que en el 17 tenían la mejor intención del mundo. Un desastre: miseria mucho peor que la que hay aquí en Clichy. Policía, burocracia, represión, hambre y los nuevos dirigentes mandando más que el zar. Pero no debemos engañarnos, no es el resultado lo más criticable, sino los principios, los valores. Creyeron que los hombres son perfectibles, que el egoísmo es consecuencia del capitalismo y que eliminando éste se acaba con aquél. ¡Qué gran mentira! Terminaron con el capitalismo... bueno, más o menos... y hoy en Rusia, el peor egoísmo es el dueño. Un egoísmo no confesable, pero actuante. Desde Stalin hasta el último campesino: egoísmo y miseria. La peor utopía, la más sangrienta, es la que cree poder cambiar los instintos de las personas imponiéndose a tiros, aquella que pretende hacer felices a los hombres a la fuerza.

—No soy rusa, ni comunista, ni creo en el buen salvaje de Rousseau, pero sí que hay que estar donde moralmente se debe estar y en estos tiempos de pelea, hay que pelear. Luchar de las formas más diversas y sin equivocarse de trinchera. Ya te he dicho que no soy comunista, pero es preciso estar con ellos. Si hubiéramos hecho el Frente Popular antes, Hitler no nos amenazaría ahora. No creo haber elegido el bando menos malo, pero tu actitud escéptica lleva a dos opciones —le dije resentida—: o apuestas por el fascismo o te dejas llevar... Insistes —continué— en que los hombres no cambian, que son igual de egoístas y miserables que en tiempos de Nabucodonosor. No me negarás que hoy la humanidad no sólo vive mejor, sino que objetivamente responde a usos y valores cualitativamente mejores: no hay esclavitud, el poder legítimo no se ejerce de manera indiscriminada, existen derechos...

—Los derechos... ya ves en Alemania o en Rusia —contestó—. Lo único que ha cambiado es que hoy se conoce y domina mejor la naturaleza... por eso se vive algo mejor, pero no creo que los hombres se traten con más miramientos que los antiguos griegos y persas. Con la desventaja de que ahora los instrumentos de matar han reducido la batalla de las Termopilas a un juego de niños.

—Por encima de los instintos, según tu opinión invariable —contesté—, la humanidad mejora y lo hace porque los de abajo se rebelan contra los de arriba. No se trata sólo de una cuestión de justicia... sino de hacer avanzar el mundo.

—¿Qué son las personas sino un puñado de egoísmos? —dijo, dando otro giro a la conversación—. Claro que viven, que vivimos, en colectividad, el lenguaje no tiene sentido sino dentro de una comunidad. Dicen algunos lingüistas, además, que pensamos con palabras. Posiblemente es cierto, de ahí se deducirían algunas conclusiones paradójicas: pensamos con conceptos que nos sirven para entendernos con los otros, con los demás, pero pensamos en nosotros mismos y, sobre

todo, para nosotros mismos. Pensamos en cómo ser felices, en huir de la miseria, y eso lleva, la mayor parte de las veces, a dominar a los demás: no hay ricos sin pobres, igual que no hay felices sin desgraciados. Te diré más, hoy el dinero es más determinante que el lenguaje, es el elemento de relación universal. Al fin y al cabo —continuó—, yo puedo entenderme con un chino no más de lo que se entienden entre sí dos animales de la misma especie. Sin embargo, puedo intercambiar cosas con él a través del dinero, ese signo universal, omnipresente, totalizador. Se ha pensado muchas veces, y los anarquistas lo predicán aún, que eliminando el dinero de la sociedad se acabaría con la competencia entre los hombres y éstos dejarían de ser lobos para los demás. Mentira. Los utópicos siempre cogen el rábano por las hojas.

Estaba embalado en su monólogo. Prosiguió:

—El mal no está en el dinero, sea de papel o de metal, el mal está dentro del hombre. El dinero no es otra cosa que el signo, comúnmente admitido, del egoísmo humano. Antes se robaba o mataba para conseguir el poder y las cosas buenas que trae consigo. Ahora, simplemente se compra. Es lo mismo, pero nos parece algo objetivo, pacífico, civilizado. Claro que a veces no basta y los poderosos, combinando el dinero con el lenguaje, engañan a la gente para que se enrede en matanzas y guerras, con el agravante de que ahora se matan en un minuto tantas personas como en tiempos de Jerjes durante un año de batallas. Ventajas de la civilización.

—No es una cuestión de egoísmos individuales —contesté—, sino de relaciones entre grupos sociales, entre explotadores y explotados. Ese egoísmo al que permanentemente te refieres no es sino el resumen de las pulsiones que tiene el yo de cualquier persona, pero dichas pulsiones pueden convertirse en lo que tú llamas egoísmo o en heroísmo, depende de las circunstancias. No se trata de convertir a los hombres, de uno en uno, en santos que lo den todo por los demás a cambio de la vida eterna,

«como pretende el cristianismo, ni tampoco de aceptar ese egoísmo como algo inexorable, tal como tú parece predicar. Se trata de crear, para el conjunto de la sociedad, unas relaciones gratificantes de cooperación. No te engañes, el socialismo no está reñido con el análisis riguroso de la personalidad individual y no hay nada en ésta que se oponga a la construcción de una sociedad no sólo más justa sino también habitable, construida para los hombres y no en contra de ellos. La explotación no es la única relación posible entre las personas, pero imprime carácter a todas las demás. El gran éxito del capitalismo consiste en hacer pasar por natural y objetiva una relación que coloca a la inmensa mayoría de la gente en situación de desventaja, de subordinación, en beneficio de una minoría.

—Que yo sepa, en tiempos de las cruzadas —me contestó— no existía el capitalismo y la gente no era más feliz que ahora, sino menos.

—Hablo de hoy. Por supuesto que otros modos de producción anteriores al capitalismo no eran mejores que éste. Lo que quiero decir, precisamente, es que el mundo mejora y mejorará... los hombres serán más felices e iguales en la medida en que los explotados se rebelen contra sus explotadores. No es sólo una cuestión moral, sino un hecho objetivo. Desgraciadamente ningún grupo social poderoso se deja convencer para abandonar su situación de privilegio.

—No voy a insistir en lo que ocurre cuando esos explotados acaban con los explotadores —me dijo—. Simplemente pasan a ser explotadores de igual o peor forma sobre otros. Eso sí, la retórica cambia, como se cambia de collar a los perros, pero siguen ladrando y mordiendo lo mismo. Puestos a escoger —continuó—, me hallo más cerca de quienes apoyan a los comunistas o a los socialistas, pero están más manipulados que los señoritos de medio pelo que dirigen el fascismo. No me gusta que me lleven a ningún sitio y mucho menos a la guerra, como pretenden tus amigos judíos, y lo pretenden con una tenacidad atroz, talmúdica,

unánime. Habrá que impedírselo.

Me dolió que dijera eso por lo injusto. Él sabía muy bien cómo se trataba a los judíos de Alemania. Era amigo de Cillie. Un escalofrío me recorrió el ánimo. No contesté. Él siguió:

—No tengo nada contra los judíos como tales judíos, pero aquí en Francia son los dueños de muchas cosas... Están en el gobierno, dominan la prensa y quieren la guerra con Alemania. Son los partidarios de la masacre.

Era mentira. En aquellos días la Francia eterna, la derecha de siempre, recurría al antisemitismo como se ha recurrido en tantas ocasiones: por miedo. Con esa política del avestruz, tan humana y tan estúpida de no querer ver los propios problemas y echarle la culpa al otro, y los judíos siempre han hecho el papel del «otro».

Los panfletos antisemitas que Louis publicó después me produjeron asco y rabia. A pesar de todo, nos volvimos a ver en St. Malo a finales de 1937.

Cuando Hans y yo llegamos a Barcelona entendí lo que era una guerra de verdad. Había de dolerme en propia carne enseguida. A Hans le destinaron a un campo de entrenamiento en Albacete, lejos de la costa. Yo llegué a Madrid a primeros de noviembre de 1936. Los compañeros me enviaron a ver a una chica que se llamaba Use. Llevaba en España desde el inicio de la guerra. Me dijeron que se encargaría de mí.

Use estaba todo el día en el edificio de la Telefónica, en el centro de la ciudad. Allí compartía habitación y amor con un español delgado, de cara demacrada, que entre otras cosas, ejercía la censura de los corresponsales extranjeros. Se llamaba Arturo.

Yo no hablaba una palabra de español, pero les ayudaba en otros idiomas. Desde el primer momento pensé que mi labor era poco útil. Prácticamente sólo podía hablar con los extranjeros, eso sí, abundantes, que pululaban por el centro de Madrid. La mayor parte estrategias de

salón, periodistas o husmeadores. Se reunían en un café llamado Chicote, al lado de la Telefónica. Soldados y oficiales venían del frente por la noche y llenaban el local. Se hablaba... se hablaba hasta la extenuación. Muchas noches estaba por allí, rodeado de gente que le escuchaba atentamente, un cronista que luego sería famoso escritor, a quien todos llamaban Ernesto. Era Hemingway. Lo conocí en el edificio de la Telefónica, adonde iba a enviar sus crónicas. Una noche tuvo un encontronazo con Arturo, el compañero de Use, a cuenta de una información que podía resultar peligrosa para los republicanos.

—Este tuberculoso tiene mente de funcionario idiota —dijo Hemingway, quizá pensando que Arturo no lo oía o no entendía. Arturo, que hablaba perfectamente inglés, le miró de hito en hito y le contestó:

—No le tomaré en cuenta ni sus fanfarronadas ni sus insultos, pero ha de entender usted que debo cumplir con mi deber, que no es otro que impedir el envío de ciertas informaciones que puedan llegar a los franquistas.

Hemingway, que estaba bebido, le miró con desprecio y dirigiéndose a Use y a mí, que le observábamos espantadas, nos dijo:

—Chicas, no seáis aburridas, venid conmigo a Chicote, que la noche es joven.

Nos pareció una despreciable salida de tono.

El frente estaba a un paso de nosotros. Desde el centro de Madrid se oían los repiques de las ametralladoras y los cañonazos. Algunos proyectiles barrían la calle principal que subía a la colina llamada Callao y frecuentemente los aviones franquistas dejaban caer sus bombas.

Camiones cargados con hombres y mujeres con monos azules y armados recorrían las calles entre gritos de ánimo: «¡No pasarán!». Sin embargo, se percibía el nerviosismo producido por el ataque inminente. Se hablaba de los moros que, según decían, estaban en la Ciudad Universitaria, a las puertas de Madrid. Tuve terror, un miedo que no

había tenido en Viena en el 34. El gobierno se marchó a Valencia, en el Mediterráneo. Cuando se supo, la indignación y el miedo crecieron. Recuerdo una noche gris y lluviosa. Arturo manifestaba un gran pesimismo: lo que podría llamarse un pesimismo racional y, en cierto modo, iluminado.

—Esta batalla la perderemos —decía—, pero lo importante es no perder la guerra. No la de España, que sólo es un eslabón, sino la guerra contra el fascismo, que acabará por ser una guerra de todos. Lo que ahora nos niegan los franceses y los ingleses, lo lamentarán más tarde, lo pagarán muy caro. Ojalá lo veamos —decía con rabia contenida.

Llegaron las brigadas internacionales. Los rusos, decía la gente, aunque no había rusos entre los brigadistas. Llegó con ellos Hans. Me impresionó vestido de soldado. Apenas pasamos unas horas juntos. No pude reprimirme y lloré amargamente cuando marchó al frente. Durante la batalla, que luego se llamó de Madrid, apenas nos vimos. En medio de la lucha le pedí a Use que me hiciera entrar en algún hospital como enfermera, pero, según me informó, sólo necesitaban cirujanos o enfermeros que supieran conducir ambulancias. Seguí en la Telefónica, angustiada y perdida.

Lo que parecía imposible se produjo: los franquistas se estrellaron contra Madrid. Pero una tarde, cuando Use y yo íbamos a una oficina que las brigadas internacionales tenían en el oeste de la ciudad, cerca del frente, tuve un presentimiento: Hans había muerto. Nos lo confirmaron: había caído dos días antes, cerca del río Jarama, en un pueblecito llamado San Martín de la Vega.

Años después, tras no pocas averiguaciones, volví para encontrar su tumba. Muy cerca de ese pueblo, en un cementerio, había una lápida con su nombre entre otros. Cuantas cosas se me habían quedado dolorosamente atrás salieron a la superficie. A la entrada de aquel perdido enterramiento de extranjeros alguien había reproducido en piedra

el homenaje a los héroes de una guerra antigua:

Viajero, si vas a Esparta di que aquí hemos muerto
por defender su libertad.

Al poco de estabilizarse el frente, salí de Madrid para Barcelona y en marzo del 37 pasé a Francia y de allí a Praga. Anny Reich ya se había marchado a Nueva York. Me encontré sola y derrotada. Conseguí ponerme en contacto con mi marido. Frank vino a Praga con el niño. Por extraño que parezca, fue un reencuentro doloroso. Le pedí que no me abandonara. Al decirlo, me sentí a la vez humillada y descansada, con esa relajación muscular y mental ante lo inevitable, tras la derrota que nos hace abandonar todo esfuerzo.

Frank me trató con dulzura, pero sus atenciones me incomodaban. En mi subconsciente también él formaba parte de los vencedores. Aunque su guerra, la que él había ganado, fuese incruenta, yo me sentí vencida.

Es imposible recomponer los amores perdidos, olvidar las sutiles traiciones. En el amor que hemos inventado no hace tanto tiempo los humanos hay una componente de propiedad privada, primitiva e intransferible, más fuerte que cualquier reflexión. Difícilmente perdonamos a quien nos abandona y el otro, en este caso yo, tampoco perdona el perdón. Queda una cicatriz siempre cerrada en falso. En el fondo, abierta y dolorosa. Como dicen que queda la herida producida por el mordisco de un escualo.

Frank volvió a Viena con la intención de deshacer la casa en pocos meses y conseguir dinero para instalarnos en EE UU. Pasé ese año en Praga, trabajando en casa de Anny Reich y, aunque con poca clientela, me alcanzaba para vivir. Wilhelm, mi hijo, se quedó conmigo y fueron meses

de tranquilidad afectiva. Un cariño que depositaba en el niño con el placer que significaba verlo crecer. Responder a las preguntas, siempre difíciles, de un niño es un trabajo lleno de compensaciones. Hacia Navidad Frank tenía todo en regla y levantó la casa. No contaré las vueltas que dimos hasta conseguir el visado para EE UU.

Una parte de nuestras pertenencias quedó en Viena y en enero salimos hacia Francia los tres. Habíamos reunido algún dinero y Anny Reich nos aseguraba en sus cartas que nuestras posibilidades en América eran razonablemente buenas.

Mucha gente estaba saliendo de Austria y buena parte de ella acabaría en EE UU. Las noticias eran cada vez más alarmantes y en España, ante la criminal pasividad de las democracias, Franco avanzaba en todos los frentes.

Cuando llegamos a París, Louis no estaba en su piso de la Rué Lepic, pero Serge Pérrault, en cuya casa había vivido con Hans apenas un año antes, nos dio su dirección en Bretaña.

—Está loco, acaba de publicar un libelo antisemita verdaderamente demencial —me dijo Serge—. Ha sido una bomba. No sé cómo se le ha ocurrido. La mayoría de sus amigos estamos espantados, asustados de los desatinos que ha escrito. Te puedo dejar el panfleto. Tú juzgarás.

Leí aquello y me indigné. No entendí cómo pudo escribir tantas barbaridades y mentiras. Él, que odiaba, según decía, la violencia, la guerra, se convertía en avalista ideológico de los asesinos. Louis había perdido los papeles... Hasta el Papa, a quien despreciaba, como a todo lo que sonase a religión, era judío. El escritor Racine, el rey Luis XIV... todos sus enemigos pasados y presentes eran judíos. Los judíos se convertían en una conspiración universal. Leído hoy induce a la sonrisa despectiva, pero en vísperas de la catástrofe, con los hornos crematorios encendidos y preparados para la «solución final», el libro era simple y llanamente un crimen. «Este libro magnífico es la primera señal de la

sublevación de los indígenas. Se encontrará que es una sublevación excesiva, más instintiva que razonable, incluso peligrosa. Pero, después de todo, los indígenas somos nosotros». Un tal Brasillach firmaba esta crítica en el periódico de la derecha más extrema: *L'Action Française*.

No quise informar a Cillie, pero sí escribí a Louis:

París, 10 de enero de 1938

Louis: Acabo de leer tu libro nazi. Estoy entre la indignación y el dolor. ¿Cómo has podido hacer esto? Sólo servirá para dar argumentos a los fascistas. Vengo de España. Hans murió allí, como tantos, defendiendo la decencia y la libertad de la gente. Puedes imaginar cómo me siento. ¿Has pensado, por un momento, lo que opinarán nuestros amigos de Viena, que hoy se baten bajo la amenaza de las botas nazis? He visto en Madrid infinidad de muertes causadas por esos que hoy aplauden tus desbocadas y estúpidas ideas. Quieras o no, eres un escritor conocido y tienes por ello más responsabilidad que los demás mortales. Ojalá no llegue la hora en que los nazis persigan por Europa a los judíos y a los rojos como hacen Hitler y Mussolini en Alemania, Italia o España porque, si eso ocurre, y bien que lo intentan, tendrás sobre tu conciencia una carga que no te deseo. Las palabras pueden ser culpables, tú lo sabes, y has escrito palabras que serán usadas para matar. Intentamos salir de El Havre para Nueva York cuanto antes. Pese a todo, me gustaría verte.

Annie

Recibí, a vuelta de correo, una carta de Louis.

St. Malo, 15 de enero de 1938

Querida Annie:

Siento infinitamente la muerte de Hans. Lamento haberte hecho daño con mi libro. Me duele que te vayas a los EE.UU., pero es lo mejor para ti. Olvidar esta enloquecida Europa que se prepara para la gran masacre. Encontrar la serenidad amable que necesitas. Naturalmente que me acuerdo de todos nuestros amigos de Viena... de Cillie especialmente. Como sabes, tuvo un hijo al poco tiempo de que te fueras a España. Ella debería irse también, lo mismo que yo, pero para mí América es odiosa, no soportaría vivir allí.

Vamos hacia la guerra. Inexorablemente nos conducen a ella y en Francia, no puede ocultarse, son los judíos quienes más aprietan para que el enfrentamiento se produzca.

A mí también me gustaría verte. Hace frío estos días, pero los prados siguen siendo verdes y las casas ya tienen la pátina del invierno.

Afectuosamente.

Louis

¡Cuánta contradicción! Su postura era incomprensible. Sin embargo, creo tener una explicación racional a tanto disparate.

Louis padecía de melancolía, no en el sentido coloquial del término, sino en el psicoanalítico. No era otro el impulso que le llevaba a escribir,

aun sufriendo. Buscaba ese momento en que el vértigo de existir se experimenta en el lenguaje. Para el melancólico la existencia es inútil, y es la conciencia, la escritura, quien la convierte en desgraciada. El melancólico es un crédulo hasta la indefensión, hasta la muerte. Dice Freud que el melancólico sabe a quién ha perdido, pero no lo que con ello ha perdido. En la actitud de Louis, en sus escritos, late esa pérdida inabarcable. Melancolía, literalmente bilis negra, pena negra. El melancólico es el viajero que camina en la oscuridad y rompe a cantar — a escribir en el caso de Louis— para engañar sus temores, mas no por ello ve más claro. La tragedia lo redime con la comprensión que el tiempo otorga a lo humano. Trágica, según el coro de Agamenón, es la condición de una raza condenada al extravío; trágico es el error de Edipo, que por tres veces quiere saber, a pesar de las súplicas de Tiresias, de Yocasta y del pastor; trágico es el momento en que se ha de probar la propia existencia en la escritura. Cuando Edipo proclama: «Estos males son sólo míos y no hay en el mundo ser alguno que pueda llevarlos, excepto yo», está arrastrando su infortunio a la grandeza del héroe, a la voluptuosidad de la entrega al destino. Después de tantos años, sabiendo el trágico recorrido de tanta insensatez, se llega a descubrir la terrible contradicción de quien odió a los héroes mientras intentaba, sin saberlo, convertirse en uno de ellos. Un héroe negativo que busca el castigo a través de opciones y escrituras contradictorias y desordenadas. ¿Qué es lo que le da grandeza, sino su condición de víctima de una fatalidad ininteligible y despiadada? Por paradójico que resulte, los judíos representaban para él ese despiadado destino. La paranoia forma pareja con la melancolía, porque asegura la vida en el «otro». Leído aquel panfleto antisemita desde esta óptica, es paranoico, pues dota al «otro», a los judíos, de perversa intencionalidad, pero en el fondo, Louis, el melancólico, buscaba constituirse en una existencia sin sentido, en víctima como única conciencia. Su subconsciente buscó el infortunio.

Infortunio que era, para los trágicos griegos, el designio del hombre o cómo el hombre está sometido a la inevitable y ciega crueldad de los dioses.

En contra de su propia opinión, Louis escribía, no porque supiera, sino precisamente porque no sabía.

Como ha escrito un conocido poeta: «Es difícil describir lo que se siente cuando se siente que realmente se existe». Al fin y al cabo, la escritura es una transgresión y debe serlo el que alguien ponga el acto del lado de la letra. Desde este ángulo, Louis era inocente y víctima, pero, a diferencia de tantos otros que padecieron la persecución y la muerte en tan trágicos años, Louis era una víctima voluntaria y culpable.

Recuerdo con nitidez la última vez que estuvimos juntos. Anuncié mi llegada a St. Malo, pero nadie me esperaba cuando descendí del tren. Al salir yo de la estación, Louis bajaba la cuesta que conduce al centro subido en una bicicleta y cubierto con un chaquetón de cuero que tapaba un sólido jersey de lana blanca. Se acercó y me acogió entre sus brazos... como si nada hubiera pasado. Fuimos a la pensión en que habitaba con Lili, la bailarina que sería su compañera hasta el final.

Esa tarde paseamos por el campo, un campo de verde denso, y terminamos por acercarnos al puerto. No quise decirle nada de su panfleto. Hablamos de Cillie, de Viena. Nos transmitimos nuestros miedos.

— Me alegro de que hayas entrado en razón. ¿Qué sentido tiene sufrir y morir? Una mujer hermosa e inteligente que tiene toda la vida por delante. Busca en América lo que aquí ya no encontrarás —me dijo—, la tranquilidad y la distancia. Tu marido es un lujo, te da seguridad. Está, además, tu hijo. Aprovechate de ello, no mires atrás, si lo haces solamente verás la ciudad en llamas, como aquella desobediente esposa de la Biblia. Hace unos meses en Clichy, cerca del dispensario, los fascistas de las «cruces de fuego» se empeñaron en hacer un mitin en el

cine Olimpia, para provocar. Creo que pasamos por allí antes de que viajaras a España. Los del Frente Popular organizaron una contramanifestación en la calle, frente al cine. Vino la policía, hubo tiros. Media docena de muertos, doscientos heridos. En el dispensario recogimos a muchos, la mayor parte con heridas de bala. A las once de la noche se presentó nada menos que Léon Blum..., la primera vez que lo veía de cerca... vestido de etiqueta (luego me enteré por el periódico que estaba en la ópera cuando le avisaron de la matanza). Creo que me reconoció... me preguntó por los heridos. «Es horrible», me dijo. Estaba dolorido, pero me sigo preguntando: ¿No era él, en buena parte, responsable de aquello? La violencia la lleva dentro el hombre, y quienes se erigen en dirigentes no deben jugar con ella. Sin embargo son ellos, quienes dirigen las facciones, los que más azuzan a ese diablo. Y ese diablo anda suelto en Europa y tardará en marcharse. Es bueno que te vayas antes de que se apodere de todos.

Las tabernas del puerto estaban llenas de marineros de todas las nacionalidades y convertían cada tasca en una Babel.

— Mira, son boches —me dijo, señalando un grupo de marineros alegres que ocupaban un rincón—; dentro de poco estaremos otra vez en guerra con ellos y, con la misma tranquilidad con que ahora se emborrachan, entrarán en combate y producirán una nueva matanza. La condición humana no es sino miserable y gregaria.

Volvimos de noche a la pensión y *Madame* Le Baunier, la dueña amiga de Louis, nos sirvió una excelente cena. Lili, una mujer poco habladora, se interesó por mis andanzas en España. Conté, sin emoción alguna, aquellos días aciagos. No hizo comentarios, apenas unas condolencias. Extrañamente, me sentí a gusto. El calor de la chimenea hacía la estancia acogedora.

Al día siguiente Louis me acompañó a la estación. Le abracé con cariño y tristeza. Los dos presentimos que no volveríamos a vernos.

A los pocos días salimos de El Havre. El viaje resultó largo. La relativa seguridad de tener los visados en regla no nos tranquilizaba. Abandonábamos un mundo que era el nuestro. Algunos vieneses iban en el barco con el mismo destino. Uno de ellos, Otto Preminger, era muy conocido en los ambientes teatrales de Viena. Con el tiempo se convertiría en un director de cine de los más cotizados de América. Hablamos largamente entre nosotros durante la travesía. Eran conversaciones desordenadas, como nuestras propias vidas, donde cada uno contaba su historia, sus temores. El frío del Atlántico Norte volvía desapacible la cubierta y las largas horas del día se desgranaban con cautela en el estrecho camarote o en el salón de juegos, deseando, por una parte, que pasaran pronto los días, pero temiendo, en el fondo, que el viaje terminase.

No voy a contar las dificultades y angustias de los primeros tiempos en América. A pesar de las miserias que las necesidades de supervivencia provocan en los transterrados, las ayudas también se produjeron con la solidaridad, casi física, que convierte en clan a un grupo maltratado.

Cuando, mucho después, los EE UU entraron en la guerra, trabajamos para el gobierno. Yo en los servicios de información, Frank en el ejército, como psicólogo. En los días del desembarco en Normandía fue destinado a Inglaterra y después pasó al continente. Allí estuvo hasta el final de la guerra.

Conoció en ese tiempo a una joven locutora de radio, hija de un senador por Virginia. Me enteré cuando volvieron licenciados. Me dejó fría. Ni me extrañó ni me dolió especialmente. Lo encontré natural, pues, aunque nunca dejamos de ser amigos, nuestro amor había abandonado cualquier tipo de pasión desde tiempo atrás. Sin embargo, quizá en mi propia defensa, sentí que Frank hacía el ridículo atándose a aquella mujer, veinte años más joven que él.

Se trasladó a Washington y tuvo con ella dos hijos: un niño y una

niña. Apenas la traté, pero cuando en 1956, siendo ya una conocida reportera, abandonó a Frank, lo sentí por él. Nuestro hijo Wilhelm la quería bien.

Ahora Frank ha muerto, pero sus hijos siguen viniendo a New Jersey a pasar unos días con Wilhelm. Mi hijo dispensa a su hermana Karol, a quien lleva trece años, una deferencia cuasi paternal.

Cillie consiguió huir a América después de la tragedia que para ella significó el Anschluss. Vino a casa por un tiempo y aquí sigue. Su hijo Léonard fue un niño superdotado para la música y ahora es un brillante compositor a quien materialmente se rifan los estudios de Hollywood y los teatros de Broadway. Habla cada vez con más pereza el alemán, con acento inglés.

No volvimos a ver a Louis, pero supimos de sus problemas al final de la guerra. De tarde en tarde recordamos los días de Viena y Cillie me cuenta con todo lujo de detalles sus aventuras erótico-deportivas en París o en Kitzbuhel. Hay una noche que nos atañe a las dos en que Louis nos hizo un último favor. Fue en el 44. Era verano y estábamos contentas. La guerra, después de tantos avatares, se decantaba favorablemente. Nadie dudaba ya de la derrota de los fascismos en Europa. Mi trabajo iba bastante encarrilado y Cillie había encontrado un colegio elegante en Manhattan, cerca del Central Parle, donde le pagaban bien sus clases de gimnasia. Los chicos estaban en un campamento cerca de la frontera con Canadá. Fueron quince o veinte días dedicados a pasear por Nueva York y lo hicimos concienzudamente pese al calor, que en algunas horas del día apretaba con fuerza. Vivíamos cerca de aquí, en New Jersey, en un apartamento bastante amplio. Nos pilló la tormenta llegando al portal de casa. Diluviaba y, en pocos metros, nuestros vestidos y peinados se empaparon. Nos desnudamos en el recibidor entre risas por nuestro aspecto de pescadores salpicados por las olas. Cuando nos deshicimos de la ropa, de pronto, al fijarme en su cuerpo, tuve la presencia sensual del

«otro».

Se me fue la sonrisa de la cara y cuando extendí el brazo, y mi mano, sin yo tener apenas conciencia, le acarició la mejilla mojada, a ella también le cambió la sonrisa, que se transformó en un guiño cómplice y complaciente. Nos besamos como si acabáramos de descubriarnos. La ducha caliente que tomamos juntas se convirtió en un prolongado juego marino. El olor a tierra mojada entraba por la ventana de la habitación grande, junto a las gruesas gotas de la lluvia estival, cuando nos acostamos sobre la enorme cama. Las caricias, ansiosas al principio, refrenadas y morosas después, duraron toda la noche. Hablamos... hablamos con esa conversación de amantes que no quieren nunca más estar solos, para quien el otro se ha convertido en todo, en uno mismo incluso.

Me dijo las cosas más hermosas y yo le susurraba, lo mejor que podía, los viejos y nuevos sentimientos de amor hacia ella. No hubo rincón del cuerpo que no fuera explorado concienzudamente con voluptuosidad compartida, con esa confianza desatada que sólo durante la pasión tiene sentido.

Aquella noche nos trajo los recuerdos de otra en la lejana Navidad de hacía doce años. El fantasma de un Louis incitador debió pasearse por la habitación donde nos amábamos, sonriendo triunfal. Pero esta vez, más allá del juego, las dos dimos un paso irreversible en nuestra vida.

Pasaron los años y con ellos se fueron tantas cosas... Nuestro cabello es casi blanco, nuestra piel ya no es tersa y nuestros músculos han perdido elasticidad. La vejez, al fin, nuestra decadencia, llegó lentamente, pero esa «serenidad amable» que Louis me deseaba en su última carta creo haberla encontrado junto a su amiga, su ahijada Cillie, lejos de la Viena de nuestra juventud.

A esa Viena volví hace años. Me costó decidirlo. Resultó un paseo doloroso por la memoria. No quise ver a los pocos amigos que podían

quedarme. Viena se me perdió entre los pliegues de la guerra. En realidad se me había perdido antes... en el 34... en el 38. Llegué a Viena, quizá sin saberlo, para verme en el pasado, por eso hice vida de turista. Una turista selectiva. Allí estaba el Cafe Central, tan significativo para Kakanía. Esta nueva Viena pacífica, posbélica, olvidando su terrible medio siglo de derrotas, es hoy la representación de su propia existencia. Allí, la realidad contemporánea se me antojó reducida al espectáculo que le produce su historia.

Fui al Museo Histórico de la Ciudad. Admito que no había estado antes. Suele ocurrir que una no encuentra tiempo en su ciudad para ver lo que cualquier extranjero visita y yo llegaba esta vez a Viena como lo que era, una extranjera. Hay recuerdos de Kara Mustafá, el visir turco que puso sitio a la ciudad en 1683. Mustafá se estrelló contra Viena y contra las espadas de Carlos de Lorena y Juan de Sobieski. Kara Mustafá fue perseguido y nuevamente vencido en Gran. Luego, cerca de Belgrado, le alcanzó el emisario del sultán y le entregó una cinta azul de seda en señal de que debía ser estrangulado por sus persistentes derrotas. No soltó ni un suspiro cuando el verdugo apretó con fuerza el lazo en torno a su cuello. Recuerdo haber visto de niña, durante la Gran Guerra, cómo la prensa exaltaba la fraternidad entre austríacos y turcos, entonces aliados.

En el Museo Histórico del Ejército se conservaba el uniforme que llevaba Francisco Fernando en Sarajevo el día de su muerte. La guerrera azul tiene desgarrada una manga y conserva restos de sangre en el lado izquierdo del pecho. Estas manchas me llevan a pensar que nada pasa, que todo permanece, que ningún momento de nuestra vida está definitivamente archivado. Pero, sobre todo, esas manchas de sangre me recuerdan otras... que no están en ningún museo. Las de los ochenta y cinco manifestantes muertos por la policía en 1927 frente al Palacio de Justicia, las de los muertos en febrero del 34, especialmente las de aquellos siete que oí matar, las de los miles de judíos asesinados en

Dachau. Esas manchas tampoco las borró la lluvia, existen para siempre, igual que las descoloridas, amarronadas, de la guerrera azul del archiduque.

Una tarde subí a la Karl-Marx-Hof. ¡Cuántas ilusiones perdidas! Los niños jugaban entre los bloques de casas. Quizá estos niños no perciban la ideología que hay detrás de ese cemento. Posiblemente a todos nos ha llegado la hora de la laicidad, la madurez capaz de asimilar las continuas desilusiones que componen la vida de los seres humanos. Tengo mis dudas de que tras esa aparente madurez pueda estar no sólo la liberación de los viejos dogmas, sino también la adaptación, la sujeción pasiva a los mecanismos sociales, como si éstos fueran invencibles y eternos.

En el número 19 de la Bergasse está la casa de Freud. Ahora hay un museo. Me emocionó ver la cantimplora y el bastón que usaba en sus excursiones campestres. ¿Cómo se habrán conservado? Hay en ese par de objetos mucho más del Freud que nosotros conocimos, ya viejo, que en las confusas peroratas que soporto en los congresos de psicoanalistas.

El último recuerdo de Viena, donde no pienso volver, es el número 15 de la Schwarzschanerstrasse, la casa en que murió Beethoven. En ese mismo lugar, una noche de 1903, Weininger se pegó un tiro. Dejó escrita la sensación de angustia y extravío que se siente cuando volvemos la cabeza en el camino. Al final sólo queda eso: la mirada hacia atrás que percibe la nada. Los recuerdos no son otra cosa.

A finales de 1936 nació Léonard. No era, lo sé bien, la mejor época para tener un niño, pero lo necesitaba casi imperiosamente, como si una fuerza física me lo reclamara a diario. Tener un hijo es algo de lo que nadie se arrepiente, pero en mi caso fue la decisión más oportuna de mi vida. Karl era feliz con el niño. Los sobresaltos venían todos de fuera, de la calle.

Ese año se habló de la vuelta de los Habsburgo. Mucha gente añoraba ingenuamente la tranquilidad de Kakanía, del imperio de las tres «K»,

pero Hitler se opuso y el canciller Schuschnigg se vio abandonado en esos intentos por su amigo Mussolini. Los nazis, aunque su partido estaba prohibido, seguían activos y, en lo que más nos había de concernir, el antisemitismo, estaban ganando la batalla. Aunque yo también era judía, la familia de Karl lo era públicamente. Eran financieros y su apellido, Bronstein, constituía en Viena una declaración semita. Nunca había tenido conciencia de pertenecer a una raza especial, pero me lo hicieron aprender en poco tiempo.

Karl intentaba ocultarme los problemas, pero mediado el año 37 sus dos tíos, los patriarcas del negocio, malvendieron su parte y se fueron a Suiza. Karl maldijo su cobardía y siguió trabajando en el banco.

Al inicio de 1938 la situación se hizo insostenible. En la calle, los viejos judíos barbados y renqueantes eran apedreados por los nazis. Gente corriente, salida de cualquier sitio, con sus camisas pardas, amedrentaba a los viandantes. Muchos amigos nuestros buscaban visados para Suiza.

Le pedí a Karl que nos fuéramos, tenía miedo por nosotros.

—Esto pasará —me dijo—. Es como el sarampión, hace subir la fiebre, pero luego remite. De todas formas he puesto algún dinero en Suiza a nombre de los dos; si algo pasara nos dará tiempo a salir.

El 12 de febrero el canciller Schuschnigg se entrevistó con Hitler. Se decretó una amnistía para los presos proalemanes y se nombró al jefe de los nazis austríacos, Jeyss-Inquart, ministro del Interior. Se ponía al lobo como pastor de las ovejas.

Para el 13 de marzo se anunció un plebiscito sobre la anexión de Austria por Alemania, pero ese mismo día Hitler entró en Viena entre los aplausos de la multitud.

Me cuesta recordar aquello, me parece imposible haber vivido tan larga pesadilla.

El 20 de marzo estábamos durmiendo cuando llamaron al timbre con una insistencia sospechosa. Nos despertamos asustados. Los dos

sabíamos quiénes eran. Le pedí que no abriera.

—¿Qué quieres, que tiren la puerta abajo? Un grupo de una media docena de nazis, alguno con uniforme, el resto con cruces gamadas bien visibles en las solapas de los abrigo oscuros, irrumpió en la casa. Traían una lista, preguntaron por Karl y él se identificó.

—Venga con nosotros. Es una rutina. Se vistió y, ya con el abrigo puesto, nos abrazamos. Recuerdo que le levanté las solapas para protegerle del frío.

Salieron. El niño no llegó a despertarse.

Fueron días terribles. Nos confiscaron todos los bienes. Me fui a vivir con mi madre, ya enferma. Anduve de un lado para otro en busca de noticias que nunca llegaban. Sólo rumores de cadáveres en el Danubio y la locura antisemita por todos lados. Una palabra se iba imponiendo día a día: Dachau, un lugar de Baviera. Pintadas: «Este judío ya está en Dachau» o «Este judío irá a Dachau».

Me acuerdo que un día, cerca de San Esteban, vi cómo un hombre uniformado agarraba a una mujer a la salida de la catedral y la arrastraba detenida, mientras la gente aplaudía. ¿De dónde salió este espíritu sanguinario?

A mediados de abril, un primo de Karl, que había sobornado a un guarda del Cementerio Central, me dijo que mi marido había muerto en Dachau y que su cadáver se podía retirar en aquel cementerio. Esa tarde tomamos el tranvía y el mismo guarda, un hombrecillo con abrigo y sombrero negros y barba de dos días, nos acompañó al otro lado de la verja. Nos condujo a un edificio y allí nos llevó a una habitación oscura. Aún oigo el ruido de la puerta al cerrarse. Sobre una mesa había dos gruesos libros de registro:

—¿Cuál es el nombre? —preguntó aquel personaje.

Se lo dijimos. Consultó el registro. Nos acercamos a unas estanterías como de biblioteca. Estaban repletas de tarros negros, parecían de

plástico. Nos mostró uno. La tapa de hojalata llevaba una inscripción: «Número 1745. Bronstein, Karl. Viena 14-6-1903. Dachau F. B. 23-3-1938».

Cuando tomé en mi mano el recipiente, me sorprendió su leve peso. Ni siquiera pudimos llevarnos sus cenizas.

No tuve fuerzas para llorar. En el tranvía de vuelta sólo deseé que no hubiera sufrido. Era un día de primavera lleno de luz y sentí que me derrumbaba por dentro. Esa sensación de vacío me ha seguido siempre como la sombra al cuerpo. La identifico con la muerte. Al cabo, la muerte siempre es la muerte de los otros y, para mí, será siempre la muerte de Karl. Aún hoy me angustia pensar en su soledad frente a la muerte. Será bien cierto que se muere solo, igual que se nace o se duerme solo, pero para quien sobrevive no deja de ser un consuelo, posiblemente absurdo, acompañar a ese ser querido en el último tramo. No me asusta mi muerte, me hago a la idea, expresada por el viejo filósofo de Éfeso: «Cuando ella esté, no estaré yo; mientras yo esté, ella no está», pero ese yo superviviente siente todavía la angustia de cómo le llegó a Karl su final. Cuáles fueron sus pensamientos, sus dolores y sus angustias. Meses después, cuando murió mi madre, también en la distancia, volví a sentir el vacío y la tristeza del superviviente, de quien ha de seguir caminando solo, sin andaderas, definitivamente adulto, con un trozo, enorme y creciente, de vida a la espalda.

Busqué la forma de salir de aquel infierno en que Viena se había convertido. El instinto de supervivencia proyectado en mi hijo me dio una fuerza sin la cual no me hubiera salvado. En el consulado de EE UU las colas eran permanentes y conseguir un visado se había convertido en una quimera inalcanzable. Sin embargo Rudolph Weist, un noble apolítico amigo de los Tranneck, enterado de mi situación y espantado ante el suicidio de Max y María y la locura colectiva que se había apoderado de Austria, puso todo su empeño en ayudarme a través de un

diplomático norteamericano amigo suyo: Fred Reinhardt. Éste convenció al cónsul, John Wilwy, y después de unos meses interminables, al final del verano, coincidiendo con los acuerdos de Múnich entre Francia, Inglaterra y Hitler, nos dieron los visados para Léonard y para mí.

Mi madre, que estaba ya muy mal, me rogó que saliera inmediatamente de Austria. A primeros de octubre nos marchamos. Recuerdo que el presidente de Checoslovaquia, Benes, dimitió al día siguiente de llegar nosotros a Praga. Conseguí allí buena parte del dinero que Karl había puesto en Suiza y partimos en tren hacia Francia.

En Checoslovaquia imperaba una sensación de derrota y, lo que era más visible, la resignación ante el avance imparable de los nazis, que en los acuerdos de Múnich se habían anexionado los Sudetes y poco después se apoderarían de Eslovaquia.

París tenía un aire sombrío que en nada me recordaba los alegres días de seis años atrás. Llovía lentamente cuando tomé un taxi, con Léonard sobre mis rodillas. Quise ir al mismo hotel de donde Louis me sacó el día que nos conocimos, cerca de la Gare du Nord. No llevaba esta vez más equipaje que entonces, pues había facturado desde Praga un baúl hacia El Havre con las pocas pertenencias que saqué de Viena. Esa misma tarde, con Léonard siempre conmigo, me acerqué a Montmartre. Louis no estaba allí. Nada sabía yo entonces de sus delirios antisemitas pero, aun habiéndolo sabido, habría ido a verle. Necesitaba estar con alguien, precisaba consejos inútiles y amables y él siempre los sabía encontrar en su desaforado repertorio.

Tardé dos días en dar con Lucienne Delforge. Hablé con ella por teléfono y me vino a buscar. Nos abrazamos tan largamente que Léonard no paraba de tirar de mi falda como si quisiera arrancarme de los brazos de aquella desconocida. Estaba tan hermosa como en su último viaje a Viena. Vino, tal y como prometió, acompañada de una joven que se quedó en el hotel para cuidar al niño.

—Tendrás ganas de pasear —me dijo.

Tomamos un taxi que nos llevó por la avenida de la Ópera hasta la Rué Rivoli. Nos sentamos en un café, bajo los soportales. Me preguntó por mi vida. Le conté con detalle los últimos tiempos en Viena y la muerte de Karl. Se puso a llorar y me sentí reconfortada con aquel llanto.

Llovía sobre el jardín de las Tullerías cuando salimos a la calle envueltas en nuestros abrigos. Cenamos por allí cerca. Nos sentamos a una pequeña mesa redonda y ella corrió sus cubiertos para estar a mi lado. Con frecuencia me cogía la mano y, a través de ella, sentí el calor de la solidaridad y del cariño.

—Ya no veo a Louis. Ahora vive con una nueva bailarina, pero por amigos comunes sé que está en St. Germain-en-Laye. Es un lugar hermoso, allí nació Debussy. Yo te diré cómo encontrarlo, pero antes debes saber algo: Louis ha escrito y publicado cosas terribles contra los judíos. Ya sabes el descontrol mental que es capaz de mostrar. Si deseas ir a verlo, será mejor que no leas esas cosas.

Dos días después, comimos juntas y luego Lucienne me acompañó al tren que salía de St. Lazare. Llegué enseguida a St. Germain, una ciudad situada en un cerro sobre el Sena, sede de los antiguos reyes de Francia. Llovía. El hotel donde vivía Louis en la gran plaza tenía aires del siglo pasado. Cuando pregunté por él en recepción, me dijeron: «El señor ha salido, pero está su esposa». Pedí que la avisaran. Me encontré con una joven tímida y amable, de rasgos exóticos. Era Lili. Dijo conocerme. Louis le había hablado de mí.

—Espero que te haya hablado bien.

—Sí —contestó sonriendo—, Louis te quiere mucho.

Había dejado de llover y fuimos a buscarlo al castillo, edificio construido por Francisco I. Louis me contó más tarde que allí se había firmado la paz entre Francia y Austria en 1919. «Una premonición», dijo.

El castillo era un museo de antigüedades y Louis, según Lili, se

pasaba allí las horas muertas. Tardamos un buen rato en dar con él en aquellas galerías. Cuando nos vio, sus ojos claros quedaron largo tiempo abiertos, luego se acercó sonriendo y, mientras me abrazaba, dijo:

—¿Qué me traes, Lili? ¿Sabes quién es? La dueña del mejor culo y las mejores piernas de Austria, bueno, ahora de Alemania.

Salimos a la calle y con algún pretexto Lili nos dejó solos. El cielo estaba gris. A la izquierda del castillo había unos grandes parterres con vistas sobre el valle del Sena. Paseamos.

—¿Dónde tienes al niño?

—En París, en el mismo hotel frente al que me esperaste en el taxi con el motor en marcha, ¿te acuerdas? ¿Tanta prisa tenías entonces?

Le conté mi calvario. Se sintió condolido, pero, como justificándose, me dijo:

—Es terrible lo que ha pasado. Parece como si hubiéramos envejecido de repente. ¡Qué largos y tortuosos han sido estos seis años! He de decirte que también a mí me persiguen. En fin, mejor no hablar.

Tampoco yo quería hablar de ello. Algo que medio ignoraba, pero sentía que nos separaba. Aunque nunca me unieron a él las ideas y sí los sentimientos, suponía que la vorágine le había arrastrado también a él con un desgarró que apenas traslucía.

—Creo que la guerra se aproxima. Esta paz, que dicen haber alcanzado en Múnich, es semejante a la mejoría que precede a la muerte. Haces muy bien en irte a América, pronto esta vieja Europa será un terremoto y, para entonces, tú deberías estar lejos. Ya has sufrido bastante. Cuando Annie se marchó, intuí que tú la seguirías pronto, pero nunca pensé que fueran tan trágicas las circunstancias.

Me acarició la cara y el cabello y por un momento creí que iba a besarme. No me hubiera opuesto, pero se apartó y seguimos andando tomados de las manos. Nos sirvieron un generoso té en el hotel y desde allí fuimos los tres a la estación. Los veinte kilómetros hasta París nos

separaron para siempre.

Tres días después Lucienne nos acompañó a Léonard y a mí hasta El Havre. La noche antes de tomar el barco la pasamos hablando en la habitación, mientras el niño dormía en una cama turca que había allí al lado. Juntas, en susurros para no despertarlo, repasamos en la oscuridad nuestras vidas, quizá queriendo llenar cada una la memoria de la otra. Tras lo ocurrido en los últimos meses, me sentí a gusto y en paz, como no me sentía desde hacía mucho tiempo.

—Ahora me gustaría tocar el piano para ti y para Léonard —me dijo en algún momento de la noche.

Nos dormimos casi de madrugada, y entrada la mañana el niño vino en silencio, cosa rara, a despertarnos. Se acostó entre las dos. Ese duermevela placentero es el último recuerdo que tengo de esos años.

Volví a Europa pasada la guerra. Ya no era mi tierra... había desaparecido tanta gente... No quise pasar por París. Apenas una estancia en Viena para vender los despojos de mi pequeña hacienda familiar y visitar la tumba de mi madre... y de tantos amigos.

Cumpliré muy pronto los sesenta, pero no me siento vieja. Aún me sorprende que me llamen señora en las tiendas. Aquí en Nueva York la vida pasa encarrilada, algo aburrida. Dicen que cumplida cierta edad pesa más el pasado que el futuro. Es posible, aunque yo no lo veo así. Quizá se edulcora el pasado, pero el nuestro está demasiado lleno de amargura. Tenía trece años cuando acabó la primera guerra y cuarenta cuando terminó la segunda; tuvimos que pasar la juventud entre sobresaltos y, sin embargo, como a todos, nos produce nostalgia su recuerdo. Maldita y pegajosa nostalgia de un tiempo, en tantas cosas detestable, por el que nos movimos bajo la vigilancia de los asesinos. Algunos llaman a eso el destino.

Capítulo 4

En junio de 1939 nos fuimos a vivir con mi madre a la calle Marsollier. Era como volver al pasaje Choiseul, que está al lado. Volver a la infancia. Había dejado Clichy y pensaba instalarme por mi cuenta. Lo hice a la vuelta de St. Malo, donde pasamos el verano. Fue el último verano sin guerra... Lo pasamos bien con Mahé y los amigos. Nada de escribir... playa y puerto. Mucha agua salada y verdes prados.

Daladier quería pactar con Rusia para aislar a Alemania. ¡Qué imbécil! Hacía un día estupendo en St. Malo el 24 de agosto... sí, hacía un buen día... Todos los periódicos lo traían en letras para ciegos: «Pacto entre Stalin y Hitler»... Vaya corte de mangas. Los comunistas debieron enterarse también por los periódicos... Sin problemas: reunión del Comité... Vamos, Maurice, tú, que tienes respuesta para todo, explícales a éstos las razones por las que el padrecito Stalin se ha puesto de acuerdo con don Adolfo. Porque a partir de hoy tendremos que llamarle don Adolfo. ¿No? Nada de asesino de patrias inocentes, nada de masacrador de rojos. Don Adolfo ¡Heil Hitler!

Y don Adolfo comenzó a merendarse Polonia el 1 de septiembre. El padrecito Stalin empezó a hacer lo propio con Finlandia. *¡Tutti contenti!* ... Menos Daladier: día 3 de septiembre, gran discurso... ¡A las armas, ciudadanos! ¡Vamos a la guerra!

Volvimos a París y, por no convivir con la desesperación diaria, quise hacer de médico particular. En el número 15 de la calle Bellevue, en St. Germain-en-Laye, encontramos una casa magnífica, lejos del ruido de París. «Dr. Destouches, visitas de 11 a 1». No tuve más de cuatro clientes, pero el lugar era apacible. Nadie se tomaba en serio la guerra y los enfermos también se tomaban a broma al doctor Destouches.

Debimos quedarnos... pero ya lo dice Lili: «Cuando se te mete una

cosa en la cabeza, no hay forma de llevarte la contraria». Y quise colaborar con el Ejército. Me importaban un pimiento los motivos de la guerra, pero en la guerra se sufre y se muere, bien lo sabía yo. También lo debía de saber el secretario general del Partido Comunista, que valientemente desertó del regimiento en el que había sido movilizado. Muy patriótico todo. Pero no importa, luego, a él, funerales nacionales y a mí, la fosa común. Tres hurtas por Maurice Thorez, gran liberador de la clase obrera. Sapo estalinista de mierda.

El 9 de noviembre me presenté a la comisión militar de control. Nada de enrolarme. El setenta por ciento de invalidez por heridas de guerra. De todas maneras, los médicos son útiles en una guerra. Conseguí que me contrataran como médico marítimo en una compañía que trasladaba tropas: Marsella-Casablanca y vuelta. El 15 de diciembre zarpamos de Marsella con lluvia. El barco se llamaba *Chella*. Lo habían artillado con unos míseros cañoncitos. Parecíamos el terror de los mares. Nadie lo hubiera pensado, pero aquella superfortaleza, buena para un estanque, temible en el Sena, iba a hundir nada menos que a un torpedero... una pena que el barco fuera aliado nuestro. Dan ganas de reír... o de llorar... al contarlo.

La navegación hasta Casablanca, casi de vacío, fue tranquila. «Una forma cómoda de ganarse el dinero», pensé. De vuelta a Marsella con la tropa a bordo, algo más de trabajo: gripes, algunas tuberculosis incipientes y las consabidas gonorreas. Los soldados me enseñaban sus partes, al parecer, con más tranquilidad y confianza que al matasanos de uniforme.

—Ponte esta pomada, muchacho, y ten más cuidado con esas miniaturas que llevas entre las piernas que son para toda la vida. ¿Qué va a decir tu novia si se entera?

Las consabidas borracheras de la Navidad. Ya se sabe: soldados y en guerra, mucho vino peleón y toneladas de matarratas. Pero el regalo nos

esperaba en la noche de Reyes.

Pasábamos frente a Gibraltar a todo lo que daban las máquinas. Estaba tumbado en la litera. La cabeza me estallaba. Intentaba leer para olvidar el dolor. Imposible... ¡Ah, la maldita herida! Era medianoche cuando un golpe tremendo me tiró al suelo. Me di con la cabeza en un hierro... Se fue un dolor y empezó otro. ¡Qué estacazo! Me asomé y hacía un frío de espanto. Me puse los pantalones, la chaqueta y un chaquetón de cuero forrado. Afuera, me di cuenta de que iba en calcetines y volví por las botas. El lío en cubierta era tremendo. Gritos, maldiciones. Al rato empezamos a recoger náufragos.

Al principio creí que eran soldados nuestros, pero no... eran ingleses.

Unos reflectores alumbraban desde nuestro barco a otro que se escoraba justo delante de nuestra proa. Habíamos abordado a un torpedero inglés que navegaba a oscuras intentando sorprender a los alemanes... Un mercante francés lo echó a pique. ¡Vaya éxito! Delante de nosotros, como si se tratase de un barco de juguete, se hundió el *Kingston Cornelian*. El remolino que produjo en su zambullida arrastró a unos cuantos marineros que flotaban esperando ser izados al *Chella*. En Gibraltar, donde atracamos de amanecida, supimos que habían muerto, tan estúpidamente, veinte marineros ingleses. Mi primera acción de guerra fue una premonición.

Costeando por el Levante español, con el casco de la proa aplastado, llegamos a Marsella el 15 de enero de 1940. Ese mismo día me rescindieron el contrato. Corta navegación la mía. Menos mal que pagaron, y no mal, mi labor en tan brillante travesía.

En marzo encontré trabajo en Sartrouville como médico jefe del dispensario municipal. Empecé a trabajar el día que dimitió el imbécil de Daladier. Claro que le sustituyó Reynaud... otro organizador de derrotas. El titular del puesto había sido movilizado y su familia ocupaba la casa a que tenía derecho, pero el Ayuntamiento, por una vez, se portó bien y nos

buscó alojamiento: un piso bastante decente cerca del dispensario. Allí nos fuimos.

La guerra estaba lejos, tan lejos que parecía un ensayo, pero dos meses más tarde, el 10 de mayo, las divisiones acorazadas alemanas tomaron el camino del sur y, en lugar de atacar por donde nuestros magníficos estrategias pensaban, tuvieron la mala idea de entrar a saco por Bélgica y Holanda. ¡Qué malo el rey de Bélgica que se entregó tan pronto! En menos de un mes los alemanes llegaron al Sena. ¡Coraje, huyamos!, gritaron a cuatro voces. ¡Huyamos, coraje!, se contestaron... La desbandada.

El 10 de junio el alcalde de Sartrouville grietaba: ¡Evacuación! Un médico es imprescindible en una evacuación que se precie de tal. Un enfermero conductor, Lili y yo dispuestos a marchar al sur Tres pasajeros más en la ambulancia: una vieja y sus nietas, dos bebés de dos meses y dos años respectivamente... Buena compañía. El día 13 salimos a pelo de Courbevoi detrás del Ejército francés, que avanzaba mucho más deprisa que nosotros. De Sartrouville a La Rochelle, corriendo detrás del Ejército. Si en lugar de ir al sur a esa velocidad lo hubieran hecho hacia el norte, en pocos días habrían entrado en Berlín.

Supe, por fin, para qué sirve un Ejército motorizado... Para salir corriendo... ¡Qué marcha! Tanques de cuarenta toneladas nos echaban a la cuneta ¡para ir más rápido!. Las niñas lloraban a su hora y había que buscarles comida. Conseguí leche en polvo... pagada de mi bolsillo. El enfermero, un mierda aterrorizado, era una carga más. El 15 de junio ¡llegamos a Giens!.

Los *boches* ya estaban en París, pero no se conformaban con ello. Por la noche bombardearon a placer el pueblo y no acabó ahí la cosa. Las autoridades, o su mala madre, habían habilitado un cine de Giens para que los refugiados pasáramos la noche. El cine se llamaba L'Artistic, ¡qué más podíamos pedir!

En la penumbra vi las butacas ocupadas por el mejor público para tal esperpento: los locos de un manicomio de París, que fueron evacuados tres días antes, reposaban tranquilos, esperando, quizá, que les pusiesen una película, y como la película no llegaba perdieron la tranquilidad... Saltos y sobresaltos. Los enfermeros no podían imponer el orden militar al que son tan aficionados. Una demente destripaba la butaca, otro loco orinaba alegre, mostrando sus órganos ostensiblemente. Busqué un lugar más confortable entre los bastidores del escenario. Imposible. Mi bata blanca de médico atrajo a un anciano, o a alguien que parecía un anciano. Se acercó para decirme:

—¿Es usted dueño de esto?

—No —le dije—, vengo de París.

—¿Por qué nos ha traído usted aquí, señor? A mí no me gusta el cine, ¿sabe usted? Me gustaba el teatro, mi padre me llevaba al teatro, pero el cine es mentira, ¿sabe usted? Es mentira, todo lo que se ve es mentira. La Bernhard, ésa sí que era buena. ¿Le gusta a usted *El Cid*?

—No me gusta Corneille, me aburre —le dije.

—No diga usted eso... —y se echó a llorar.

Tuve que consolarlo. Le ofrecí una aspirina y le di ánimos.

—Descanse usted. Esta pastilla le hará bien. Dentro de un rato vendrá Sara Bernhard y, si no viene ella, a lo mejor llega La Mistinguette y nos enseña las piernas.

—¿De verdad nos va a enseñar las piernas?

Pareció alegrarse ante la perspectiva.

—Y el culo. Nos enseñará el culo —le animé de nuevo.

—Tendrán que marcharse las señoras —me susurró al oído.

—No es necesario —concluí—. Simplemente, les vendaremos los ojos.

Fue una noche entera... sin principio ni fin. Lili cuidaba a ratos de las niñas, con tanta dedicación como incompetencia.

Al día siguiente intentamos cruzar el Loira. Imposible por allí, con los aviones soltando bombas incendiarias cada cuarto de hora. Seguimos hacia abajo y en Cosne-sur-Loire pasamos el río. Era el 16 de junio. Encontramos un hospital de campaña donde nos dieron de comer. El día 18 estábamos en Issoudun. Intenté colocar a las crías en una casa cuna. Me mandaron a la mierda.

Más bombardeos. Tuvimos que utilizar la ambulancia para trasladar heridos. Muertos por todos lados... Qué desbarajuste. Esa misma tarde llegamos sanos y salvos a La Rochelle.

Al día siguiente me presenté en la Prefectura a ofrecer mis servicios. Me recibió el médico inspector de higiene del Departamento.

—¿Qué quiere hacer? Ya ve cómo están las cosas, el Ejército, o lo que queda de él, se embarca para Inglaterra. Si desea tomar un barco y marcharse, le puedo recomendar y le admitirán. Usted decide.

Dudé... y en esa duda se me torció el futuro.

No lo tenía claro, así que preferí seguir hasta el final. Dejamos a la abuela y a las niñas. El enfermero nos abandonó. Fuimos a St. Jean-d'Angeli, donde me puse a las órdenes del Ejército del Aire. He servido en Tierra, Mar y Aire... Más que De Gaulle. Con los aviadores también pudimos pasar a Inglaterra... Me lo ofrecieron. Lili me animaba a dar el salto, tenía miedo a los *boches*.

—A ti te gusta Inglaterra, ¿por qué no vamos? Cuando llegue la paz, volvemos. Entretanto, trabajas de médico en el Ejército... y escribes. Me da miedo volver a París... Los alemanes nos odian.

Quizá pensé en mi madre. No tenía ánimo para huir. Una gran pereza me invadió, la pereza de tomar una decisión. De Gaulle hablaba por la BBC. Lo tenía muy claro ese coronel de tanques. ¡Resistir!, decía. ¿Para qué? Todo me producía sueño... dormir... dormir para salir de la pesadilla.

Los jefes no quieren nunca morir en la batalla. Los grandes déspotas,

los presidentes, los tenores maricas, los reyes, las princesas... se ponen a cubierto cuando las cosas se tuercen. Salvar el pellejo es el objetivo supremo. Cuando predicán sus más encendidos discursos patrióticos, miran de reojo al bidón de gasolina y al coche en el que van a salir corriendo. La promesa, el micrófono, todo forma parte de la comedia. Tienen la sana habilidad de no estar presentes a la hora de pagar la cuenta.

No conviene olvidar a la Élite, con mayúscula. Existe y cómo... ¿De dónde viene? De su pueblo, pero consagrada en París... toda una carrera de obstáculos hasta la consagración. Hay que pasar las eliminatorias: geografía, álgebra, agronomía... Hacerse inyectar las pandectas... ya se es licenciado. Luego: un poco de escepticismo. Ya está el adolescente de Élite preparado. A punto para cien mil negocios... el horror a la espontaneidad... el deshonor del sacrificio. Dispuesto a frecuentar los salones... la moda... los artistas. Trust de cerebros. Bárbaros dispuestos a bajar la cerviz ante los poderosos.

Volvimos a Sartrouville con la ambulancia. Después tuvieron la humorada de hacernos una encuesta a los médicos que habíamos abandonado nuestros puestos durante la retirada. Contesté... claro que contesté... Que preguntaran al alcalde los costes del viaje: gasolina, alimentos... todo lo había pagado de mi bolsillo. Tampoco me arrepiento de nada. Les escribí: «Curioso por naturaleza y, si se me permite, también por vocación, estoy contento de haber participado en una aventura que, supongo, sólo se repite cada dos o tres siglos». Eso les dije, pero qué equivocado estaba. La Anábasis de 1940 fue una broma comparada con la subida hacia el norte que hicimos al final de la guerra por la Alemania a punto de ser derrotada. El verano y el otoño del 40 los pasé escribiendo un libro que salió publicado en febrero del 41, en una nueva editorial que había montado Denoel. Se vendió ese año sin problemas, pero al final del 41, los sagaces censores de Vichy lo

prohibieron. Resultaba «injurioso con el Ejército». ¿Qué querían? ¿Que les pasara la mano por el lomo a los militares? Vamos a ver, si un Ejército pierde una guerra... ¿qué se merece?, ¿medallas? El anterior libro me lo había prohibido Daladier, éste me lo prohibía Pétain.

Ni es hora, ni ocasión, ni hay razón, ni tengo ganas de justificarme por lo que hice durante la Ocupación. Bien simple, mientras Sartre y los demás paseaban por el Barrio Latino o tomaban café en La Flore, yo trabajaba. Supe en noviembre que se había producido una vacante en el dispensario de Bézons. Solicité la plaza y me la concedieron: médico jefe, treinta y seis mil francos al año y funcionario municipal.

El médico que había dejado la plaza era el doctor Hogarth, un haitiano. La abandonó porque Haití se había puesto del lado de los ingleses en la guerra. Era una buena persona. Conseguimos que su mujer, francesa y médico, entrara a trabajar en el dispensario para atender a los niños. Muchos días nos juntábamos los cuatro: el doctor Hogarth, su esposa Françoise y el doctor Joachim Vanin. Algunas veces hacíamos tertulia en el refugio mientras la RAF machacaba los puentes y las fábricas, y destripaba de paso a algún obrero o niño despistado. Conocí a buena gente en Bézons: Sérounille, un viejo profesor jubilado, que de joven se dedicó a la danza y arrastraba su decadencia física con dignidad. Le pedí que escribiera un libro sobre la historia de Bézons, y lo hizo. Lo publicó Denoël en el 44. Me animé a escribir el prólogo: «Pobre *banlieue* parisina... felpudo de la ciudad, donde todos se limpian los pies, escupen y nadie se preocupa de ella. Embrutecida de fábricas, no es sino una tierra sin alma, un campo de trabajo maldito, donde la sonrisa es inútil, la pena pérdida, tierno el sufrimiento. París, el corazón de Francia. ¡Qué canción! ¡Qué publicidad! La *banlieue*, alrededor, se hunde. Calvario de plato único, hambre, trabajo y... bajo las bombas... ¿quién se ocupa de ella? ¿A quién preocupa?».

Alquilamos un piso, justo al lado de Lepic, en el número 4 de la Rue

Girardon. Gen Paul nos lo proporcionó. Nos quedamos allí hasta el final de la guerra. Era volver al barrio, pero ya Montmartre no era el de antes.

Por encima de todos los recuerdos me viene a la memoria Danielle, una asistente social de la Cruz Roja. La familia, como todas... y ella intentando salir... huir... buscar un lugar al sol entre las bombas. Ella veintitrés, yo cuarenta y siete... ¿Qué decir?... ¿Qué habrá sido de ella?

Danielle tenía unos ojos grandes, oscuros, llenos de vida. Estaba delgada, pero entonces todos estábamos a dieta. Su pelo era moreno y liso y sus piernas... ¡Ah, las piernas!... eran torneadas y ágiles. La boca grande, carnosa, sonriente. Una hermosa muchacha... para mejores tiempos que esa mierda de guerra, que ni siquiera lo era de verdad.

Nací en Bézons en 1918; fui uno de los bebés de la posguerra. Al volver mi padre del frente se, casó con mi madre, que estaba embarazada de mí. La vida en los suburbios no era lo mismo que ahora; se pasaba hambre. Para estudiar siempre tuve el apoyo de alguien: amigos de mi padre del sindicato, o personas que en la Alcaldía se ocupaban de los niños algo despiertos. La gente de Bézons, me refiero a la gente normal, era de izquierdas como algo natural. En mi familia nunca se preguntaron por qué esto o por qué aquello. En lo tocante a la política se opinaba lo que dijera Jean Saville, el responsable de la CGT en la fábrica: «Lo ha dicho Jean Saville», y lo que decía el viejo era dogma de fe. De pequeña pensaba que Rusia era un país donde los niños comían golosinas continuamente y los obreros mandaban sobre los patronos. Me imaginaba al patrón de mi padre, el señor Piontet, al que una vez había visto subir a un coche negro, largo como un domingo, con abrigo gris, botines y una camisa blanca con corbata, gordo, rebosante. A ese señor Piontet me lo imaginaba con su abrigo, botines y corbata metido en la fragua, aguantando el troquel y saltándole encima las chispas encendidas de la fundición. Eso llegaría cuando Bézons fuera como Rusia.

En 1940 no vinieron los rusos, sino los alemanes. Quitaron al alcalde, el señor Pierrot, como le llamaba la gente, y pusieron a un señor de París al que nadie había elegido. Un colaboracionista, dijeron.

Saville había dicho que la guerra era cosa de burgueses y que «los burgueses, nazis o franceses, son todos iguales. ¿Que se matan entre ellos? Mejor». Cuando en junio de 1941, me acuerdo bien, los nazis se lanzaron contra Rusia, la cosa dejó de ser una lucha entre burgueses. Así, de repente. Tenía entonces muchas discusiones con mi padre y también con mi madre, aunque por otras cuestiones.

Por aquellos días tuve una buena bronca con mi padre porque, de repente, los aviones ingleses pasaron de ser «unos cabrones que podían ir a tirar las bombas a su puta madre» a convertirse en «nuestros aliados».

Por la noche se reunían en casa de Saville a escuchar la BBC y salían todos con la doctrina puesta. Yo buscaba trabajo como una desesperada, tenía veintitrés años y quería salir de casa... Estaba harta de discusiones, quería vivir mi vida y dejar de ser la esclava de mis tres hermanos. Era asistente social.

En la Cruz Roja me habían dado un título, pero no trabajé hasta el otoño del 41. Me decidí y fui al dispensario donde estaba el médico jefe Louis Destouches.

La mañana de la entrevista, que había pedido dos días antes, él no había llegado, así que lo esperé en la calle. Lucía un sol pobre, de finales de septiembre; apareció en su motocicleta. Le había visto otras veces por el pueblo, llevaba una gabardina caqui con el cuello de piel de carnero. Le dije que lo estaba esperando. Me miró con sus ojos claros y una sonrisa rara: «Muy bien, pasa, hablaremos». Fuimos a su despacho, una habitación con una mesa, un sillón y dos o tres sillas para las visitas.

—¿Qué desea usted, joven? —me dijo.

Le conté mi aperreada vida. No sé cómo me atreví a tanto, pero algo en él me invitaba a la confianza.

Se portó muy bien conmigo: me recomendó para entrar en la escuela de enfermeras y me consiguió un trabajo con el doctor Vanin, una especie de ayudante secretaria en la consulta y de chica para todo en la casa. A cambio, algo de dinero y una habitación.

La señora Vanin no era exigente y le gustaba dar conversación, más bien cotillear. Yo le seguía la corriente.

Me sentía libre en medio de aquel desastre. Algunas tardes, Louis me venía a buscar para dar una vuelta. Iba de paquete en su motocicleta y nos perdíamos por Nanterre o Courbevoi, donde él nació. Conocía los sitios más escondidos. Me enseñó St. Germain-en-Laye, donde yo no había estado nunca. Un par de veces fuimos a su casa, en Montmartre, donde vivía con su mujer, Lili. Me quedé a dormir allí, pero ésa es otra historia.

Me sentía apadrinada por él, quizá también impresionada; yo era una inocente, con las ansias de saber que se tienen cuando se es joven y no se ha salido de casa. Conocí a mucha gente en su compañía. Escuchaba atenta, pero no entraba en la conversación. Las discusiones más largas y más fuertes, sin perder nunca la compostura ni alzar la voz, las tenía con el doctor Vanin. Los dos eran amigos, pero Vanin era comunista. Siempre había imaginado a los comunistas como mi padre o como el señor Saville, pero el doctor Vanin... me extrañó. Louis era un pesimista y tenía verdadero odio a los soviéticos. Había estado en Rusia y no paraba de contar barbaridades.

—Nos va a tocar escoger entre lo malo y lo peor —decía Louis—. Ahora los nazis y, si pierden la guerra, los bolcheviques. ¡Vaya porvenir!

—De momento, veamos si podemos hacer algo para que los nazis pierdan la guerra. Luego ya discutiremos sus ideas equivocadas sobre los rusos —contestaba el doctor Vanin.

Louis estaba seguro de que los nazis perderían la guerra. Los despreciaba, pero su odio mayor iba para los soviéticos.

Tardé en saber que era escritor y firmaba con el pseudónimo de Céline. Me enteré porque salió en una conversación con el doctor Vanin, o el doctor Hogarth, el antiguo médico jefe del dispensario. Le pedí sus novelas y me las regaló dedicadas. Aún las tengo. Las leí con verdadera devoción... Me encantaron. Comprendí mejor, desde entonces, sus salidas de tono. En esos libros hay mucho de él. No entiendo cómo al acabar la guerra lo persiguieron tanto. Tenía ideas locas sobre judíos y bolcheviques, pero era un hombre cabal.

A partir de lo de Stalingrado, cuando en febrero de 1943 el frío y los soldados rusos acabaron con el Ejército alemán y Von Paulus se rindió, todos los sindicalistas conocidos de Bézens se hicieron «resistentes». No sé muy bien quiénes pertenecían realmente a la red clandestina, pero muchos colaborábamos con ellos y Louis también, ignoro por qué... En

él no era una cuestión de ideas, sino de, humanidad. Cuando los nazis comenzaron a llevar trabajadores forzosos a Alemania, entre el doctor Vanin, que decía quiénes «debían ser declarados enfermos», y Louis, que redactaba y firmaba el informe, libraron a muchos del destierro. Los he visto acercarse a Louis para darle las gracias y no pocos eran comunistas. Si se hubiera quedado en Bézons cuando acabó la guerra, seguro que la gente de la Resistencia lo hubiera defendido. Opino que se marchó para no tener que pedir el favor. Le aterraba deber algo a alguien.

—No conviene tener deudas con nadie, ni económicas ni morales. Si es preciso hacer un favor, debe hacerse, pero gratis. La satisfacción debe estar en el hecho de hacerlo, no en cobrarlo. Es preferible la cara sonriente de un niño al que das un pastel y te olvida antes de llegar al final de la calle que la del judío retorcido que apunta en su libreta el gran favor que le acabas de hacer.

Un día, al final del verano de 1943, vino a buscarme mi padre a casa del doctor Vanin.

—Vete a casa del señor Saville cuanto antes. Quiere hablar contigo.

Me extrañó ver a mi padre tan amable. Traía cara de preocupación. Fui a casa del viejo Saville, que me recibió misterioso.

—Chica, de esto ni una palabra. Le dices al doctor Vanin que tenemos un herido al que hay que curar. Que te conteste si puede disponer de medios. Es imprescindible que sea esta noche.

Hice de recadera esa tarde. El doctor Vanin me mandó que localizara a Louis urgentemente y que lo llevara a su despacho. Tras parlamentar un rato, Louis se marchó. Volví a casa del señor Saville para recibir instrucciones. Me las dio en un sobre que entregué al doctor Vanin y de nuevo fui al dispensario a darle a Louis el recado: «Esta tarde a las ocho, con la ambulancia preparada para ir a St. Cloud». A las ocho acompañé al doctor Vanin al dispensario. Louis dijo: «¿Nos vamos?».

Subimos a la ambulancia. Louis conducía, yo iba a su lado y el doctor

Vanin atrás:

—¿Lleva usted de todo? —preguntó.

—Miré usted, Vanin, «de todo» es mucho e impreciso —contestó Louis—. He puesto sangre para una transfusión, oxígeno y los instrumentos de urgencia.

Fuimos hasta St. Cloud. Louis se orientaba bien, presumía de conocer la *banlieue* como nadie. Llegamos a unas casas bajas y destartadas. En una de ellas nos aguardaban. Dos jóvenes, que estaban dentro de la casa, salieron para vigilar. Louis les dijo que retiraran la ambulancia de la puerta para no llamar la atención. Allí, en una cama, había un hombre cubierto con mantas. Sudaba y tiritaba a causa de la fiebre. Tenía la pierna derecha rota a la altura del fémur. Un balazo había partido el hueso y otro le atravesaba superficialmente el costado derecho. Las vendas que le habían puesto estaban manchadas de sangre seca.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Louis—, hay que hacer una transfusión ahora mismo.

En pocos minutos trajeron el instrumental y le inyectaron por el brazo un litro de sangre. Louis sacó del bolsillo un frasco de sulfamidas y le obligó a tomarse cuatro pastillas con un vaso de agua. El hombre obedecía sin rechistar.

—Hay que operar —le dijo Louis al doctor Vanin en un aparte—. Cerrarle bien la herida del costado y abrir esa pierna. Me temo que este «salvador de la patria» no va a correr como antes. Necesito al doctor Hogarth. ¿Es de fiar? —Y apenas hecha la pregunta, que dirigió al doctor Vanin, añadió como para sí—: Es cojonudo que le pregunte esto a un rojo peligroso como usted —los dos rieron.

Por el camino, Louis, desde el volante, se dirigió al herido.

—O sea que los soltaron desde el aire y los *Fritz* los cazaron como si fueran patos.

—No, como patos no, como conejos, pues estábamos en tierra. Yo

tuve suerte, no me vieron. A los dos que iban conmigo los mataron allí mismo, heridos como estaban. Les agradezco lo que han hecho por mí, compañeros.

—Con que... compañeros, ¿eh? Pues ha de saber usted que yo soy un peligroso fascista-colaboracionista —dijo Louis.

—Claro, por eso me ayuda —contestó el hombre intentando sonreír.

De vuelta a Bézens, me tocó buscar al doctor Hogarth.

Cerraron las puertas del dispensario, corrieron las cortinas y comenzaron los tres la operación. El doctor Hogarth la dirigía, ellos dos le ayudaban y yo les acercaba el material. Empezaron por el balazo del costado y el doctor Hogarth se pasó una hora cosiendo.

Cuando empezaban con la pierna, sonó el timbre de la puerta, fuerte, dos o tres veces.

—Sigan —dijo Louis—, yo iré a abrir.

Cuando volvió con el señor Saville, respiramos tranquilos.

—Este señor pregunta por usted, Vanin. Debe de ser de su cuerda. Será mejor que se quede hasta el final y que no estorbe.

La operación duró más de tres horas. Luego le escayolaron desde la ingle hasta el tobillo. El doctor Hogarth estaba agotado.

—¿Un vasito de ron? —dijo Louis dirigiéndose al sudoroso doctor Hogarth.

—Pero ¿no es usted abstemio y enemigo mortal del alcohol?

—Esta vez es pura terapéutica —le dijo alargándole un vaso y la botella.

—¿Ustedes tendrán dónde cuidar a este hombre?

—¿No creará que va a salir volando a Londres? Tendrá una recuperación lenta. Guárdese estas medicinas —le dijo Louis extendiéndole media docena de frascos al doctor Vanin—. Cuando despierte le daré las instrucciones.

Cuando el herido salió de la anestesia preguntó:

—¿Cómo fue todo? El doctor Hogarth contestó: —Bien, salvará la vida esta vez, pero su pierna derecha ya no será como antes.

Volvía lentamente el color a su cara. Era más joven de lo que me pareció en la cama de St. Cloud.

—Me acostumbraré —sentenció.

Otra vez iba Louis al volante de la ambulancia, ahora hacia el norte. Llegamos a Conflans, donde nos recibieron en una casa baja sobre el Sena. Allí dejamos al herido, entre camaradas. El señor Saville estuvo todo el tiempo callado.

—Si tiene sitio para mí en su casa, Vanin, se lo agradecería. No son horas de andar en motocicleta por esos parajes de Dios.

—Faltaría más —contestó. Cuando llegamos a casa del doctor Vanin, después de dejar la ambulancia, eran las dos de la mañana. Su mujer estaba levantada y con ganas de saber lo ocurrido.

—Venimos cansados, Claudette. Mañana te contaré. Ha habido una urgencia y el doctor Destouches estaba solo y necesitaba ayuda.

—Pues podía habérsela pedido al Ayuntamiento, a ti no te pagan nada por esto —se le oyó decir por el pasillo, yendo hacia su dormitorio.

El doctor Vanin indicó a Louis la habitación de huéspedes, que estaba enfrente de la mía.

Me desnudé con prisa y me metí en la cama. Por a ventana entraba el fresco del final del verano. Me dormí enseguida.

No puedo calcular el tiempo que llevaba durmiendo, cuando me despertó el ruido de la puerta.

—Soy yo, no te asustes —me dijo Louis cerrando el pestillo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pasar, no pasa nada. ¿Te importa que duerma contigo?

No contesté. La cama era grande, cabíamos los dos. Me eché a un lado para dejarle sitio.

—Me has asustado —dije.

—Lo siento —contestó—. Quizá te parezca un atraco, pero te he observado todo el tiempo y he sentido ganas de abrazarte.

Hasta entonces había hecho el amor dos o tres veces en mi vida, deprisa y corriendo y con jóvenes de mi edad. No sabía, aún, que había otras formas de hacerlo... lentamente. Duró mucho, en silencio. Cuando la luz del sol me despertó, él se había marchado y sentí un vacío que, otras veces, más tarde, ha vuelto a producirme cierta pena, como una carencia física.

Louis no quería tenerme de amante. Se confiaba conmigo, notaba su cariño y, a veces, como de pasada, me hacía una caricia, pero no avanzaba más allá. Un día en el Bois de Boulogne me habló de él y del sexo. Temas tabú. Nunca me contaba nada de sus sentimientos, pocas veces de sus cosas y, si hablaba, prefería hacerlo en tertulia, nunca de tú a tú, nunca en pareja. Pero entonces me dijo:

—Mira muchacha, el sexo es un engaño, nos hace sentirnos dioses inmortales y luego... somos unos pequeños bichos que pululan por la vida, sin saber cómo ni para qué. Pero aun siendo un engaño, merece la pena aprovecharse de él. ¿Aceptarías una proposición verdaderamente deshonesta?

Me asustó un poco y se me debió de notar en la cara, porque continuó.

—Una cochinada inocente... Tengo una amiga... me gustaría veros hacer el amor a las dos —dijo tras un silencio.

Me quedé cortada. No esperaba tal cosa.

—Nunca lo he hecho con una mujer, no sé si podré. Me da vergüenza sólo pensarlo —le dije.

No continuó. Pasé los días siguientes mirando a las chicas con otros ojos, preguntándome: «¿Danielle, te importaría con ésa?». Sabía que había mujeres lesbianas, pero yo no quería serlo, yo quería casarme y tener hijos. A la vez me hacía ilusión agradar a Louis, hubiera dado cualquier cosa por hacerle feliz, porque él me apreciara, porque dijera,

como la noche de St. Cloud: «¡Brava chica!».

Un domingo de junio, creo que fue en el 43, me citó en su casa de Montmartre. Me extrañó que siendo fiesta quedara conmigo. Llegué en autobús.

Cuando llamé a la puerta salió a abrirme. Había una joven con él. Pensé que era Lili.

—Es Pauline —me dijo—, una amiga de Clichy.

Lili había entrado en el *ballet* de Serge Lifar y estaba de gira por Bélgica.

La comida era escasa en aquellos días, pero Louis había conseguido, no sé dónde, unos filetes y patatas abundantes. Nos invitó a comer y luego dim; un largo paseo por el barrio XVIII. Nos llevó al estudio de un pintor cojo, vecino suyo. Pauline hablaba menos que yo, pero Louis nos explicaba todo: los cuadros, las calles, el molino de la Galléete que estaba al lado, la Place du Tertre... todo tenía su historia, no sé si se la inventaba, pero era maravilloso escucharle. Fuimos al cine. Vimos una película alemana. Louis se pasó el tiempo gastando bromas a cuenta de los personajes ridículos que salían en la pantalla. Luego volvimos a su casa.

Conocía sus intenciones y cuando salió a buscar té a casa del pintor, me atreví a preguntarle a Pauline:

—¿Eres muy amiga suya?

—Sí —contestó—. Desde hace mucho tiempo, de cuando él trabajaba en Clichy y no era escritor.

Me atreví a preguntarle:

—¿Querrá que hagamos el amor tú y yo? —Mientras decía esta frase tuve la sensación de que no era yo quien hablaba, yo estaba en otro sitio y, a la vez, le hacía a Pauline esa pregunta descarada. No se extrañó, pero en lugar de contestar, me dijo:

—¿A ti te importaría?

—Me da vergüenza. Apenas te conozco. No lo he hecho nunca con una mujer. Me pondré nerviosa.

—No te preocupes, yo te ayudaré. A él le gusta mirar.

Volvió y tomamos el té con pan tostado en aceite. No había mantequilla. Notaba tensión entre Louis y yo, pero Pauline estaba tan tranquila. Él no paraba de bromear. Me dio la sensación de que estaba conmigo como el gato con el ratón. Quizá no fuera así, porque con el pretexto de enseñarme una cosa, me llevó aparte para decirme:

—Si te atreves, hacemos lo que te dije. Me gusta. Verás cómo es agradable. Pauline es una buena amiga, tierna y cariñosa.

—Lo intentaré —dije en un susurro. Las piernas me temblaban un poco.

La habitación también era salón y estaba amueblada de un modo raro: una cómoda de madera antigua y un gran sillón de cuero. La mesa del comedor era amplia y de patas robustas. No había estanterías y los libros se amontonaban por el suelo en todas las habitaciones de la casa. Una gran ventana daba a París. El sol se ponía y todos los edificios que se veían por la ventana eran de color lila. Nadie encendió la luz y la claridad que entraba daba un tono fantasmal a la escena. Me senté en el sillón de cuero y, al momento, Pauline vino a mí. Comenzó a acariciarme... Yo me dejaba, y Louis miraba desde la sombra. Al rato, ella tiró de mí hacia la habitación grande, donde había una cama cuadrada, de un tamaño que yo no estaba acostumbrada a ver. Me desnudó y luego se quitó ella la ropa. Noté que Louis se sentaba en una silla al lado. Ni una palabra, simplemente miraba. A Pauline no le daba vergüenza y hacía como quien juega a un juego muy bien sabido. Continuó acariciándome por todo el cuerpo. Cuando bajó su boca a mi sexo, sentí un escalofrío y hubiera deseado dejarlo, pero enseguida me dominé y en unos minutos alcancé un orgasmo muy largo. Debí dejar escapar más de un grito y ella insistió hasta agotarme. Acaricié su cabeza cuando se apartó. En todo el rato no

dijo ni una palabra.

Salimos a dar una vuelta y después de la cena nos fuimos a la cama. Louis y yo hicimos el amor, mientras Pauline nos acariciaba. Luego nos dormimos los tres, y durante la noche me desperté abrazada a Pauline.

Por la mañana Louis me llevó a Bézons en su motocicleta. Pauline tomó el autobús y, al despedirse, me envió una sonrisa. No volví a verla, pero me quedó un buen recuerdo de ella.

Hasta entonces, el sexo había sido para mí una cosa refrescante y alegre. A veces explosivo, otras más tranquilo. No es que aquella experiencia me resultara penosa, pero me dejó cierta tristeza. Creo que Louis había estado más alegre en otras ocasiones. Quizá era la guerra, pero probablemente él tenía dentro una pena contagiosa.

La última vez que estuve en casa de Louis fue poco antes de que Lili y él salieran hacia el norte. Él quiso que la conociera. Los nazis perdían la guerra y por más que el doctor Vanin lo animaba, Louis sólo pensaba en el desastre que, según él, se avecinaba.

Un día me aseguró que se marcharía a Dinamarca.

—Tengo allí un dinero y no creo que me persigan hasta tan lejos — me dijo.

—Quédate, no te pasará nada —le aseguré.

—Se me echarán encima como buitres. Tú eres buena persona, pero la gente es mala y vengativa.

Yo no quería que se fuera. Pensaba que no tenía nada que temer. Louis había ayudado a la Resistencia... Se lo dije cien veces y otras tantas le insistió el doctor Vanin. Todo fue inútil. El día que estuve en su casa con Lili, me dijo:

—He recibido tres ataúdes en miniatura, diez cartas amenazándome de muerte, doce cuchillos, una granada y cincuenta gramos de cianuro... Piensan mandarme a las tinieblas. Cada día que pasa me habla de la muerte. No hay nada bueno para mí detrás de mi ventana. El enorme valle

de París sólo alberga millones y millones de venganzas... los tejados hacia el infinito, puntiagudos, cortantes, atroces... Casas llenas de gente que me odia. El mundo entero no respira, no vive sino para mi muerte. Millones de personas que esperan su alegría... el día prometido... el de mi muerte.

Me invitaron a cenar. Habían recibido un envío de alimentos de Bretaña.

Lili era una mujer agradable, no muy habladora. En su forma de andar, de moverse, se notaba que era bailarina. Nos preparó una cena abundante, que me pareció un banquete después de tanto ayuno. Me quedé a dormir y al acostarme en la cama del cuarto pequeño pensé en la vez anterior con Pauline. Deseé que Lili no se hubiera enterado.

Poco después se marcharon a Alemania. Supe, más tarde, que lograron pasar a Dinamarca. El doctor Vanin se lamentó siempre de esta decisión.

Mi nombre es Lucette Almanzor, siempre pensé que mi apellido era de origen español, algunos dicen que es árabe-español. Todo el mundo me llama Lili. Soy la segunda mujer de Louis Destouches, nos casamos el 23 de febrero de 1943. Bien sabe Dios que yo no quería casarme. Llevaba viviendo con él s años y nunca necesité regularizar la situación en Alcaldía. Fue él quien se empeñó. Hasta mi madre se había acostumbrado y hacía tiempo que no insistía en que nos casáramos, pero a Louis le entró una especie de mala conciencia. Creía que le iba a pasar algo. Fue a partir de la derrota de los alemanes en Stalingrado... Un buen día se presentó en casa con el pintor Gen Paul y, con los papeles en regla, fuimos a la Alcaldía y nos casamos... Tuvimos que buscar allí mismo un segundo testigo. Él tenía cuarenta y nueve años, yo veintiséis.

Sí, todo el mundo dice que soy una mujer paciente. La verdad es que lo soy. Para aguantar a Louis se necesita mucha paciencia... Y mucha ceguera. Dicen que el amor es ciego, pues eso debe de ser. No son horas de arrepentimientos, pero la verdad... cuando se ponía inaguantable lo conseguía de veras. Sus manías con el dinero eran insoportables.

Se creía perseguido por la gente, aunque a veces era verdad. Luego esas ideas sobre los judíos... sobre los bolcheviques y, al final, después de todos los calvarios, aquí, en Meudon, le dio por los chinos. Los chinos nos iban a invadir... los chinos llegaban por el Sena.

Sus cambios de humor sobrevenían sin motivo aparente, igual que cambia el tiempo: la lluvia y el sol. Quizá a otras, antes de conocerlo yo, les tocó el Louis simpático —cuando quería serlo lo era, y mucho—, el Louis brillante conversador, el Louis lleno de vida, curioso y culto. Yo también conocí esas facetas, pero me tocó, sobre todo, el otro Louis, el melancólico, el triste, el descuidado consigo y con su entorno. Sus dolores de cabeza que le hacían perderse durante horas, como si hubiera entrado en coma. Sus luchas sin cuartel para escribir: me hacía sentarme días enteros para escuchar su lectura... la música de sus palabras en el

papel, decía.

Fue al inicio de la guerra cuando comenzó a vestirse como un vagabundo. Se ponía pantalones que le venían cada vez más holgados, no sé si porque se daban de sí o porque él adelgazaba. El hecho es que los pantalones le quedaban grandes. No contento con eso, se los ataba a la cintura con una cuerda. Conseguía tener un aspecto andrajoso. Se ponía las camisas arrugadas (no las llevaba nunca a planchar ni le gustaba que yo lo hiciera). Encima de ellas, a partir del otoño y durante todo el invierno, un jersey marinero de lana gruesa. Aunque era muy pulcro con su cuerpo, su pelo lacio muchas veces daba la sensación de desaseo.

Se diría que la guerra le había imbuido la idea de provisionalidad. En casa, los libros andaban amontonados por el suelo. Me acostumbré a esa dejadez y, aunque siempre cuidé mi forma de vestir, mi peinado, mis pocas pinturas en la cara... acabé por aceptar un entorno siempre provisional y degradado.

Sé que tuvo bastantes amantes. Conocí a muchas, pero, que yo sepa, no ejerció de donjuán viviendo yo con él. «Las mujeres están ahí para hacerme perder la savia», decía. Buscaba en ellas la excitación que le producía la perfección... pero la perfección es rara. Era tan crítico que difícilmente encontraba el objeto de sus deseos. Eso sí, ponía notas a las mujeres que pasaban por la calle. Era un juego. Según él la nota más alta la obtenían las bailarinas, «que no tocan apenas el suelo».

—Encuentro en las bailarinas esa línea corporal que no se da en las demás mujeres. Esa línea inmóvil que dibujan sus manos, sus brazos, su tronco, sus piernas. A una buena bailarina lo único que le sobra es el tutu, ese invento ridículo y vaticanista.

Le gustaba mirar... me consta. Le gustaba mirar a dos mujeres acariciarse, hacer el amor, pero nunca me pidió claramente que entrara en tales juegos. Nuestro sexo en común fue más bien pausado, con grandes temporadas de ausencia. El amor tomaba la forma de un cariño, tierno, sí,

pero exento de pasión sexual.

Desde que estalló la guerra, todo fue sufrimiento, un gólgota continuo, un auténtico camino hacia el desastre. Se diría que él buscaba un castigo. No quiso marcharse a Inglaterra cuando llegamos a La Rochelle en aquella huida sin destino de 1940; luego, al final de la Ocupación, tampoco quiso bajar a España como le indicó Antonio Zuloaga, un amigo agregado de prensa en la embajada española, y emprendimos una huida enloquecida, sin sentido, que acabó en la prisión de Dinamarca.

Sólo el amor... y el miedo al vacío pueden explicar la vida que he llevado. El amor, cuando se es joven y el hombre tiene una fuerte personalidad, es, en la mujer, la destrucción. ¿Qué queda de nosotras cuando él se va o desaparece? Y no es que me considerara ama de casa, todo lo contrario, siempre ejercí, de una u otra manera, mi vieja y querida profesión y, en verdad, sólo en la danza encontré sentido. Pero en una pareja desigual —¿y cuál no lo es?—, suele ser la mujer quien se destruye, quemándose la vida.

No quisiera parecer resentida con un pasado que ya no puede corregirse. He bailado todos los días de mi vida, y aún lo hago. Podía haberle abandonado, pero no lo hice. No sólo porque le quería, también porque hubiera sido una miserable cobardía.

Digo que bailo todos los días, aun en las peores circunstancias, porque la danza es para mí como la droga para el adicto. No sé vivir sin ella. Me ayuda, me abstrae de los problemas, me hace olvidar las miserias de la existencia. Por eso, en el fondo, nunca me sentí dominada, aunque lo pareciera, aunque desde fuera se crea que lo fui.

Recuerdo que Lifar, en cuya compañía de baile trabajaba, solía decírmelo:

—Eres una buena bailarina, con clase, pero acabarás mal con ese loco que tienes por marido.

Yo no contestaba, pero nunca pensé en dejar a Louis. Además, los riesgos, las dificultades, sólo se ven cuando están encima. Nunca piensas que lo vas a pasar tan mal; luego, cuando pasa el trago, te das cuentas de lo perra que es la vida.

Es verdad que Louis escribió dos libros contra los judíos antes de la guerra. Para él no eran gente de carne y hueso, sino una abstracción; todos a los que odiaba eran judíos. El Judío, en singular y con mayúsculas, venía a ser la representación del mal, el egoísmo, el poder opresor, el mal gusto, la insolidaridad, el materialismo y la miseria moral. Pero no es cierto, como se ha dicho, que fuera un colaboracionista. Odiaba a los nazis, los despreciaba tanto como a los bolcheviques. Nunca aceptó ningún cargo durante la Ocupación y sé que se los ofrecieron. Contaré dos anécdotas de aquellos tristes años. Juro que son verdad; yo fui testigo de ellas.

El embajador alemán, Otto Abetz, que se las Jaba de intelectual, invitó una noche a cenar a Louis.

Quiso, cosa extraña, que yo le acompañara. Acabábamos de casarnos. Allí estaban Drieu La Rochelle —que se suicidó al terminar la guerra—, Benoist-Méchin y otros. Gen Paul también fue con nosotros a la Rué de Lille donde Abetz tenía su casa. Se comentó lo de Stalingrado y Louis les dijo:

—Están ustedes perdidos, amigo Abetz, nadie les salvará. Los bolcheviques poseen algo de lo que ustedes carecen: moral de victoria. Tienen detrás a un pueblo que cree haber hecho la Revolución y no está dispuesto a que cuatro señoritos rubios se la arrebaten. Lo de Stalingrado sólo es el principio; a partir de ahora, todo serán derrotas. Hasta De Gaulle se les meará encima. No pasará mucho tiempo para que los veamos salir corriendo con el rabo entre las piernas.

Se hizo un tenso silencio. Drieu sonreía con embarazo.

—Tiene usted, querido Destouches, un raro sentido del humor —dijo

al rato el embajador, quitándole importancia.

Louis insistió:

—¿Cree que bromeo? Nunca he hablado tan en serio. Piensan que Hitler les salvará con alguna genialidad. Se equivocan. Hace mucho tiempo que Hitler ha sido sustituido por un judío que se le parece, es casi igual, pero este sosia trabaja para el enemigo.

De pronto, Louis se levantó y dando grandes pasos por el comedor se puso a imitar a Hitler, hablando en un alemán de comedia. Me asusté. Los camareros miraban espantados. Louis no se detenía. Abetz estaba petrificado en su silla. Poco después se levantó:

—Este hombre delira. Son sus heridas de la guerra —dijo justificándose ante sus empleados.

Nos hicieron salir por la puerta de servicio y, como si Louis estuviera enfermo, nos acompañaron en un coche a casa.

Temí, durante días, que viniera la Gestapo a buscarnos. Louis no hizo ningún comentario, pero, a veces, recordaba el incidente con Gen Paul y ambos reían de muy buena gana.

Le gustaba provocar y nunca midió las consecuencias de sus actos. Tenía un sentido de la realidad distorsionante y peligroso.

La segunda anécdota tiene caracteres siniestros.

En la primavera de 1943, tras el desastre alemán en Stalingrado, empezó a notarse la Resistencia en París. En el barrio, más o menos todos sabíamos quiénes simpatizaban con ella. En nuestra casa la portera no se recataba en mostrar su actividad de resistente, que consistía en transmitir mensajes. Debajo de nuestro piso, en la Rué Girardon, vivían Robert Champfleury y su mujer Simone. Trabajaban para la Resistencia y nunca dejaron de ser amigos nuestros. La verdad es que ponían tan alto el volumen de la radio para escuchar la BBC que a través del suelo de nuestra vivienda solíamos enterarnos de las noticias y comentarios radiados desde Londres por los gaullistas. Louis comentaba con

Champfleury la marcha de la guerra con total naturalidad.

Pasamos el verano del 43 en St. Malo, para lo cual conseguimos un permiso especial, pues, por ser zona costera, no se dejaba habitar allí sino a los residentes y nosotros no lo éramos. A la vuelta del verano recibimos el primer ataúd. Llegó por correo una mañana. El paquete me lo entregó el cartero y creí que se trataba de unas muestras de medicamentos. Cuando Louis lo abrió me llevé un susto de muerte: era un ataúd en miniatura, perfectamente acabado, pintado de negro, con una nota en su interior que decía: «Muerte a los traidores». Hubo dos envíos más de la misma naturaleza.

—Vendrá pronto el día de la venganza y me matarán —dijo Louis—. La venganza no necesita un motivo, basta con una apariencia. Los millones de vengadores que habitan la ciudad saldrán a la calle a vengarse de... nada. De su mala existencia de pobres y miserables almas incapaces de un pensamiento propio. Vendrán a vengarse de su impotencia ante la vida que llevan, triste, arruinada y... merecida. Se vengarán de toda la mierda que les cubre hasta las orejas. Se levantarán los miles y miles de asesinos, de caníbales, de almas muertas. Entrarán por esa puerta y nos aplastarán.

Una noche llamaron a la puerta. Era Robert Champfleury, nuestro vecino, acompañado de un muchacho con la cara amoratada, llena de cardenales. Traía, además, la mano derecha destrozada. Louis le hizo la primera cura y, al día siguiente, se lo llevó a Bézons, donde le escayolaron los dedos rotos. Champfleury nos lo aclaró: había sido torturado por la Gestapo y consiguió escapar durante un traslado. Louis no quiso hablar con nuestros vecinos de los ataúdes recibidos, pero yo, sin él saberlo, se lo dije a Simone.

Al día siguiente los Champfleury subieron a vernos y nos ofrecieron ponernos al cuidado de la Resistencia en Bretaña, donde tenían contactos. Louis le quitó importancia al asunto y se negó a aceptar el favor. Cuando

se fueron, me regañó por haberles contado lo del envío de los ataúdes.

El 6 de junio de 1944 comenzó la operación Overlord, el desembarco en las playas de Normandía, por St. Vaast. El Ejército aliado ponía los pies en Francia. Los resistentes de la FFI multiplicaron sus acciones de sabotaje. El 10 de junio nos enteramos de que, como represalia, las SS habían masacrado a niños y mujeres dentro de la iglesia de Ora-dour-Sur-Glane, donde se habían encerrado.

La derrota de los alemanes se palpaba en las calles. Las voces de Vichy, tan altisonantes durante la Ocupación, desaparecieron. Louis mostraba una tranquilidad inexplicable. El 13 de junio me senté frente a él y le dije:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Quieres quedarte? ¿No tienes miedo a esos «vengadores»?

Se me quedó mirando, con una sonrisa rara.

—Bien... —dijo—, iremos al norte, a Dinamarca... Allí tengo dinero.

Creí que deliraba, pero luego resultó ser verdad. Sacó unos papeles del bolsillo. Eran unos salvoconductos a nombre de Louis-Francpis Deletang, nacido en Montreal, de profesión representante, y Lucille Aleante, nacida en Pondichéry, profesora de gimnasia. Los documentos tenían fecha del 8 de febrero de 1944. Eran nuestras identidades falsas.

Nuestro gato, *Bébert*, también tenía su pasaporte. Louis se había ocupado de todo, pero no parecía resuelto a usar las falsificaciones. Dos días después decidió que partiéramos.

—Iremos tres meses al norte —me dijo.

En un plazo de horas malvendí lo que teníamos y sacó de la caja fuerte de un banco, cuya existencia yo ignoraba, una cantidad bastante grande de dinero, el cual, piezas de oro incluidas, lo cosimos a la ropa. Sus ahorros de avaro no servirían de mucho en aquella huida hacia el desastre alemán. El 17 de junio salimos de la estación del Este. Ese mismo día llegamos a Baden-Baden.

¿Por qué marchar?, me pregunto ahora, ¿por miedo a las amenazas recibidas? ¿O quizá por no tomar partido al lado de los próximos vencedores, como hicieron tantos? Para Louis, en sus desvaríos, pesaba más lo segundo que lo primero. Él imaginaba a los que nada hicieron por impedir la derrota, a quienes recibieron con un silencio cómplice o complaciente a los alemanes y a Pétain, convertidos, por mano ajena, en salvadores de la patria. El espectáculo podía ser repugnante, pero, con todo, pienso que a Louis, incapaz de cambiar de chaqueta, le hubieran fusilado.

Se había convertido en una pieza de caza mayor. Un escritor siempre lo es y, como dijo Sartre al final de la guerra a propósito del fusilamiento de Brasillach: «Las palabras matan». Claro que siempre se piensa que matan las palabras del que está enfrente, no las propias.

En el hotel Brenner, el más elegante de Baden-Baden, que el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán requisó para los refugiados franceses, pasamos más de dos meses. Mantequilla, caviar, mermelada, salmón, bebidas... Mientras aquel mundo se hundía, la gente bien seguía con su vida habitual como si nada ocurriera. Recuerdo que paseaban por la calle y frecuentaban el hotel oficiales alemanes convalecientes o de permiso. Con ellos siempre estaba Corinne Luvhaire, una maravillosa criatura. Su padre, Jean Luchaire, fue presidente de la Asociación de la Prensa en París durante la Ocupación y llegó con su familia a primeros de agosto. Corinne, entonces de veintitrés años, era una actriz conocida. Tenía una cara bellísima de niña mayor, de niña impúdica. En aquel mundo delirante había decidido ser la Madelon de la ¡todavía elegante tropa alemana!. Para ella era una fiesta, la última fiesta.

Volvimos a verla en Sigmaringen. Desde allí, los Luchaire huyeron a Italia y cayeron prisioneros. Jean Luchaire, su padre, fue fusilado, creo que en Niza. Ella murió en 1950; tenía treinta años. Quizá presentía un futuro aún peor.

—La vida no es muy larga —decía—, los primeros dieciocho o veinte años te los pasas del colegio a casa y de la represión a la represión. Nos han tocado malos tiempos y hay que aprovecharse. He trabajado en ocho películas. No está mal. La primera vez que me acosté con un muchacho tenía diecinueve años; no hace, pues, mucho tiempo, y sin embargo, me parece que ha pasado un siglo. Llevo un cuaderno donde apunto todos... y todas —dijo riendo—, con quienes he estado en la cama... Bueno, no sólo en; la cama, porque últimamente he descubierto que los tiempos exigen una actividad más apremiante y las alfombras de un salón o el prado bajo la luna resultan sitios más apropiados. ¿Has probado el sexo en grupo? —me preguntó de repente, pero no contesté y siguió con su historia—. Estos muchachos alemanes, rubios, hermosos, grandes, son como niños a los que hay que enseñar... pero aprenden rápido. Disfrutan del sexo con la avidez de los recién llegados. Mira... la muerte, como quien dice, está a la vuelta de la esquina y esa proximidad, física, palpable y gris de la muerte exige la medicina de la vida. El sexo es la vida en estado puro. Cuando muera, en el último minuto, quiero recordar todos los falos, los dedos, las lenguas, las posturas, los gritos y las risas que se han metido entre mis piernas. Tienes unas piernas bonitas —me dijo—. ¿Te gustan las mías? —Y *alzó* hasta la cintura su falda roja plisada. Llevaba una braga diminuta y ancha, de seda también roja. Sus piernas eran, en verdad, magníficas.

La última vez que hablé con ella en Baden-Baden, poco antes de que nos marcháramos a Berlín, vino a verme compungida.

—Todo iba bien —me dijo— hasta que apareció esa Fischer, la secretaria de Schleman, el oficial de las SS, no sé quién la invitó a la fiesta. Había cuatro conmigo en la *suite* nupcial del balneario, cuando apareció ella diciéndome que los legionarios franceses la habían azotado en Marruecos. Se desnudó y, con un cinturón de cuero que llevaba, comenzó a sacudirme como si fuese una estera. «¿Te gusta, verdad?»,

decía. Me negué. Entonces me amenazó con la deportación. Esta gente se cree que estamos en el 39. Idiotas. Menos mal que los chicos la calmaron, pero tuve que dejarme manosear por esa rubia odiosa. Por primera vez tuve la sensación de suciedad en el sexo.

No todo son rosas, pensé. Luego la consolé. En aquellas circunstancias podía entender la actitud de Corinne, pero me era imposible imaginar siquiera que yo hiciese algo parecido. Para mí el sexo necesita plena atención y reposo. No lo puedo entender entre la preocupación, la muerte y las bombas.

El 16 de agosto, llegé en tren Le Vigan. Vino con lo puesto, chamuscado por las bombas, sin equipaje ni dinero. Estaba aterrado y sólo a ratos era capaz de bromear. Se encontraba en Niza rodando una película con Marcel Carné (*Les enfants du paradis* era el título) cuando desembarcaron los aliados en Normandía. Le entró el pánico —había hecho de locutor a favor de Vichy— y huyó con una mano delante y otra detrás. Recorreríamos juntos muchos kilómetros de locura compartida.

Louis consiguió del doctor Hanboldt, a quien había conocido en Berlín antes de la guerra, un salvoconducto para salir de Baden-Baden. Lo único que pretendía era llegar al norte, a Dinamarca, su obsesión.

El 24 de agosto el general Leclerc entró en París. A primeros de septiembre salimos hacia Berlín Louis, Le Vigan, el gato y yo.

Berlín era una ciudad fantasma. Muchos edificios conservaban sus fachadas pero por detrás todo era ruina. Louis se empeñó en ir al mejor hotel de la ciudad. Su comportamiento ahorrador, avaro en muchas ocasiones, dio paso a una especie de necesidad de gastar rápido lo que llevábamos encima. A la entrada del hotel un portero vestido con sus mejores entorchados nos recibió como a príncipes. Le Vigan intentaba ocultar su traje bajo una canadiense que le regaló Louis. Éste llevaba un traje de cheviot de hacía diez años con más pliegues que un trapo y una cesta de mimbre al brazo donde iba *Bébert*. Recuerdo mis zapatos con

vergüenza: estaban destrozados. Un botones recogió las maletas del taxi que milagrosamente encontramos en la estación. «Dos habitaciones», dijo Louis a un recepcionista uniformado. Estábamos anotando nuestros datos en los largos formularios cuando el gato sacó, silencioso, la cabeza del cesto.

—¡Un gato! —Casi gritó el estirado recepcionista.

—Sí, un gato... un gato normal. No muerde.

—No podemos recibir animales en este hotel.

Recogió nuestros papeles, indicó al botones de las maletas la puerta y salimos como apestados. Louis se volvió y soltó un exabrupto, pero nos fuimos a la calle. Menos mal que encontramos un hotel que, aunque más barato, era más tolerante con los animales.

En aquellos días berlineses Louis buscó trabajo en la costa para salir en barco a Dinamarca. Parecía Moisés buscando la tierra prometida. Consiguió que le equipararan a un médico alemán e inmediatamente dejamos a Le Vigan al cuidado del gato y fuimos a Warnemünde. Era imposible embarcarse. Si queríamos llegar a Dinamarca, teníamos que ir nadando.

De vuelta en Berlín, el doctor Hanboldt le consiguió a Louis un trabajo en el campo cercano de Brandeburgo, en un lugar llamado Kránzlin.

Allí fuimos de la mano de Hanboldt, que para la ocasión se había puesto el uniforme de Waffen SS.

El latifundio al que estábamos destinados era propiedad de los Scherz, una vieja y poderosa familia que vivía en una enorme casa de campo del siglo XIX. En los bajos de la casa, con las ventanas a ras de tierra y el suelo de las habitaciones hundido en el terreno, pasamos algún tiempo sin agua caliente y con alimentos miserables. Los alrededores estaban llenos de barracones donde habitaban los prisioneros, encargados de trabajar en aquel enorme fundo.

Rusos, lituanos, polacos, griegos, franceses, gitanos... la torre de Babel. Louis ejercía de médico, pero apenas disponía de instrumental y, menos aún, de medicinas. El dueño, Erich Scherz, que tenía más de ochenta años, era un antiguo capitán de caballería y seguía ejerciendo de tal voceando de la mañana a la noche. Su hijo, del mismo nombre, estaba paralítico y vivía en el pabellón de los jardineros con su esposa Asta. Había cumplido los cuarenta y para trasladarse de un lugar a otro disponía de un ruso sobre quien se subía a horcajadas. No sólo eso, el joven Scherz llevaba una fusta que no dudaba en utilizar, bien para indicar el camino al silencioso ruso, bien para animarle, golpeándole los flancos si quería ir más deprisa. Frente a la casa pasaba una carretera que parecía ir, a la vez, lejos y a ninguna parte.

—He aprendido a no pensar —le dijo a Louis un médico griego allí deportado que le servía de asistente.

—Difícil tarea —contestó Louis, sonriendo.

—Todo es ponerse. Llevo tres años en campos de concentración y sé muy bien que ellos saben lo que estás pensando con sólo mirarte. Hace dos años que, si quiero, consigo no pensar... No se trata de imaginar memeces, de perderse en cosas lejanas, baladíes o intrascendentes... Yo consigo no pensar, dejar mi mente en blanco. Es muy útil, así he sobrevivido. Le puedo enseñar... Le aseguro que se descansa mucho —concluyó.

Un clan de gitanos tenía un caballo guardado clandestinamente en una habitación del piso bajo. Fue Le Vigan, obsesionado con la alimentación, quien lo descubrió una tarde.

—Hay un caballo blanco en una habitación —nos dijo.

—Puesto a delirar, podías haber imaginado un par de vacas; son mucho más sabrosas y dan leche —le contestó Louis.

—Te juro que es un caballo, un caballo blanco.

—Completamente blanco, ¿verdad? Ni una mota negra. El caballo de

Napoleón.

—Vamos a verlo.

—No estoy de humor, Vigan; además, ya hice la guerra en caballería y terminé harto de los equinos.

—Ven conmigo Lili —me dijo.

Había angustia en su cara, quizá temía que Louis tuviera razón y él delirara. Pero no. Por la amplia cerradura se veía a la luz del atardecer un hermoso caballo blanco de pie —los caballos no se tumban más que para morir—, libre entre los muebles de una habitación como las nuestras.

Al día siguiente montamos guardia escondidos en el pasillo y a cierta hora apareció una mujer gitana con una brazada de hierba atada con una cuerda. Abrió la puerta con su llave y luego salió con un caldero que al rato trajo lleno de agua. El caballo debía de estar sediento, pues aún hizo otro viaje para buscar más agua.

Louis, a quien las cosas delirantes le atraían, no paró hasta conseguir una confidencia de los gitanos. Vivían en condiciones mucho peores que el caballo. Era su caballo, el animal que algún día engancharían al carro familiar para recorrer, libres otra vez, el ancho mundo. Nunca supimos cómo lo habían metido allí.

En octubre nos enteramos de que los refugiados franceses, con el gobierno de Vichy a la cabeza, estaban en Sigmaringen, en un castillo a orillas del Danubio. Le Vigan insistía en ir allí. Al fin encontró el argumento:

—Hay franceses que necesitarán tu ayuda como médico. Es preferible curar a gente de tu misma lengua que andar entre desconocidos.

Fernand Briñón estaba también en Sigmaringen, preparando el nuevo orden que habría de imponerse cuando los alemanes ganaran la guerra. Louis le escribió y, cosa rara, en menos de una semana tuvimos asegurado el salvoconducto y nuestra estancia en Sigmaringen.

Decidimos partir y con este motivo el joven Erich Scherz y su esposa

nos invitaron a comer a su pabellón.

Allí estaba, de plantón, el oso ruso sobre cuyas espaldas viajaba el paralítico. Dos prostitutas deportadas de Berlín hacían las veces de camareras. Vestidas con cofia, uniforme y... con los pies descalzos. La cocinera era una *madame* de un burdel berlinés, condenada también a trabajos forzados.

La comida fue un auténtico banquete para unos hambrientos como nosotros. Estaban sirviéndonos el segundo plato, una chuleta ahumada con patatas y chucrut que daba gloria verla y, sobre todo, olería, cuando se oyó un fortísimo silbido e inmediatamente una explosión ensordecedora. Un avión alemán se había estrellado contra el suelo haciendo un cráter en la tierra.

Vimos disiparse el humo desde el ventanal. Scherz, sobre la espalda del ruso, al ver sacar los cadáveres rotos de los dos pilotos, dijo, como si nada: «Volvamos a la mesa: la chuleta ahumada se va a enfriar». Nos sentamos en silencio y nadie comentó el incidente.

Al día siguiente, el tren, por una vez sin bombardeos, nos llevó lentamente a Sigmaringen. Empezaba nuestra última etapa en una Alemania que se acababa. Era ya noviembre y hacía frío... un frío que todavía me dura.

Comenzado noviembre, corrió el rumor en Sigmaringen: «Celine está aquí». Fue una memorable entrada en escena. Llevaba una gorra de tela azul marino como las de los maquinistas de principios de siglo. Dos zamarras superpuestas le aliviaban del frío. Un par de botas atadas por sus propios cordones le colgaban del cuello. En su antebrazo derecho sostenía una cesta de mimbre, como las que usaban antes las lavanderas, y dentro de la cesta había un gato, el más literario de Francia: un gato llamado *Bébert*, como el personaje de la primera novela de Louis. Con él venían su mujer, Lili, y también Le Vigan. Al verlos tan tronados, no pude sino mirarme retratada en ellos, aunque conservara parte de mis

atuendos de antaño.

—¡Lucienne, Lucienne Desfbrgue! —gritó Le Vigan—. ¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia —contesté. Los abracé con ganas y, por un momento, sentí el calor protector de la vieja amistad, del cariño pasado hacía un siglo... de 1935.

Hitler ordenó a finales de agosto la retirada del gobierno de Vichy en dirección al Rin. Supongo que no tanto para salvarles la vida como por mantener la ficción de un gobierno títere en caso de una eventual caída de Francia. Hizo desalojar el castillo de Sigmaringen, que pertenecía a los Hohenzollern, parientes de la antigua familia imperial. Sigmaringen está sobre el río, en una curva que traza el Danubio a menos de cincuenta kilómetros del lago Constanza. En tiempos normales es un sitio maravilloso. En aquellas circunstancias era un manicomio y no creo que nadie se entretuviera en admirar el abigarramiento de estilos que los siglos dejaron en la ciudad.

Llegué con mi amante a Sigmaringen a primeros de septiembre. He dicho con mi amante, y es falso. Llegué dos días después. Él viajó con su «familia legítima», concretamente con su esposa y su madre. Yo le seguí con la idiotez transitoria de quien se aferra a un amor desigual y, visto a través del tiempo, humillante.

No diré su nombre. Casi veinte años después eso apenas importa, pero, aunque el pasado no pueda rehacerse sino como mucho aderezarse y aunque sea dudoso que tenga el mínimo interés, ese pasado es mi vida y he de convivir con él. Me enamoré de un hombre que tenía la virtud de ilusionar. Es difícil entender hoy el comportamiento de una persona como yo: relativamente cínica, nada politizada, apenas enraizada en la clase llamada burguesa, que, empero, juntó insensatamente su destino al de un hombre metido de hoz y coz en un mundo tan mezquino como todos los mundos, pero que para él contenía la explicación de los demás

mundos y el instrumento para su dominio. A esto se añade, sobre todo, la confusión del momento. Me explico: pensaba entonces que cada instante, que cada decisión, es reversible, como en un juego en el que se apuesta pensando en desdecirse.

Este amante que me torció la vida era un fascista alegre, revolucionario, lleno de ideas, que llegado el momento ni siquiera tuvo el coraje de dejar a su esposa en París y la llevó consigo a aquel absurdo exilio.

Y me fui detrás como una necia. ¿Qué me hizo decidirme? No fue la oferta de un mundo sin sobresaltos. No era imbécil. Sabía bien que lo más probable era la derrota de aquel pequeño mundo de ilusos y miserables... que de todo había. Fui, seguramente, para ver el final de una aventura en la que participé apenas como espectadora de una decadente peripecia.

La llegada de Louis y de su gente, me llevó, en cierta forma, a la realidad de antaño. A partir de su llegada y hasta su marcha a Copenhague me dediqué a ensayar al piano, a tocar mis conciertos libre y sin trabas y, sobre todo, a aprender a bailar. No conocía a Lili, aunque sabía de su existencia, pero me hice inmediatamente amiga suya. Era fácil conseguirlo. Le pedí que me enseñara el arte de la danza. Por las mañanas, muy temprano, íbamos al castillo, residencia de Pétain y de su gobierno, donde la mujer de Louis había conseguido para su trabajo una gran sala, helada, con el suelo de mármol. Ella bailaba allí. Todos los días, durante una hora o dos, me enseñaba los primeros pasos. Esta sala de mármol estaba cerca del salón de música donde yo ensayaba por la tarde. Lili, en silencio, me acompañaba durante mis ensayos. Apenas hablaba, pero yo la trataba como lo que acabó siendo, mi amiga y confidente. No sé, ni entonces me importaba, si estaba enterada de mi antigua relación con Louis y, aunque probablemente lo sabía, jamás hablamos de ello.

Yo preparaba mis conciertos, que daba rigurosamente todas las semanas con entrada libre para la colonia francesa. Debussy y Ravel, con entremeses de Mozart. Mucho Debussy, mucho Ravel, para aquellos reaccionarios y sus imbéciles esposas, con Bach y Frescobaldi como postre.

Louis y Lili vivían en el Lowen, en la habitación 11, yo estaba en el Báren y en un cuarto cercano instalaron a Le Vigan. En el castillo donde Lili y yo ensayábamos vivía la crema de Vichy, ya lo he dicho. En el último piso instalaron a Pétain, que era un viejo de mierda, con su camarilla. Más abajo a Laval, un tipo amargo, que arrastraba las palabras con su acento de la Auvernia. Los ministros se dividían en dos categorías: los «pasivos» y los «activos». Eran «pasivos» los que, conscientes de la fábula de la victoria final, llevaban a cabo la comedia con cierta dignidad decadente. Dignidad que algunos perdieron cuando, más tarde, hubieron de enfrentarse al pelotón de ejecución. Los «activos» eran insufribles con su aire de: «Esto pasará y volveremos a mandar». Entre éstos, el que más se movía era Fernand Briñón, y su secretaria para todo, Simone Mitre.

Al lado de Briñón solía verse al ministro del Interior, un tal Darnand, que organizaba comités para todo. Llegó a organizar uno para animales, del cual encargó a Lili porque tenía un gato. Entre los más activos se encontraba el general Bridoux, otro militar de seco, barrigudo y estúpido. En fin, una fauna llena de achaques a la que Louis y su ayudante, el doctor Jacquot, atendían. Louis, además, ejercía su viejo oficio de samaritano con el resto de la colonia, es decir, los «colaboracionistas de base»: gripes, tisis, otitis... y, sobre todo, venéreas de todas clases. Ya se sabe, la guerra y la miseria traen consigo las más variadas enfermedades. Lo que no adjuntan miseria y guerra es medicamentos y Louis gastaba su dinero en conseguirlos, comprando los pocos que había en las dos farmacias del pueblo y los que milagrosamente llegaban de contrabando provenientes de Suiza. De vez

en cuando ejercía de médico partero en un convento transformado en maternidad. Una no llega a explicarse cómo en aquellos tiempos había gente dispuesta a traer niños al mundo... pero sí la había. La verdad es que Louis, sin poder escribir, aunque iba a la biblioteca del castillo a leer, dedicaba buena parte de su tiempo a curar. Ocupaba la clínica del dentista local, que había sido movilizado, y a deshoras recibía en su habitación, donde Lili ejercía de enfermera ayudante. No sé qué éxito pudo tener en sus labores curativas, pero todo el mundo hablaba bien de él. Esa especie de sacerdocio laico y paternal que los médicos ejercen es bien recibido por la gente, especialmente, cuando a las dolencias físicas se unen, como era el caso, las del espíritu.

El 22 de noviembre de 1944 Leclerc entró con sus tanques en Estrasburgo. La noticia se recibió como un mazazo... Las caras eran largas y los más adictos al mariscal Pétain ni siquiera salían de sus habitaciones del castillo. Todo eran planes para pasar a Suiza y de allí a España o a Latinoamérica. Sin embargo, cuando a mediados de diciembre y con un frío espantoso los alemanes iniciaron la ofensiva en Las Arderías, aquellos carcamales cambiaron otra vez de aspecto y de conversación. El general Bridoux se puso sus mejores entorchados y comenzaron a repartirse las pieles de todos los osos que ya no cazarían. El pesimismo desquiciado de Louis era de las pocas constantes razonables que allí quedaban. Su aspecto, buscadamente miserable, le hacía acreedor de las miradas despectivas de todas las señoronas venidas a menos, añorantes del balneario de Vichy o del París de la anteguerra, que pululaban sin que nadie les hiciera ver su decadencia física, mental y política. Una ruina patética y definitiva. Una noche de fines de diciembre, a la salida de mi particular concierto, le hallé hablando con Abetz, antiguo embajador alemán en París. Me acerqué del brazo de Lili a la tertulia. Louis decía:

—Querido embajador, una vez, no hace tanto tiempo, aunque parezca

que ha pasado una eternidad, le dije que serían barridos de la historia. Dentro de algunos años nadie se acordará de Hitler. Ya ve, hasta le quieren dinamitar sus militares y es una pena que no hayan tenido éxito porque, de haberlo conseguido, podrían firmar un armisticio con los yanquis y hasta sería posible salvar alguna cosa del naufragio. Pero los alemanes se empeñan en continuar... es su delirio, quieren seguir, nunca se rinden a la evidencia. Han perdido la guerra y continúan soñando con ganarla, pero ¡hombres de Dios!, por qué no descansan ya entre tanta tumba.

—Admirado Destouches —contestó Abetz—, acabamos de desencadenar un ataque definitivo en Las Ardenas y usted viene con ésas. Dentro de pocos días estaremos otra vez en París y usted dirá otra cosa.

—Ya dice Goebbels que el Ejército alemán no se retira, simplemente realiza «avances elásticos hacia la retaguardia». Pero esto también tiene un límite, porque ya les queda poca retaguardia.

—No sea derrotista —intentó finalizar Abetz.

—¿Derrotista? ¿Qué ventaja tiene eso? Mire usted, cuando lleguen aquí los gaullistas, a los alemanes, sobre todo si van de uniforme —y en los últimos años todos los que he visto lo llevan puesto o tienen uno en el armario—, los dejarán en paz. Es bien sabido que los militares no se muerden entre ellos: ni Wellington ajustició a Napoleón ni Von Paulus ha sido fusilado por los rusos, pero de los civiles que aquí estamos no van a quedar ni las raspas, ítem más, a tipos como yo, bocazas, escritores y sin padrinos, nos darán un último paseo al amanecer y ojalá que no llueva. Porque, si llueve, nos ejecutarán empapados y de mala gana. Dígame Abetz, cuando a uno le fusilan debe tener aprendido un grito, ¿qué sé yo?, ¡viva Francia!, ¡venceremos!, o cualquier otra insensatez... Pero ¿qué voy a gritar yo? Lo único que se me ocurrirá en un momento tan heroico será pedir un té con limón. Cosa que resultará, estoy seguro, ridícula y pedestre.

—Eso no llegará. Serán ellos quienes pedirán té —concluyó Abetz.

—Por si acaso, nos gustaría marcharnos cuanto antes.

La obsesión de Louis por escapar a Dinamarca era conocida por toda la colonia. Nadie la tomaba en serio, sólo él.

—Lili, cuando nos vayamos, se vendrá con nosotros la pequeña Delforgue —decía.

—Si ella quiere, estaré encantada —contestaba Lili en mi presencia.

Cuando llegó el momento, preferí la inacción a la huida.

Realmente la locura de Louis no era nada comparada con la locura universal que reinaba en Sigmaringen.

Una noche, al final de enero, nos invitó a cenar Pierre Laval. Allí estaban todos «los pasivos» del Gobierno de Vichy. La cena se desarrolló como si la guerra no existiera. Aquellos insensatos hablaban de literatura, de música, como si estuvieran en el París de 1927. Sin embargo, se les notaba un decaimiento que era más visible en Laval, a quien su acento overnés, como ya he dicho, le hacía arrastrar las palabras igual que los ancianos arrastran las zapatillas. De pronto, Louis decidió animar la reunión.

—Señor presidente —dijo levantándose de su silla—, gracias por esta cena, mucho más abundante que la última cena de Cristo. Pero no crea que ésta tiene mejores presagios, nos acabarán crucificando a todos, con el agravante de que no tendremos en el futuro un san Pablo que nos deje bien para la historia. Lo de Luis XVI en la Place de la Concorde parecerá una broma inocente —se hizo un silencio y continuó enseguida—. Quisiera, presidente, que me nombrara gobernador. Gobernador de Saint-Pierre-et-Miquelon. Llegaré a esas islas y las liberaré, me haré coronar rey y, dada la confusión, nadie osará decir una palabra. Cuando pasen los años... les haré un hueco en mi corte. Será una corte nueva, donde el primer ministro se elegirá por sorteo. ¿Imaginan ustedes? Nada de elecciones democráticas... sino por sorteo. El Tribunal Supremo se

elegirá también mediante lotería entre los niños de las escuelas. Nada de viejos carcamales. Jóvenes infantes llenos de vida... y de arbitrariedad. Como los jueces de verdad, pero con más sentido del humor. Le insisto: hágame ese favor y no se arrepentirá.

Laval sonrió sin ganas, como hacía ya todo, y dijo:

—Vaya, doctor, no sabía de sus aficiones monárquicas y marineras. Mañana mismo ordenaré incluir su nombramiento en el Boletín de la República, pero no sé si queda papel.

Me reí y tuve sobre mí la mirada de mi rival, la mujer de mi amante, que con cara de desprecio hacía comentarios en voz baja.

A los pocos días, Louis se empeñó en pronunciar una conferencia «para levantar el ánimo de los intelectuales», decía. Acabó dándola en el Ayuntamiento de Sigmaringen. Fuimos todos, cada uno esperando una cosa.

Louis no defraudó. Estuvo delirante. Sus expresiones sobre la muerte que nos esperaba dejaron estupefactos a todos. Llevaba un cuarto de hora hablando cuando Corinne Luchaire, que tenía al lado a su amiguita ocasional Monique Joyce, comenzó a abrazarla y besarla sin ningún recato. Yo estaba precisamente detrás de ellas. Louis se dio cuenta de lo que pasaba, detuvo su discurso y comenzó otro verdaderamente guarro.

—Hemos llegado aquí —dijo—, y de aquí difícilmente vamos a salir, pero aún nos queda vida. Vida, sobre todo, de la cintura para abajo. Tomemos el ejemplo de esas chicas —y señaló hacia donde estaban las dos jóvenes—. Mírenlas bien, porque se han atrevido a deleitarnos a todos con algo que podrían disfrutar a solas. ¡Gracias! Tendremos que darles las gracias, tanto por lo que nos enseñan como por lo que agitan nuestra ya escasa imaginación. ¿Se imaginan ustedes, mis queridos amigos, mis amables amigas, lo que se esconde debajo, apenas oculto por su ropa?: blancura y turgencia. Unos muslos fuertes, musculosos, llenos de calor, con ese centro oscuro, presagio de humedades. ¡Ah, sus culos!,

maravillosos traseros que ahora mismo se aplastan en sus asientos, prisioneros de sus bragas de seda. Basta imaginarlos libres, sueltos, desnudos, para llegar al círculo que atormentaba a Giordano Bruno y que lo llevó a la hoguera. El centro del universo, el punto capital, deseando ser admirado, atropellado, penetrado... Y cerca de él, esa maravillosa maraña de terciopelo oscuro.

Las dos jóvenes ni se inmutaron. Es más, volvieron sus caras sonrientes hacia atrás y juntaron sus bocas que parecían verdaderamente hambrientas. Corinne desató la chaqueta de su amiga y le oprimió un seno como quien aprieta una pelota de goma. Louis continuó:

—Si esto no les levanta la moral, amigos, es que están mucho peor de lo que yo pensaba. Dos hermosas mujeres, juntas, abrazándose... es el más grande de los espectáculos. Quien no haya visto eso, nada sabe del mundo. Ningún placer se le iguala.

Lili estaba a mi lado, incómoda. La conferencia continuó por derroteros menos graciosos, aunque igualmente perdidos.

Pocos días más tarde apareció por Sigmaringen el nazi belga Léon Degrelle. Llevaba un bonito y planchado uniforme de las SS de la legión valona. Acababa de llegar del frente del este. Por la noche, mientras estábamos reunidos, se levantó y nos dijo:

—Os habla un soldado. Pronto entraremos en nuestro país, tomaremos Bruselas y París. Nosotros seremos los primeros en llegar a Bruselas, vosotros deberéis ser los primeros en entrar en París.

Se oyó una voz de bajo:

—¿Quién es este hijo de puta, con esa jeta de imbécil?

Era Louis, pero nadie, tampoco Degrelle, se dio por enterado.

El 6 de febrero de 1945 la radio gaullista anunció que Brasillach había sido fusilado. Se entregó a las autoridades el 14 del anterior septiembre. Luego nos enteramos de que intelectuales como Valéry, Claudel, Cocteau, Colette, Aymé, Claude Roy y Camus firmaron una

carta a su favor, a fin de que le conmutaran la pena de muerte. Fue en vano. La noticia dejó a todos en Sigmaringen sumidos en el miedo. Mi amante estuvo varios días encerrado en su cuarto, supongo que atendido por su esposa. Los intelectuales colaboracionistas metidos en aquella jaula comprobaron, si no lo habían hecho antes, que, en verdad, como Sartre había anunciado, «las palabras mataban».

Le di la noticia a Louis. Me miró en silencio y dijo:

—Todos llevamos el 75 impreso en el culo.

El artículo 75 del código penal condenaba a muerte a los culpables de alta traición. A Brasillach, uno de los intelectuales más virulentos de la derecha, animador del periódico fascista *Je suis partout*, le aplicaron precisamente ese artículo.

El 22 de febrero, en la carretera que lleva al lago Constanza, fue ametrallado y muerto Jacques Doriot. Me dijo Louis que tenía en el cuerpo treinta y dos proyectiles. Nunca se supo si le dispararon desde el aire o fueron los propios alemanes, con los cuales últimamente no se llevaba muy bien, quienes lo eliminaron. Sólo una semana antes nos había llegado la noticia de la destrucción de Dresde. El Ejército rojo progresaba por el este y los americanos avanzaban por el oeste. Nadie creía en un milagro del «invencible» ejército alemán. Louis me insistía:

—Intento conseguir un visado para Dinamarca. Allí tengo amigos y dinero. ¿Por qué no te vienes con nosotros? ¿Vas a seguir hasta la muerte a ese idiota que tienes como amante y a su estirada esposa?

Creí que nunca conseguiría el visado y aunque fuera capaz de conseguirlo también para mí, ¿qué hacer? Me dominaba una incapacidad para actuar que nunca había sentido. Tenía la sensación de que, aunque quisiera, no podría moverme. Estaba encerrada en una red imaginaria que me impedía salir. Deseaba que llegaran los americanos o Leclerc... ¡qué más daba! Y volver a casa... aunque fuera para ir a prisión. A prisión... nunca pensé en esa posibilidad. Yo no había hecho nada... Simplemente

seguir a un individuo al que no me unía políticamente cosa alguna. ¿Cómo se puede estar tan loca? Era atractivo, buen conversador y... buen amante por las tardes, porque de noche tenía que pasar lista con aquella insulsa criatura, hija de un juez del Tribunal Supremo. Claro, ¡cómo iba a abandonar a la hija de tan ilustre personaje! Al final de la guerra juzgaron a mi amante y no lo condenaron a muerte. Ya se sabe, los jueces se conocen entre ellos como los militares y, en efecto, no se muerden.

El 17 de marzo se supo del suicidio de Drieu La Rochelle en su casa. El gobierno provisional le ofreció pasar a Suiza, pero él no quiso. En la radio no ahorraron detalles. Drieu, que ya había intentado acabar con su vida dos veces, en esta ocasión tomó cianuro, se abrió las venas y dejó el gas abierto: no quiso dejar nada al azar. Hace muy poco se ha publicado la carta de despedida que envió a su hermano:

Me mato. No está prohibido por ninguna ley que me obligue, más bien lo contrario. La muerte es un sacrificio que me evitará ciertas suciedades, algunas debilidades y, por encima de ello, no me interesa lo suficiente la política como para llenar con la cárcel mis últimos días.

Al día siguiente, el 18 de marzo, les llegaron los visados a Lili y a Louis. Fue algo milagroso con lo que posiblemente él salvó la vida. No sabía entonces que dos semanas antes su madre había muerto en París.

El trenecillo carreta, con su locomotora alimentada con madera, salió de Sigmaringen la tarde del 22 de marzo de 1945. Louis, vestido con todos sus abrigos, parecía ir al Polo; el gato *Bébert* dentro de una cesta colgada del brazo; Lili, impecable, serena... Llevaban un gran equipaje que, pensé, no llegaría a su destino. Nos quedamos tristes. Poco después empezó la desbandada general. Unos intentaron pasar a Suiza, como la

familia Luchaire, y fueron rechazados, luego pasaron a Italia... Al padre de Corinne lo detuvieron allí y lo fusilaron.

Yo estuve algún tiempo en prisión, pero me pusieron en libertad sin cargos. Soporté durante años el desprecio que los bienpensantes dieron a los colaboracionistas. De poco sirvieron mis protestas. Mi carrera de pianista tardó en recuperarse y, cuando lo hizo, mi interés ya no era el de antes. Para tocar el piano es necesario aplicarse con pasión, pues el arte es todo lo contrario de la rutina.

He arreglado mi vida. Eso se dice cuando el tran-tran diario ya no trae sorpresas... un dolor de muelas... una gripe... un achaque y, a partir de cierta edad, el temor a la enfermedad grave... el cansancio. Poco a poco la vida escasea. Una se mira en el espejo y se ve como antes, el tiempo pasa imperceptible pero siniestro, implacable, derrotándote cada mañana. Ya no te pintas, te restauras. Pero es verdad que la ausencia de grandes penas se transformó hace tiempo en pequeñas alegrías que se agradecen... ¡qué remedio!: una agradable cena, un concierto... un cuadro, quizá una pasión de un par de horas. Ése es el equilibrio que nos conduce a un final tranquilo. Un susurro educado al oído nos indicará que llegó nuestra hora. Nos queda, eso sí, mirar atrás sin nostalgia. ¿Para qué la nostalgia? Con un cierto impudor se ven las locuras pasadas, desde la benevolencia para con nuestra juventud.

Me casé hace años... Ya se ve, soy feliz. No me aburro y para ello me miro las manos y toco el piano, uno nuevo, bien afinado. Me gustaría, es verdad, tocar para todos nosotros, los que nos conocimos en aquellos años: Louis, Cillie, Lili, Le Vigan... tantos que se fueron de mi vida.

Ahora Montmartre tiene otra luz, una luz más gris, más apagada, o a mí me lo parece. Quizá lo que le ocurre es bien simple: no está la misma gente. No deja de ser irrelevante comprobar una obviedad: nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Hace un año volví a Sigmaringen con mi marido. Un tipo alto hacía

de cicerone y con una cantinela mecánica nos explicaba la historia y el arte, los tapices del siglo xvii. Cuando le pregunté por Pétain, por Laval, por Vichy, todo lo que supo decirme fue: «Ahí tiene usted la cama en la que dormía Laval». Este guapo y desinformado guía le hubiera gustado a Louis Destouches, que en el libro que escribió sobre «el norte» profetizó que diez años después nadie sabría quién había sido Pétain o lo confundiría con el nombre de una sastrería.

Días antes de partir hacia Dinamarca la BBC calificó a Destouches de «enemigo de la humanidad». La verdad es bien distinta, y alguna vez se entenderá así. Destouches, como hombre de letras, era una voz no corrompida, representaba el lirismo desprovisto de doblez.

En el castillo de Sigmaringen hay una iglesia y un museo. En uno de los tres episodios de la leyenda de santa Úrsula, pintados en el siglo xvi por el maestro de Thalheim, destaca el terrible ojo de un arquero. Louis se reconocía en esa dolorosa mirada. Fue grande, anárquico y autoflagelante, y pagó un alto precio por el desprecio del que se alimentó. «Mis acusadores son todos funcionarios, yo no», eso dijo y era verdad.

Capítulo 5

¡El tren, por fin!... Parecía no hacer otra cosa que coger trenes... El caso es que llegó. Era el último... Un tren por llamarle de alguna forma, en realidad una locomotora enganchada a unos quince vagones. ¿Vagones? No, furgones desmantelados, sin tabiques ni puertas... Los viajeros subían y se instalaban entre cachivaches. «Será el último de esta línea», se decía. ¡Hala, arriba! Ya está, nos costó, pero ya está. Lili, *Bébert* en su zurrón y yo.

Con o sin fe, el tren arranca... ¡chum!... Los vagones de atrás patinan. Entramos en un revoltijo de traseros, tetas, brazos, pelos... apretujados, imbricados. Hay mujeres que hablan idiomas extranjeros... Las oigo parlotear lenguas en las que no se entienden ni las palabras simples que les dicen a sus chicos. Bastaría con que este viaje durase y las aprendería... ¿Facilidad para las lenguas? No, talento de recepcionista de hotel. El idioma es como un alimento, te paseas por delante y... ¡zas!, lo pescas, se te graba. El tren corre, avanza. El tren anda, en fin, a su manera, casi se sale de los raíles, se encarrila otra vez, se orienta, y sigue corriendo. Bueno, imaginemos por un momento la situación, consideremos los lugares donde entonces asomamos la cara... pronto hará treinta años. Recordemos el rescoldo de las ciudades. Las pasamos por docenas, consumidas a medias, poco más que cenizas, restos de escombros. Recuerdos... siempre con la sensación de que mejor sería no haber existido.

¡Me divierte el tren este!... Es cuestión de quedar comprimidos, prensados, despojados y estrujados, ya lo decía yo: no tardarán en sacar zumos de todos nuestros líquidos, orina, sudor y sangre... El vagón rebota, sólo pretende volcar, dar una voltereta en cada curva... Veo que desfilan, entre dos caderas y tres nuca, praderas, bosques y una granja...

¡ah!, y niños que juegan. Llevamos dos horas viendo pasar árboles... Esos árboles del norte: verdes, oscuros, pelados o perennes. Me parece que la locomotora se ha puesto a soplar... ¡sí!... hollín espeso. Entre dos piernas, creo ver por la ventana el terraplén... o sea que hay menos hollín, pero los ojos me arden, sí... sí... árboles. No sería extraño que apareciésemos momificados, ahumados al final de este apretado trayecto.

De pronto, el gran frenazo, chirridos, patinazos, contrachoqueos... Suerte que estamos en un túnel. Se dedican a cegar el túnel: bombas y pasadas de los aviones quieren reventar la montaña y la bóveda.

Estamos como ratas, los vagones se menean, todo el convoy se tambalea, ¡vaya gresca! Cadenas y trozos de vidrio y alaridos por encima de todo. ¿Por qué gritarán tanto las mujeres? Vemos abierta la bóveda... chispas, guirnalda de chispas, el techo salta a cada bombazo. Varios vagones de cabeza deben estar hechos harina. Hay que bajarse y meterse debajo del vagón... esto no pasaba ni en el metro.

De la entrada a la otra punta, vientos huracanados, vuelan astillas, piedras. De pronto un chorro de llamas... ya entiendo, fósforo, bombas de fósforo. Quedan cuerpos sobre las piedras, tendidos... o muy viejos o muy desvanecidos.

De pronto, un capitán con la guerrera desgarrada dice:

—¿Doctor Destouches? Es usted, ¿no? Su gato, su señora. Me presento: capitán Hoffman de ingenieros. ¿Han visto al mariscal Von Lubb?

—No, capitán.

—Anda todo tan revuelto ¡todo!... Estaba encima del carbón... hicimos un agujero, todos los oficiales y los maquinistas, pero ahora no aparece debajo del carbón... y este tren tiene que irse... Volverán las escuadrillas de aviones, esta vez cargadas de minas. Inundarán el túnel. ¡El tren tiene que irse!

Me enfoca su *torch*. Hago que miro mi reloj, pero no tiene ni cristal

ni manecillas. Le pregunto la hora:

—Las seis menos cinco —me dice.

—¿De la tarde o de la mañana?

—De la tarde.

Empiezo a impacientarme y noto, yo que no bebo nada, la sensación de estar ebrio... Hoy aún sigo con esa sensación de embriaguez. Subimos a un vagón.

—¿Ningún francés? *¿Keine Franzosen?* —pregunto.

Alguien contesta, es una mujer. No va nada andrajosa... más bien casi coqueta. Nosotros andamos más pobres que ratas, ¿pero de dónde sale esa señorita? Mejor será que le pregunte.

—¡Tengo mucho gusto señorita! Le presento a mi mujer Lili y a mi gato, que se llama *Bébert*. Louis Destouches, doctor en medicina.

—¡Qué contenta me pone doctor!... Señora, ¡un abrazo!... si me lo permite.

El nombre de aquella señorita era Odile Pomaré: blusa, gorrito de piel, pañuelo de cuello..., pero no tiene buena cara... consuntiva me parece... esa leve rubicundez de los pómulos... delgada y febril... descarnada... Tiene cara de estar enferma... No hace falta que le pregunte, enseguida se pone a toser, para que yo me dé cuenta, claro, quiere que mire el salivazo en su pañuelo...

—Sí... sí... ¿A menudo?

—Desde hace un mes a menudo, pero ya en Francia...

—¿De dónde viene?

—De Breslau.

¿Qué hacía en Breslau esta señorita gargajosa? Lectora en la Universidad, agregada de alemán. Esa Odile... ahí delante, tal cual, sin arrugas, quiero decir, su vestido y su chal malva, sin arrugas. Su familia está en Orange, ella estudió en Aix. Su tesis en París. ¿Será verdad? Una cosa sí es cierta: esta Odile está muy enferma... por muy flojas que se me

hayan quedado las ideas médicas, Odile está tísica, tuberculosa.

—Señorita, si me permite, voy a tomarle la temperatura.

—¿Dónde doctor?

—Bajo el brazo, señorita. ¡Lili, el termómetro! Lili, muy maltratada por las bombas y el viaje, había logrado salvar su cinturón... Ahí es nada... mi reserva suprema... ampollas, cápsulas, jeringas, aceite alcanforado, morfina... más un frasquito de cianuro... ¡y el termómetro!

—¡A ver! Treinta y ocho y medio.

Al menos una cifra. No se lo voy a decir. Ya veremos después.

A la señorita Odile le dijeron que los rusos estaban en puertas, que agarrara a los cuarenta niños de su clase y se largara. ¿Cuántos de esos cuarenta niños quedan? ¿Diga? ¿Doce?

No la miro, no puedo escucharla... A decir verdad me cabrea con sus historias de Breslau... sus nenes cretinos. La señorita Odile explica... tres veces cambiaron de tren. Le dieron unas cajas de leche en polvo para que los alimentara. Los ha perdido por el camino, a los niños me refiero.

El vagón se mueve, el tren se mueve, muy lento, pero anda... luego corre, o me parece que corre. Pasa el tiempo y la señorita Odile sigue ahí pegando la hebra.

—¡No tengo nada que darles, doctor!

—¿A quiénes?

—A los niños.

Coño, nosotros tampoco, hace días que no vemos un chusco... tanto atropello, tanta bastez y encima escuchar estas memeces. Y esa machacona orden que me atormenta desde niño: «¡Adelante, muchacho!»... Sería en el 98 cuando oí por primera vez el grito de «¡adelante, muchacho!»; era mi tío, cruzábamos el Carrousel, iba a abrir su tienda en la Rué Saints-Pères... mi madre y yo nos dirigíamos la Rué Drouot, su taller, Rué Provence, donde arreglaba encajes... el mierda de mi tío. Pensaba tal vez en la necesidad de acostumbrarme a correr al

trabajo... en autobús se iba más rápido, pero salía a veinticinco céntimos por barba. ¡Qué costumbre más exasperante tienen los viejos de darse pisto con su juventud, sus mínimas insignificancias del pasado: el pipí en la cama, la tosferina, la lengua sucia, el sarampión, la mili! Viejos maduros para vivisección y tan felices con su chochez. ¡El narcisismo de los prefiambres! ¡Cada loco con su tema!

Volvamos a los hechos. Aparecieron los niños de la señorita Odile. Débiles, abuñolados... No habría mataderos si los funcionarios encargados del sacrificio mirasen los ojos de los animales... no habría guerras si se miraran los ojos de los niños... Las guerras se comprende que duren, nunca se acaban, vuelven a la carga los hijos de puta de siempre y por ambos lados.

De repente se paró el tren.

—¿Qué estación es, Lili?

—No hay ningún cartel —me contesta.

—Voy a buscar comida.

Salgo del tren, los críos me siguen. No hay viento, el humo es espeso y se eleva recto... El mar está cerca... es Hamburgo. Bueno, sus escombros.

Cuerpos mezclados con asfalto. No cuerpos enteros sino miembros... sobre todo pies. Destruyeron Hamburgo con fósforo líquido... Todo ardió, las casas, las calles, las aceras y la gente... hasta las gaviotas. Aquí una tienda, más lejos, una sastrería... todo hecho papilla.

Huele... ahí... un cadáver... es un comerciante frente a su caja registradora... sentado... la cabeza, el busto, desplomados hacia adelante... ¿Un farmacéutico?, ¿un tendero?... La caja abierta y al lado una lata llena de cupones de racionamiento... ¿De qué ha muerto? ¡De una explosión! Las tripas le salen por una herida que va de la cadera al ombligo... los intestinos sobre las rodillas.

Fue un torpedo arrojado por un avión, tiró la puerta, entró... y explotó

dentro... dejó intactos, eso sí, los cupones de racionamiento. Hedía.

Salgo... los niños detrás... Se arrastran por las calles algunas sombras con los abrigo puestos. Con los niños viene tosiendo la señorita Odile. Me da la impresión de que juega con ellos, son seis o siete chavales... bueno... luego comprobaré que no son tan pequeños.

Llegamos al puerto. ¡Qué panorama! Humea... acaban de bombardear. Ni un alma en los muelles, los barcos están medio hundidos, apenas queda alguno sano. Veo a los niños que saltan a una embarcación de recreo de tres palos milagrosamente indemne, tiesa, balanceándose con las velas plegadas, entre el gris del humo y el gris de la mar.

Tras ellos salta a la cubierta la señorita Odile, se pierden en la cámara; ya no les veo, sólo oigo sus risas.

Cerca hay un mercante sueco, medio abrasado, escorado a babor sobre el muelle... Su escora me permite escalar sin mayor dificultad... entro... busco la cocina... todo está por el suelo: platos, tazas, cubiertos... y una alacena cerrada cuya puerta descorro. La gran sorpresa: comida.

Latas y más latas: carne, judías, verduras y... salmón, mucho salmón ahumado. Es el paraíso. Busco un cuchillo, corto una porción de salmón, me sabe raro... Tanto tiempo sin comer y uno pierde la costumbre. Me hartó. Busco unos sacos... los lleno... Estoy cansado... agotado... Me tumbo y por la ventana entra el humo gris, veo las nubes que corren también grises... un silencio de mar en calma. El tiempo se detiene. Busco ayuda para arrastrar los sacos hasta el tren. Me acerco al yate... Oigo risas. Subo a bordo y asomo la cabeza por una escotilla. ¡Vaya panorama!

A la señorita Odile Pomaré no se le ve la cara, tiene sobre la cabeza su vestido malva, sin arrugas, sus braguitas blancas sujetas al pie izquierdo, tumbada en la litera enorme que aún conserva las mantas de cuadros rojos y verdes... Allí, alrededor, los siete enanitos de Blancanieves enseñan también sus vergüenzas. El juego consiste en que

la señorita Odile adivine, a ciegas, quién es el que le hurga con la cosita entre sus piernas... magníficas, quizá un poco delgadas. Ellos, silenciosamente, se sortean el turno... Luego el afortunado se sube encima y sin decir palabra hace los gestos. Desde mi atalaya no puedo ver si la cosa va en serio, pero la señorita Odile se mueve hacia arriba, hacia abajo... extiende sus brazos y aprieta contra las suyas las caderas del muchacho. Ya no tose la señorita Odile... parece jadear... risas en el auditorio. Se acaba el juego, el joven se vuelve con la cara roja. La señorita Odile, dice un nombre y un apellido: esta vez ha rallado. Más risas... Continúa el juego.

Hago ruido adrede y bajo a la cámara. Me miran como si fuera un extraterrestre. Les hablo de comida y me siguen al barco. La señorita Odile, muy seria y circunspecta, me alcanza.

—¿De verdad ha encontrado comida, doctor?

—Sí, mientras usted jugaba al escondite.

No responde la señorita Odile, pero sonrío cómplice y me agarra del brazo. La señorita Odile vuelve a toser. Entramos en el barco y, a duras penas, arrastramos los sacos. Nos costará llegar al tren con ellos. Hay tiempo. Tenemos que buscar un carro, algo con ruedas. Ya estamos en el muelle, el olor de las recientes explosiones lo llena todo, por todas partes se ven hierros retorcidos, metralla.

Por fin, en un almacén derruido, encontramos una bicicleta con remolque. Una pesada bicicleta a la que se ha unido un remolque de dos ruedas.

Empiezan a aparecer sombras para el pillaje del puerto... marineros que vuelven... hay que darse prisa. Cargamos nuestras mercancías. Me subo en el sillín y pedaleo; ellos, detrás, empujan como pueden... avanzamos... La señorita Odile, con los pómulos ardientes, tose otra vez. Atravesamos la ciudad y llegamos a la estación, pero antes los muchachos se han dado un atracón de ahumados. Todos olemos a

salmón... la señorita Odile menos, pero también.

El tren se ha despoblado, algunos quieren llegar a la frontera, pero se necesita el salvoconducto.

—¿Qué salvoconducto? —dice la señorita Odile. *Bébert* come salmón con una gula peligrosa para sus pobres tripas.

—Hace falta salvoconducto para pasar a Dinamarca —le dice Lili.

—¡Niños, nos quedamos aquí! Esto es Hamburgo, una ciudad muy bonita.

Yo sé en qué está pensando la señorita Odile. La señorita tuberculosa no piensa en los escombros, ni en las bombas. La muy pendón está pensando en el yate de tres palos y en renacer como una Blancanieves, tísica y rijosa. La señorita Odile espera que algún marinero sin barco se una a la fiesta y eche una mano a estos desvalidos muchachos. Además... es posible... más adelante, algún barco llegará con el final de la guerra, o antes, y la llevará al sur. La señorita Odile sueña con que el calor del sur le cure la tos.

Se llevan unos sacos con comida, vuelven por donde vinieron conmigo. Les vemos alejarse.

El tren arranca otra vez... es la última etapa hasta Flensburg... avanza lentamente, abriéndose paso por el bosque... entre los árboles... otra vez los árboles, que pasan sin cesar.

—Flensburg está a un paso de Copenhague —digo a Lili. No contesta, está ahí, medio dormida. Ha comido por primera vez en muchos días.

Quiero enseñarle a Lili esos árboles que pasan. Los árboles... mi obsesión por ellos viene de antiguo, de cuando durante la guerra pasaba las horas en las trincheras o andando, siempre clasificándolos mentalmente... ¿Cuántos árboles distintos hay? La gente no sabe que los árboles también se mueven, los bosques avanzan y retroceden. Casi nadie sabe tampoco distinguir un roble de un alerce. Y sin embargo, la palabra

roble o la palabra alerce encierran muchos árboles distintos. En Botánica el nombre general se pone primero, para indicar el grupo o género, seguido del nombre particular, que indica la especie del árbol dentro de su género. Todos los robles pertenecen al género *Quercus* y todos los alerces al género *Larix*.

Pero lo que resulta más difícil es distinguirlos con sus nombres vulgares. En cada sitio se llaman de forma diferente. Pasa como con los peces. Para complicarlo todavía más, hay algunos árboles que son híbridos.

La gente no sólo cree que los árboles son todos más o menos iguales; piensa, además, que en Europa hay los mismos árboles que en América; eso sólo ocurre con una especie, el enebro común; pero existen en Norteamérica pinos, píceas, alerces, abedules, robles y hayas que también se dan en Europa. Las robinas sólo crecen en Norteamérica y en cambio los cedros verdaderos sólo se encuentran en el Mediterráneo y en la India.

Al contrario que en América, donde las cordilleras corren de norte a sur, ¿sabes Lili?, en Europa lo hacen de este a oeste, por lo que los árboles no han podido regresar fácilmente al norte después de las glaciaciones. Fue el hombre quien repobló las zonas altas que el frío había arruinado. En Europa los árboles apenas se mueven por sí mismos.

Lili, digo, pero Lili duerme y yo sigo hablando para ella: los árboles, como los hombres, crecen con la edad, pero la copa de un árbol alcanza una altura máxima, después ya no crece y a partir de cierta edad el árbol decrece, disminuye. Es la senectud, son como los hombres, a quienes a partir de la madurez sólo les crece la cintura, menos a ti y a mí, Lili. El perímetro de los árboles, la circunferencia de su tronco, no deja de aumentar y, además, todos los de la misma especie crecen igual: dos centímetros y medio al año en árboles de crecimiento lento: pinos, tejos, castaños y tilos. Otros se desarrollan más rápido: cinco y hasta siete centímetros por año, como las secuoyas, los abetos de Low, los cedros del

Líbano y los cipreses de California. El sauce, con el que hacen los ingleses los palos de criquet, también crece mucho: hasta siete centímetros. Lo mismo ocurre con el roble rojo y los eucaliptus.

Se aprende a distinguir árboles como se aprende a distinguir a las personas, por la experiencia. Al principio no se sabe diferenciar un ciprés de una tuya. Después de un tiempo estudiando árboles, algo indefinible, una inconsciente combinación de rasgos permite una identificación casi inefable —hasta desde un tren en marcha, como ahora, Lili— entre una píceas y una douglasia. Pero para llegar a eso hay que empezar distinguiendo los coníferos de los frondosos.

Bueno Lili... pues no es tan fácil describir la diferencia de sus hojas. Vamos a ver... conífera: nervios paralelos, que si se aprietan entre los dedos dejan un olor y un tacto resinosos. El crecimiento anual es un verticilo de ramas en la base de un vástago. Sus hojas suelen ser oscuras, duras, estrechas y terminadas en espina. Muchas veces son pequeñas y esnamiformes; otras, aciculares.

La tranquilidad de los bosques, el silencio de este tren con Lili durmiendo, con *Bébert* durmiendo, con los árboles por las ventanas...

Por fin Flensburg y la noche... una larga noche... Al día siguiente otro tren sueco que nos llevará al otro lado... a Copenhague.

Dinamarca dibuja una cabeza de cisne en la parte alta de Europa... Todo pasa por ese cuello de cisne fatal, ese cuello es Schleswig, y la frontera corta el cuello precisamente ahí... Flensburg. Pero hemos de pasar la noche en la estación. ¡Qué poco me gustan las estaciones! Tampoco me gustan los sótanos ni las hondonadas... Hoy ni por un imperio cogería el metro, ni me metería en un cine... Es la experiencia de la reclusión... si alguien te invita a su sótano es para maltratarte... todo se vuelve ectoplasma en un sótano... Las catacumbas, claro que hay vecinos a los que les gustan... también habría voluntarios para el presidio.

En la estación me doy cuenta de que voy a ceder... voy a quedarme dormido...

Despierto y ya es de día.

—Lili, chica, ¡hemos de pasar como sea!

No estamos solos en las vías... mucha gente... Seguro que todavía hay muchas personas en aquella plataforma ahora, quince años después..., aunque no serán los mismos... ahora habrá turistas... los viajes dejaron de interesarme a partir de ese viaje. Un tren de la Cruz Roja sale para Suecia con suecos repatriados de Alemania.

Engaños... vueltas y revueltas. Lili por el balasto y con la única señal que me queda: mi brazalete de la Cruz Roja de Bézons... siempre lo llevo en el bolsillo... aquí está. Por fin nos dejan subir.

—Ustedes no pueden ir a Suecia.

—Nos quedamos en Copenhague —les digo. Asienten—. En tres horas habremos llegado.

Arranca el tren otra vez... Se acaba el calvario corto... empezará enseguida el calvario largo. La detención, la cárcel... el destierro en el mar... el mar gris... gris... como ahora está Meudon... teñido de ese gris que todo lo difumina y ensucia.

Recordar estos largos años, desde que llegamos a Dinamarca hasta nuestra vuelta a Meudon, es hacer un balance de desgracias, de incompreensión y de soledad.

De Dinamarca recuerdo el frío como una compañía permanente, y no debió de ser para tanto, pues si intento mirar con atención aquellos días también hay sol y luz, pero el exilio lo hace todo frío y escaso. Mientras el mundo volvía a la normalidad, nosotros seguíamos en guerra. Una guerra solitaria que no compartíamos con nadie. Desde mi juventud he visto en París exiliados del más variado tipo, pero siempre agrupados. Nosotros estábamos solos y solos seguimos hasta el final de ese exilio continuo que ha sido nuestra vida en los últimos años.

El 27 de marzo de 1945 llegamos a Copenhague. Al salir de la estación fuimos directamente al hotel Inglaterra. Nuestro aspecto era deplorable. Habíamos perdido el equipaje. Mi abrigo y la canadiense de Louis llevaban incrustados todo el hollín y todo el polvo del camino, pero estábamos vivos.

Nos rechazaron como si fuéramos vagabundos, categoría que ni siquiera alcanzábamos en aquel momento; pero las piezas de oro que llevaba cosidas a mi cintura y las buenas y, al parecer, convincentes palabras de Louis les hicieron ceder. Ocultamos a *Bebert*, no fuera a pasarnos como en Berlín. Al fin nos dieron una habitación. Nos parecía mentira encontrar una cama, una cama con ropa limpia.

Dormimos horas y horas, de día y de noche, con avidez. Nos levantábamos, comíamos cualquier cosa y volvíamos a la cama. Al fin despertamos.

Tardamos algunos días en localizar la llave de la casa de Karen Jensen. Ella había escrito a Louis en el 42, comunicándole dónde estaba el oro que Louis le había entregado antes de la guerra. Asimismo le decía que podía disponer de su casa en Copenhague si la necesitaba. Una prima de Karen, Helia Johansen, nos dio la llave del apartamento. Un cuarto piso en el número 20 de Ved Stranden. El oro fue sacado del banco y enterrado en el jardín de Helia. Ella misma lo desenterró y nos lo entregó. Como ya he dicho, yo también llevaba en el cinturón unas cuantas monedas de oro. No podíamos cambiarlo directamente en el banco, pero la señora Lindespuist, una fotógrafo profesional amiga de Karen, nos lo cambió en el mercado negro. Después de tantas penalidades comenzábamos a vivir como personas. Pero, como dicen, la alegría dura poco en casa de los pobres.

La primera carta que recibimos en Copenhague era de un tío materno de Louis; en ella le anunciaba la muerte de su madre. Fue como un mazazo. He visto a Louis pasar por lo peor, pero aquello fue horrible...

No sabía qué hacer ni cómo consolarlo. Se quedó tumbado en la cama días enteros. La tensión acumulada en tantos meses de huida se abatió sobre él con aquella noticia.

—Mi pobre madre. No pienso en otra cosa. Era la más débil, la más inocente... ha pagado por todos. ¡Qué martirio! Vuelvo a pensar con horror en mis asperezas con ella. La vida ha sido atroz, no dejo de pensar en el Père Lachaise... y en encontrarme otra vez con ella. La veo aún, cuando nos despedimos, como un pobre gato expulsado de casa... en la esquina de la avenida Junot. ¿Recuerdas?

Poco después nos enteramos de que un juez llamado Zousman había promulgado en Francia una orden de captura contra Louis, pero aún estaban los alemanes en Dinamarca. El día 4 de mayo de 1945 entraron los ingleses en Copenhague. Nos enteramos entonces del suicidio de Hitler y de la ejecución de Mussolini. Me impresionó una foto que publicaron los periódicos. En una gasolinera de Milán habían colgado por los pies, ya muertos, como si fueran animales en un matadero, a Mussolini y sus amigos. Entre ellos estaba Clara Petacci, la amante del Duce. Le habían atado pudorosamente la falda a las rodillas para que no se le vieran los muslos.

Louis tomó contacto con Thorvald Mikkelsen, un abogado que había pertenecido a la Resistencia danesa contra los nazis y cuya mujer, francesa, acababa de morir. Conocía los libros de Louis y lo admiraba. Mikkelsen se encargó de tramitarnos los papeles con las autoridades y el 20 de junio nos dieron un permiso de residencia.

Empecé a dar clases de baile y tomé contacto con Birges Bartholin, profesor de *ballet* de la Ópera de Copenhague, quien me pidió que le acompañara en sus clases. Di muchas lecciones de baile español. También recibí alumnas en casa. No ganaba mucho, pero me sentía a gusto. Louis había vuelto a escribir. El otoño se anunciaba aparentemente tranquilo, aunque todo se iba a unir pronto en contra nuestra.

Dirigía la legación francesa en Copenhague un individuo llamado Guy de Girard de Charbonnière, un mal hombre de buena familia que nos persiguió sin piedad. Fue él quien se dirigió al Ministerio de Asuntos Exteriores denunciando nuestra presencia en Copenhague. Una mañana Mikkelsen nos mostró un periódico con una foto de Louis. El titular decía: «Notorio nazi francés se oculta en Copenhague». Louis se había dejado la barba al llegar a Dinamarca, pero, pese a ello, un vendedor de periódicos lo identificó y avisó a la policía. Días antes nos enteramos del asesinato de Denoel, el editor. Pensamos que había sido una venganza de la Resistencia francesa. El crimen nunca se aclaró.

—¡Ya ves! Denoel. Otra tumba que se cierra. Una más. Con este desgraciado se amortajan tantas cosas... tantos recuerdos... parece como si la vida quisiera detenerse, como si se negara a palpar. ¡Pobre Denoel! Con su Premio Renaudot... con el Goncourt trucado, escamoteado. En fin, aunque las alforjas de la tristeza estén bien repletas de amargura, es necesario seguir camino. Me da la impresión de haber dejado en Francia a un doble al que han despellejado a placer.

El 17 de diciembre vino la policía a detenernos. Era de noche. Llamaron muy fuerte a la puerta; los vi por la mirilla y me parecieron, no sé por qué, franceses. Creímos que venían a matarnos. Le dije a Louis que huyéramos por el tejado: «¿Crees que estoy tan ágil como tú, que eres un gato?». Sacó de un cajón un revólver que había comprado, lo colocó al alcance de la mano sobre una mesilla y se sentó. Puso cara de circunstancias y me dijo que abriera la puerta.

Nos ordenaron coger nuestros abrigos y nos metieron, sin decir palabra, en un coche celular.

Tengo la copia de la carta que envió el mal nacido de Charbonnière al Ministerio de Asuntos Exteriores danés:

Señor Ministro:

He tenido noticias de que el Sr. Destouches, inculpado de traición y objeto de una orden de detención decidida el 19/IV/1945 por el Juez de Instrucción del Tribunal del Sena, se ha refugiado en Dinamarca, residiendo en Copenhague, Ved Stranden, número 20.

En nombre de mi gobierno, tengo el honor de solicitarle, a título de reciprocidad, que proceda a su detención y a su posterior extradición a Francia.

Vuestra Excelencia encontrará adjunta la copia de la orden de detención, así como el texto de los artículos 75 y 76 del Código Penal en que se funda dicha orden.

Reciba, Sr. Ministro, mi más alta consideración.

Firmado: Guy de Girard de Charbonnière

Pasamos nuestra primera noche en prisión en dos celdas separadas, una especie de cabinas telefónicas cuyo techo era una reja. Allí estuve varios días, sin saber qué había sido de Louis. Pensé que lo habían fusilado, enviado a Francia... no sé cuántas cosas imaginé y ninguna buena.

A los pocos días empezaron a interrogarme sobre asuntos insólitos. Si Louis hacía abortos. A qué iban si no tantas jóvenes a nuestro domicilio. Locuras.

¿Por qué es la policía tan miserable? Siempre busca, antes que cualquier cosa, humillar al detenido.

Mikkelsen, nuestro abogado, estaba en EE UU y no regresaría hasta marzo del 46.

Una celadora que hablaba francés me informó de que había visto a mi

marido. Me tranquilicé. También me dijo dónde estábamos: en la prisión de Vestre Faengsel, al sur de la ciudad.

Al fin me soltaron, pero no decreció mi angustia. Comenzaron unos largos meses de impotencia y temor. Tal y como dijo Louis en Sigmaringen, le habían colocado el artículo 75 en el culo, el artículo que señalaba la pena de muerte para los traidores. ¿Traidor a qué, a quién?

A pesar de lo mal que lo pasamos, pese a que Louis quedó destrozado para siempre, he de reconocer que las autoridades danesas resistieron las pretensiones de una extradición que no se fundaba en nada concreto, sólo en los panfletos antijudíos que Louis había escrito antes de la guerra y que difícilmente podían convencer a nadie de una traición frente al enemigo, puesto que fueron escritos antes de que existiera ese «enemigo».

La angustia es algo que se mete en el estómago y se apodera de los nervios y de la cabeza. Convivir con la angustia es vivir en la obsesión. Louis estaba angustiado por mí y yo por él. Aquellos meses destrozaron nuestras vidas, nos convirtieron para los restos en dos seres solitarios condenados a hacerse compañía.

Mi Lucette querida:

Ahora me han puesto solo en una celda, así estoy mejor y leo. Los guardianes son muy amables y me dan bien de comer. Me duele menos la cabeza. Paseo dos veces al día a un paso que me recuerda cada vez más el de mi pobre madre, me cuesta levantar los pies del suelo. Tienes que ser fuerte. No tengas pena, eso me causaría más dolor que nada en este mundo.

Prefiero morir a verte desdichada. Además alguna vez tendrán que tomar una decisión en un sentido u otro, pero

saldremos de esta incertidumbre atroz a la que ninguna salud podría resistir mucho tiempo, y la mía ya no vale gran cosa, tengo la impresión de que es ahora el corazón el que empieza a fallar. Me han dado papel y empiezo a escribir. Muchas veces hablo contigo y con Bébert en voz baja.

Estoy contigo, mi querida pequeña y ya sabes que para un bretón lo ausente cuenta más que lo que se tiene delante.

Con afecto.

L. Destouches

No me tranquilizaban nada estas cartas que, por supuesto, pasaban por la censura de la prisión. Cuando en marzo Mikkelsen volvió de los EE UU pudimos recibir cartas sin censura, ya que las dirigía a su abogado, y éstas empezaron a ser, si cabe, más amargas.

Estoy continuamente contigo y con Bébert. Hablo contigo permanentemente... ya sabes que salgo de la vida con facilidad.

Mi brazo empieza también a dolerme. Cuídate, pequeña, te lo ruego, es preciso no poner mala cara. Puedo permanecer aquí durante años y eso si no me mandan para Francia.

Conoces la situación mejor que yo: soy un escritor, nada más que un escritor. Todos los autores franceses se han tenido que expatriar por una u otra razón. Cualquier pretexto es bueno para perseguir en Francia a un escritor: Villon, Ronsard, Chateaubriand, Jules Valles, Víctor Hugo, Lamartine, Rimbaud, Verlaine, León Daudet... todos

sufrieron persecución. Mis libros, los libros por los que se me persigue, tienen ya diez años... Intentaré escribir, cuando pueda, la historia espantosa de todo esto.

En junio de 1946 los daneses volvieron a pedir precisiones al gobierno francés sobre las razones que avalaban la extradición solicitada. Nada. Louis echaba la culpa de todos sus males a los escritores franceses: Malraux, Sartre... La verdad es que no le ayudaron mucho... Sartre le insultó impunemente en *Temps Modernes*.

Ese mes de junio, cuando comenzaba ya la tímida primavera, apareció Karen Jensen y con su llegada, en lugar de mejorar, las cosas se complicaron para mí.

Karen había vivido el final de la guerra y hasta su vuelta a Copenhague con su amante en Madrid, un diplomático español que llevaba en la capital de España una vida digna y oficial con su familia legítima: esposa y cinco hijos. Para él, católico y franquista, Karen era, según ella contó, una muñeca llamativa. Debía tratarla, pienso yo, como a un caballo de raza: con azúcar y buenos alimentos, aunque luego sólo sirviera para dar un paseo por el campo los domingos.

He de admitir que Karen era muy guapa. Tuve ocasión de conocerla poco antes de la guerra en uno de sus frecuentes viajes a París. Era amiga de Elizabeth y ésta se la presentó a Louis. Como digo, era muy guapa, alta, morena, solía llevar el pelo recogido sobre la nuca. Tenía el cuello muy largo y un cuerpo extraordinariamente flexible. Sus piernas eran, en efecto, interminables, musculadas, ágiles y de línea correcta. Tenía una cara vivaracha, con la frente ligeramente abombada, la nariz pequeña un tanto respingona y los labios bien dibujados y generalmente risueños.

Karen era insaciable con el sexo y una liante con las personas que tenía cerca. Según parece, se había malmetido entre Elizabeth y Louis

ayudando a que la americana se marchase a los EE UU. Bien es verdad que los tres se habían pasado más de una y más de dos noches juntos haciendo lo que a Louis siempre le había gustado. Tengo la impresión de que Karen se hizo una composición de lugar que yo no estaba dispuesta a aguantar... y no es que sea mojigata.

La cosa empezó mal. Karen llegó a su apartamento, donde yo vivía con *Bébert*, y lo encontró desaliñado. Efectivamente el gato había afilado sus uñas en los sillones, pero no me parece que fuera para ponerse como se puso. La primera vez que fuimos a ver a Louis, éste le dijo que le pagaría los destrozos.

—Además es que Lili es muy desmañada —le dijo Karen.

No contesté, pero me molestó semejante denuncia. Nunca he sido un ama de casa ordenadita, pero no sé a qué venía aquello.

Desde que llegó, siempre venía conmigo a ver a Louis y enseguida tuve la desagradable sensación de que era yo quien la acompañaba, y no al revés. Era de esas personas que siempre controlan la situación y mandan en los demás como la cosa más natural del mundo. Me hacía sentir como una niña a quien es preciso educar, enseñar las maneras... hasta se metía en mis ensayos de baile para indicarme cosas. Ella era bailarina y no mala, pero había perdido facultades durante su experiencia española. Diría incluso que había engordado un poco. No estaba en condiciones de darme lecciones de danza. Yo me mantenía en perfecta forma y ella no tenía la elasticidad de antes. Volvió a trabajar en el Kursaal y allí fui un día a verla, pero recurría más al erotismo larvado que a la danza.

Louis, que lo estaba pasando muy mal en la cárcel y no mucho mejor en la enfermería, adonde luego lo llevaron, aún tenía humor para incitar a Karen... «Lo estaréis pasando muy bien las dos juntas... ya me gustaría veros...». Eran bromas. Bueno, más o menos, pero Karen se lo tomaba en serio.

Alguna vez traía a un amigo a casa, no siempre al mismo, cenábamos juntos y luego ellos se iban al cuarto de Karen. Una noche vino con un joven muy guapo: «¿Te gusta? Pues éste no se escapa», me dijo. Ya en la cena Karen se le insinuó con bastante descaro, pero cuando nos levantamos de la mesa el muchacho, muy amablemente, se despidió.

—¿Qué te ocurre? ¿No te gustan las chicas? —le dijo.

—Sí —contestó él—, pero no para hacer el amor con ellas.

—¡Vaya! Para uno que me gusta de verdad, resulta que es maricón —dijo Karen despectivamente cuando se marchó.

Ya estaba en la cama leyendo cuando se abrió la puerta y apareció Karen con un salto de cama negro, transparente, propio de un burdel. Se sentó junto a mí y sin más preámbulos me dijo:

—Tengo ganas de hacer el amor contigo. A Louis le encantará que lo hagamos.

No supe qué decir. Se desnudó y se metió en la cama. Comenzó a acariciarme y a desnudarme. Yo me dejé hacer. Ésa fue mi equivocación. No me agradaba. Después de un buen rato ella estaba muy excitada, pero me repugnaba contestar a sus besos y a sus caricias. Al fin me dijo:

—No te gusta, ¿eh? Bien, quizá te apetezca otra cosa.

Salió de la habitación y volvió con un cinturón. Me dio la vuelta y empezó a azotarme con la correa. Me levanté de un salto y dije: «¡Basta!». La agarré por los brazos y la empujé fuera de la habitación.

—Mañana te vas de esta casa —me gritó al marcharse.

Estaba roja de ira y roja por el ridículo, supongo.

Al día siguiente fui a ver a Louis y le conté todo lo ocurrido. No dijo nada contra Karen, pero me aconsejó que me mudara. Un celador aficionado a la pintura que se había hecho amigo de Louis nos prestó un apartamento helador en el centro de Copenhague, al lado del parque Kongens Have. No sólo era muy frío, sino también pequeño.

Este incidente ocurrió en septiembre de 1946. El 19 de octubre

volvieron a interrogar a Louis. Reaparecían las acusaciones.

Louis entró en una etapa de depresión. No comía, cogió la pelagra, reumatismo, parálisis radial... perdió casi todos los dientes. Apenas pesaba sesenta kilos para su metro ochenta de estatura.

«Parezco el caballo de un picador^[2]», solía decir.

En noviembre nos enteramos de que a Le Vigan le habían condenado en París a diez años de trabajos forzados. Le preguntaron sobre Louis y se portó muy bien durante el juicio. Al final de noviembre condenaron a muerte a otro amigo de Louis, Lucien Rabatet, aunque luego le conmutaron la pena. Seguía con el artículo 75 pegado al culo.

Esas Navidades las pasé también sola, bueno, con los compañeros del *ballet* de la Ópera, pero en el fondo sola. Pese a todo, la situación era más esperanzadora. Milton Hindus, un estudioso americano —judío además—, puso en circulación en Nueva York una carta en favor de Louis. Henry Miller, el músico Edgar Várese y el editor James Laughlin, entre otros, la firmaron. A finales de febrero del 47 lo sacaron de la cárcel y lo llevaron al Rigshospital, donde podía pasear por los jardines y recibir a quien quisiera. Allí terminó su primer libro del exilio.

El 24 de junio de 1947 fue liberado definitivamente. Tuvo que firmar un documento comprometiéndose a no abandonar Dinamarca. Pocos días antes, Antonio Zuloaga, el diplomático español que había vuelto a París tras la Liberación, encomendó la defensa de Louis en Francia a Albert Naud, un abogado que estuvo en la Resistencia y se portó muy bien con nosotros.

Vivimos casi un año en el frío apartamento de Kronprinsessegade. Louis no salía a la calle, daba la impresión de que la cárcel le había acostumbrado al encierro. Escribía y leía. Escribía como un poseso. Sobre sí mismo, sobre todos nosotros. Luchando con cada palabra, arrancando a su mente, según decía, una música que el idioma se deja robar con enormes dificultades, con un esfuerzo sobrehumano.

Nuestra situación económica empeoró lenta e inexorablemente, debido, sobre todo, a que los libros de Louis no podían reeditarse en Francia y todos sus bienes estaban precautoriamente confiscados. El baile de unos editores a otros apenas nos sacaba de algún apuro.

Abandonamos Copenhague y nos trasladamos a una finca que el abogado Mikkelsen tenía cerca de Korsør, a cien kilómetros al suroeste de Copenhague. La finca se llamaba Klarskowgaard (literalmente: la granja del bosque claro) y en ella ocupamos una casa del servicio bastante mal dotada. Al principio no teníamos agua caliente, aunque sí calefacción. Llegamos allí en la primavera de 1948.

Louis no fue nunca un hombre de campo y aquello era el campo. La finca llegaba hasta el mar, pero no era su mar, el que a él le gustaba: El Havre, St. Malo, con sus puertos y sus barcos de tres palos. Éste era un mar gris, sin mareas; los peces que en él se pescaban apenas tenían gusto. No compartíamos la misma forma de ver el mar. El aspecto salvaje y gris de la costa me gustaba. Me bañaba en el océano hasta bien entrado el invierno, pero a él nada de aquello le agradaba. Vivió esos años trágicamente, como un león enjaulado. Lo único que seguía interesándole eran los árboles, los distinguía todos... y los animales. Además de *Bébert*, nos hicimos con una perra y tres gatos más. Llamamos a la perra *Bessy* y a los gatos *Tbimine*, *Poupine* y *Flauta*.

Los días pasaban lentos, con esa cortedad de luz que tienen en el norte. Gimnasia de mañana, paseos... algunas clases de danza en Korsør. Le sentía envejecer, callado, melancólico, resignado a veces, otras iracundo. Riéndose de sí mismo con amargura. Siempre escribiendo, diríase que combatiendo contra las palabras.

En mayo de 1949 vino a vernos Henri Mahé. Louis estaba expectante, como si la llegada de su amigo le trajera un renovado viento de libertad y no sólo recuerdos.

Mahé estuvo con nosotros tres días. Hablamos y paseamos con

normalidad. Ya no era el joven alegre de antes de la guerra, pero seguía teniendo sus ocurrencias, sus desmanes verbales. Louis ya no le seguía las bromas. Cuando Mahé partió, permanecimos en la puerta un momento viendo alejarse el taxi que lo llevaba a la estación de Korsør. Louis se quedó pensativo y dijo como para sí:

—Cuando se es joven uno puede atrapar el día de ayer, el mes pasado. Aparentemente al menos, la vida se comparte más fácilmente con los demás y con uno mismo. Da la impresión de que hacerse viejo consiste en que los días están más separados entre sí, que el ayer y el mañana no están unidos por el hoy. Los días pierden su continuidad, ya no hay marcha atrás. Esa separación que se produce entre los días se percibe también en las personas. Es como si se unieran caminos divergentes que es imposible juntar. Al final uno está irremediablemente solo.

Me miró y concluyó con una sonrisa lejana.

—Bueno, nosotros no estamos solos, estamos juntos.

Sonaba a falso y era falso. Él se sentía solo y yo me sentí culpable.

En mayo de 1950 tuve que ser internada urgentemente en un hospital de Copenhague. Unas terribles hemorragias me dejaron al borde de la muerte. Se las habían ocultado a Louis para no alarmarlo. Tenía un fibroma en un ovario. Me lo extirparon en el hospital. Tras la operación se produjo una fuerte infección y de nuevo me abrieron la herida. El 25 de julio volvimos en tren a Korsør. Durante más de un año no pude realizar ejercicios gimnásticos. Seguramente me habían seccionado algún músculo abdominal. Me costó volver a bailar con soltura.

Fue como si de repente yo también hubiera envejecido. La regla no me volvió tras la operación y mi vida, por mecánico y estúpido que parezca, también dio una revuelta definitiva en el camino. Miraba al Báltico, aquel Gran Belt que sonaba sin bravura entre las islas, y pensé en regresar. Empecé a detestar el *porridge*, las patatas y el arenque ahumado.

Por esos días, ya en el verano de 1950, Colette, la hija de Louis, tuvo su quinto hijo. Esa maternidad incontinente sacaba de quicio a Louis y le hacía detestar a su yerno. «Esa sabandija», decía. Para darle más quebraderos de cabeza, también a Colette tuvieron que extirparle un fibroma, lo que le preocupó sobremanera. Las relaciones de Colette con su padre, que nunca fueron buenas, no mejoraron a pesar de la preocupación que él sintió por ella durante su enfermedad.

Por fin, en febrero de 1951, se vio en el Tribunal del Sena el caso de Louis. En la víspera los intelectuales estaban divididos, pero no pocos lo apoyaron ante el juez. La sentencia, teniendo en cuenta lo que nos temíamos, fue relativamente leve: un año de cárcel y cincuenta mil francos de multa. Dos meses después los abogados consiguieron el indulto.

El sábado 30 de junio de 1951 salimos en tren de Korsor y al día siguiente tomamos el avión para Niza. Estábamos tan cansados de esperar el retorno que no fue un viaje alegre. Al subir al avión me di cuenta de que Louis tenía aspecto de mendigo. Llevaba un traje claro con chaleco, los pantalones sin planchar y un bastón que le daba un aire de Charlot.

Pasamos unos días con mi madre en el sur, en Mentón, y luego fuimos en avión a París. El día que llegamos a Le Bourget murió Pétain. El viejo mariscal, que tenía más de noventa años, acabó sus días en la isla de Yeu, donde estaba preso o desterrado. Era el 23 de julio de 1951, una casualidad o un símbolo. La guerra estaba definitivamente terminada, En París hacía un calor húmedo y pegajoso.

Creo que fue a través del editor Gastón Gallimard, con quien Louis acababa de firmar un contrato, como conocimos a un industrial con dinero. Se llamaba Marteau. Tenía una casa palacio, en Neuilly. Se había encaprichado con Louis y quería ejercer de mecenas.

—Ustedes se quedan en mi casa todo el tiempo que quieran... como si desean instalarse aquí definitivamente. Podrá escribir con toda la

tranquilidad del mundo —le dijo a Louis.

Louis aceptó, de momento, la invitación, pero ya el segundo día empezó a rezongar.

—Estos ricos, en cuanto te descuidas, se apoderan de ti y te convierten en un adorno o en un animal doméstico para divertir a las visitas.

La verdad es que eran muy amables, especialmente *Madame* Marteau, pero resultaban un poco pesados con sus atenciones. Louis no soportaba que se metieran en su vida y, sobre todo, no aguantaba la caridad ni la limosna. Empezó a hacer lo posible para que nos echaran a la calle: subía los animales a la habitación, arrojaba sin ningún miramiento de su lado a *Madame* Marteau en cuanto ésta se acercaba a ofrecerle un té. Me obligó a saltar a la comba temprano en nuestro cuarto, sabiendo que *Madame* Marteau dormía debajo. Los dueños aguantaban con paciencia sus excentricidades, pero el ambiente empezó a cargarse y nos fuimos con los bártulos a casa de mi padre, en la Rué Dulong.

Mi padre se había vuelto a casar con una chica mucho más joven que él. La Mite, como la llamaba Louis, era pálida y delgada, guapa y amable, y aún lo es. Mi padre no ejercía de padre —lo que a veces es una virtud— y mucho menos de suegro. Vivimos con ellos bastante tranquilos.

Yo había heredado de mi abuela unos cuantos millones de francos y pensamos comprar una casa.

Pasamos muchos días buscando por St. Germain-en-Laye, lugar que tanto gustaba a Louis, y también en Bougival. Al fin encontramos una en el bajo Meudon, en el número 25 de la carretera de Gardes, frente al Sena, con vistas a la isla de Seguin. Todavía no se había edificado por allí ningún chalet moderno. Era una casa de mediados del siglo pasado. Hubo que arreglarla bastante y nunca quedó bien: ni la calefacción, ni el gas dejaron de darnos la lata. Nos trasladamos allí en cuanto pudimos, con los pocos muebles que nos dejó mi suegra. En la planta baja, donde

instaló Louis sus cosas para trabajar cerca de la chimenea, le arreglé una pieza con una cama turca para que descansara durante sus cada vez más frecuentes y dolorosas neuralgias.

Louis se levantaba todos los días muy pronto. Dormía poco y frecuentemente se despertaba a medianoche con unos horribles dolores de cabeza: «Es como si un tren me pasase por medio del cráneo», solía decir. Nada más levantarse se ponía a escribir. Hacia las nueve yo le preparaba un té con un *croissant*. Luego leía los periódicos. Cuando hacía buen tiempo, se pasaba la mañana, hasta la hora del almuerzo, leyendo y jugando con los animales en el jardín, un lugar muy bonito, salvaje y con árboles enormes. Tenía espíritu de reclusión y apenas iba a París.

A finales del 52 murió *Bébert*. Parecía que la vida se nos agotaba y sin embargo Louis no dejaba de trabajar ni un solo día. Seguí dando clases de baile. Nunca me faltaron alumnas. Venían de Meudon y también de París, estas últimas hijas de amigos o de conocidos. En septiembre de 1953 Louis abrió un consultorio. Apenas nos daba dinero, pero a él le gustaba atender a sus pacientes, especialmente, a los ancianos y a los niños.

Los sábados y los domingos solían venir viejos amigos de Louis, con quienes hablaba a veces en largos y locos monólogos; otras escuchaba con atención, al menos aparente.

En 1958 murió la madre de Edith, su primera mujer. Le impresionó esa muerte, como todas, por lo que representaba en el recuerdo de su juventud. Edith me enseñó hace días la carta que le envió con ocasión de ese fallecimiento:

Querida Edith:

Te abrazo muy fuerte, es todo lo que puedo hacer en este caso. Uno mi pena a la tuya. Yo debería seguir contigo si no

me hubiera portado toda mi vida tan locamente.

Tu madre siempre me trató bien, guardo de ella y de su hospitalidad el mejor de los recuerdos. Creo que me porté mal con ella. Espero verte algún día, cuando quieras. ¡Dios mío!, entre nosotros no hay sino recuerdos inocentes. Quiero esos recuerdos y quiero tu perdón.

Te abrazo.

Louis

Edith vino a verlo y luego volvió con frecuencia, con mucha más frecuencia que su hija Colette o sus nietos. Es curioso que se haya convertido en una de mis mejores amigas. Hablamos entre nosotras de lo divino y de lo humano, como si nos conociéramos de toda la vida. En realidad hemos convivido con dos hombres bien distintos, aunque las dos nos hayamos casado, sucesivamente, con la misma persona.

Quizá por eso nunca sentí celos de ella. Tampoco los tuve de otras mujeres que pasaron por la vida de Louis antes que yo, mujeres de los «tiempos alegres». Sí he tenido celos de una. Louis dedicó su primera novela a una bailarina norteamericana: Elizabeth Craig. Nunca la conocí. Hasta hace poco, ni siquiera la había visto en fotografía, pero sé que vivió con él en la Rué Lepic. He sentido hacia ella celos retrospectivos que me han llenado muchas veces de amargura, de un malestar difuso. Celos no producidos por el engaño o por la pérdida, sino por la ausencia, por mi ausencia de la vida de Louis durante los años anteriores a 1936. Él nunca ha querido hablar de ella a fondo. No se ha sincerado conmigo y creo que si lo hubiera hecho, si hubiera corrido la cortina que ocultaba esa parte dolorosa de su pasado, me habría liberado de ese fantasma sin rostro con el que conviví tanto tiempo.

Han sido celos persistentes, celos de los juegos sexuales que, lo sé, fueron el pan de cada día con ella, celos de lo que desconozco pero intuyo, de lo que no quise investigar pudiendo hacerlo a través de amigos comunes, pero que siempre me atormentó. Me resulta duro hablar de ello. Parecerá mentira que una mujer que desapareció de la vida de Louis hace tanto tiempo aún me produzca desazón en este momento, al recordar los últimos veinticinco años. ¡Qué difíciles y qué frágiles podemos resultar! Dicen que los celos se producen a causa de la posesión frustrada. No lo sé, pero son un fantasma angustioso que renace con fuerza de tiempo en tiempo y entonces una se siente insegura y despreciada. Es una humillación difícil de entender si no se ha pasado por esa experiencia.

He dicho que no la conocía ni en fotografía hasta hace poco tiempo y es cierto. Un día Mahé trajo unas fotos de Louis. En una de ellas, a la entrada de una casa de campo, aparecía Louis con un hombre mayor y una chica. El hombre era Ajalabert en su casa de Beauvais; ella era Elizabeth. Según me dijo Mahé, la fotografía la tomó en el invierno de 1933, durante la última estancia de Elizabeth en Europa. Los tres se cubrían con pesados abrigos y Louis llevaba, además, una bufanda oscura. En la foto se veía que Elizabeth era guapa. Me renació una leve angustia y me atreví a preguntar.

— ¿Qué fue de ella?

— Se casó con un rico judío americano —me contestó Mahé.

— Pero él... intentó recuperarla... sé que fue a EE UU a buscarla —le dije.

— ¡Vamos! ¿A estas alturas tienes interés en saber de una historia olvidada?

— No, simple curiosidad —dije, mintiendo.

— Louis fue a EE UU, pero no para volver con ella.

Sabía que no era verdad lo que me decía.

— Era guapa —afirmé.

— No estaba mal, pero tú has sido la mujer de su vida —me engañó.

Abandoné la conversación y me guardé la fotografía en el bolsillo.

Me molesta ser objeto de la compasión de éste cómplice. Nunca consigo verlo de otra forma.

Louis y yo hemos hablado muy poco estos últimos años. Las confidencias ya no tienen sentido, nuestra vida agitada pasó, las ideas que intercambiábamos el uno con el otro comienzan a ser vulgaridades demasiado pronto; las caricias, con el sexo olvidado tiempo atrás, se convierten en roces mecánicos... en fin, la vida en común se achata y se diluye. Queda un tenue cariño que frecuentemente se confunde con la costumbre o la rutina. Además, él rechaza toda distracción. Ni un cine, ni un teatro. Un verano, no recuerdo cuál, le arrastré hasta el mar que tanto le gustaba de joven. Mi padre tenía dos apartamentos en Dieppe y nos prestó uno. Fuimos un domingo y, cuando llegamos, consideró que el lugar era excesivamente pequeño y ruidoso. Me obligó a tomar el primer tren que salía para París el lunes por la mañana. Nunca más ha querido salir de vacaciones.

Final

¿Vacaciones? Hace casi cincuenta años que me gano la vida y ya no sé lo que son. Antes del 14 los ricos estaban siempre de vacaciones. En cambió, para los obreros, para los pobres, las vacaciones eran algo raro. Ahora... bueno, para los niños perfecto, pero para los adultos... a los adultos no les sirven de nada las vacaciones. Dos días después de volver no se acuerdan de dónde han estado. Se pasan el tiempo en el taller haciendo planes: «Este año iremos a España». A ochenta por hora... y no ven nada. El coche les hace creerse ricos y poderosos. Las vacaciones sirven para comer. Ya lo decía Rabelais que, por cierto, fue cura en Meudon: «La tripa mueve al mundo». La tripa y la vanidad, dos cosas que hacen las vacaciones perfectas. Consecuencia: aumento de las reservas de grasas abdominales. Lo decía el ilustre Pétain: «Francia es mitad cocina, mitad burdel». Ya no hay burdeles, pero queda la cocina. La cocina y el Renault 4-4: cuatro caballos, cuatro ruedas, cuatro puertas y cuatro personas dentro. Todos igual: filete con patatas fritas, mojarse el culo en la playa durante agosto, el mismo coche y la misma pinta: gordos y pesados. ¡Que se vayan de vacaciones!, pero que no vuelvan.

Hace unos días, ya lo he dicho, vino a verme Gallimard, aquí en Meudon; no pudimos darle café, se tomó un té y yo le dije que el té era un invento inglés que había acabado con la yerba mate. ¿Cuánta yerba mate habrá libado Le Vigan en Argentina? A este loco le cogieron en Sigmaringen el 21 de abril del 45. Le juzgaron y le condenaron a diez años de trabajos forzados y a la indignidad nacional; también le confiscaron sus bienes... ¿Qué bienes?... Se pasó varios años en el penal... luego lo soltaron y se fue a Argentina... a sorber yerba mate bajo el poncho... Le Vigan... el mejor de los gauchos.

No se olvidaron de mí... ¡qué va!... me persiguieron con el artículo

75 por toda Europa. ¡Claro!, había que explicar a los franceses que ellos no habían colaborado, que nadie... sólo el doctor Destouches, que casualmente estaba ese día haciendo de médico gilipollas cuidando a unas niñas pequeñas con su abuela... cuando el heroico Ejército francés entró en desbandada.

¿Qué hicieron Sartre y sus amigos? ¿Dónde estaban durante la Ocupación? En el Flore. Bebiendo, hablando y ensayando obras de teatro. No hay como subirse al caballo ganador. Cuando los alemanes se fueron de París el 18 de agosto de 1944, estos héroes y santos mártires estaban resistiendo en el campo con fiereza sin igual. Se presentaron en París el 16 de agosto de 1944, traían su bronceado veraniego y protestaban de lo mal escogido que estaba el día de la Liberación... Qué falta de sentido hacerles venir de sus lugares de esparcimiento... arrastrar a sus amantes hasta el Barrio Latino en días tan calurosos, con el Sena llenándolo todo de humedad. ¡Puaf!

Llegaron con sus coches nuevos, pero en lugar de ir al Lousianne, donde acostumbraban, se bajaron en el hotel Welcome, que está a diez metros del Lousianne. El hotel Welcome... naturalmente... «Bienvenidos»... ellos, que no se habían marchado. Se fueron al Welcome para evitar ser reconocidos (¿por quién?). Tomaban *turin-gins* en el Flore... sí, lo ha escrito Sartre. Bebían *turin-gins* en lugar de los habituales martinis para que no se les reconociera. Jean Paul y Albert, los dos juntos diseñando el futuro de la patria y haciendo las listas negras de la depuración. No hay que fiarse de los bizcos, tienen muy mala leche.

Los ídolos de la juventud habrían ido a la cárcel. Esa serpiente bizca, si tanto sufre por haber quedado libre... tenía a todos los nazis, las salas llenas, en el Sara Bernhardt... Que hubiera subido al escenario y les hubiera dicho: «¡Vosotros, teutones! ¡Os odio! ¡Atracadores! ¡Torturadores! ¡No tardarán en daros por el culo!». Si hubiera hecho eso, habría tenido lo que pidió para mí: ¡cárcel!

¡Señoritos de mierda! Amantes de los proletarios... ¡Si sólo han visto obreros en las fotografías, esas que salen en los periódicos! ¡Qué gran mentira! ¿Intelectuales? ¡Basura maloliente! ¡Renacuajo con gafas! Es un chacal que no sabe reír, con esa gesticulación absurda y epileptoide.

Yo soy un enemigo del pueblo. ¿Por qué? Mientras ellos se reunían en St. Germain des Pres, yo curaba enfermos. Cuando ellos estrenaban obras de teatro, yo iba en motocicleta casi de madrugada a Bézens... ¡Excremento enano y bisojo!

Ahora defiende a los moros de Argelia. Él, educado y de buena familia, tiene el descaro de ser el mejor defensor de los morazos que ponen bombas en las estaciones de autobús de Oran. Ese jesuita podrido descubre ahora que el fin justifica los medios, y por lo tanto hay bombas buenas, que llevan a buen fin, y bombas malas. Le da igual que las buenas maten a niños... Ese sacrificio es el que se merece la revolución liberadora que hará felices a los árabes en cuanto los franceses se vayan de allí.

¡Filósofo de mierda! Justificador de todas las masacres siempre que sean en la buena dirección! Maniqueísmo y mentira.

Me jodieron bien... Al fin y al cabo, qué importa. No puedo quejarme... Hice lo que me dio la real gana. He escrito como y contra quien he querido.

Naturalmente me equivoqué... he querido equivocarme siempre... porque es la única forma de acertar. ¿Equivocarse? Los únicos que no se equivocan son los que lamen el culo a los poderosos de ayer, hoy y mañana. Hay que escoger entre mentir o morir. Yo no he mentido nunca, por eso tienen razón quienes dicen que he muerto. He muerto de indignidad nacional y, por eso, he muerto de dignidad personal, que es la única que cuenta.

Hace unos días, ya lo he dicho, me vino a ver Gallimard y el muy asno me insinuó que mis novelas ganarían mucho retomadas por el cine.

—Sus novelas son guiones que pueden pasar al cine —me dijo muy serio.

—¡Ya!, el cine tiene todo lo que le falta a mis novelas —le contesté —: el movimiento, el paisaje, lo pintoresco, las buenas hembras desnudas, a pelo, los tarzanes, los efebos, los leones, los juegos de circo, los juegos de alcoba, los crímenes, las orgías, los viajes... todo lo que el puñetero escritor no hace sino indicar. Qué increíblemente fatigosa es la novela de habla emotiva, ¿verdad? La emoción no puede ser captada y transcrita más que a través del lenguaje hablado... del recuerdo del lenguaje hablado y al precio de una paciencia inabarcable, a fuerza de infinitas y pequeñísimas retranscripciones. El cine no puede hacerlo... es una revancha del maldito escritor. A pesar de todo el ruido, de la publicidad, de las pestañas postizas, de los suspiros, las sonrisas, los sollozos... el cine sigue siendo hueco, mecánico, frío. Yo soy el inventor de un estilo y es imposible que eso lo recoja el cine.

—Y usted es inventor de un estilo... ¿Lo cree así?

—Sí, señor... es una pequeñísima invención... práctica, como el piñón múltiple de las bicicletas. Pero resulta que no hay grandes inventos, sólo pequeños. Lo único que hizo Lavoisier fue poner cifras a cuerpos naturales que eran conocidos mucho antes de que él naciera. Pasteur no hizo otra cosa que dar nombre a todo lo más pequeño que encontraba bajo su lupa. Yo he intentado captar la emoción. La emoción no se revela sino después de un enorme esfuerzo a través de lo hablado, que hay que reproducir escribiendo al precio de penurias, de infinita paciencia, echándole unas pelotas que usted no puede ni sospechar. Retenga, al menos, que la emoción es avara, fugaz, evanescente. No basta con desearlo para atrapar a la muy puta. ¡Para ello hacen falta años de acechanza austera! Y eso... con mucha suerte.

—Veo que ha reflexionado mucho sobre sus escritos.

—¡Vaya por Dios! —le contesté—. Para mí ya todo está reflexionado.

Me han puesto la etiqueta de terrorista, violador de la lengua francesa, delincuente, pederasta y reo de derecho común. Desde 1932 se ha agravado mi caso, además de violador, soy traidor, genocida... hombre de las nieves. ¡Oh, pero qué limpiamente pueden despojarle a uno! ¡Este infame no ha existido nunca!, me dicen. ¡Está muerto!

La muerte... ¿qué muerte? Mi muerte o quizá las que he sentido de cerca durante tantos años. En realidad uno convive con ella desde el nacimiento, pero no es ésa la muerte en la que ahora pienso, me refiero a la muerte propia, al lento desaparecer de uno mismo. La muerte propia es producida siempre por los demás. No es la tuberculosis o el cáncer, el accidente o el pistoletazo suicida los que te llevan por delante. No se trata de un asunto objetivo, numerable... ¡Éste ya palmó! No es eso... Te eliminan de su vida, primero unos pocos, que te van conociendo, que no les aportas nada, que les caes mal, que te odian. Luego el número crece, son legión, sobre todo si tienes el mal gusto de destacar, de salirte del rebaño, de diferenciarte. Si no sigues las buenas maneras... entonces te miran como si fueras transparente. No existes. Es muy real. Tú crees existir, pero ya has muerto. Tú mismo, si estás despierto, si prestas atención, te darás cuenta. No es que te obsesiones con si te miran bien, te miran mal o no te miran, basta con que tú mires hacia dentro sin espejo y notarás que te vas muriendo, que tus recuerdos se te ensombrecen y no es eso lo grave, lo más empecinado es que ya no te duele nada de lo que fue tuyo y perdiste. La muerte es indolora e insípida. Tu capacidad de protesta decae. Te desvaneces para ellos y ellos se diluyen en tu lejanía... Sólo queda el enterrador que un buen día te mete en el hoyo... Luego certifican que has desaparecido. Lo ponen en un papel. Es suficiente. La vida es el complemento de la muerte. Cuanta más cantidad de vida hay en una persona menos muerte hay en ella. Tiene que ver con la edad: la muerte crece con los años al mismo ritmo que mengua la vida. Pensar otra cosa es engañarse. El tiempo, ése es el gran asesino. Veo a mucha

gente que intenta disimular su influjo, pretende ocultarse a su impertérrita mirada. Las mujeres se pintan, se acicalan, ocultan sus codos arrugados, se embadurnan las patas de gallo. Los hombres arriman sus nacidos cuerpos a jovencitas veinteañeras, se tiñen el pelo o se pasan mechones de cabellos de derecha a izquierda del cráneo, por encima de sus calvas lustrosas. Da igual, la muerte ya se come todos los días unas cuantas neuronas. ¡La experiencia! ¡Qué risa! La experiencia consiste en malas artes adquiridas. El cerebro disminuye a partir de los treinta años. Es un hecho físico indiscutible, como innegable es que la elasticidad de los músculos, la velocidad de nuestros nervios, nuestros reflejos físicos y mentales decaen con el paso de los días. Una persona de quince años cicatriza sus heridas en menos de la mitad de tiempo que una de treinta. La muerte crece en progresión geométrica, nuestra vida desaparece a la misma velocidad. La rebelión contra la muerte es un intento vano. Nadie es capaz de enseñárnoslo, pero deberíamos saber desde muy jóvenes que la vida es una guerra sin botín.

Gallimard vino a verme a propósito de la reedición de mis primeros libros. ¡Vaya!, nada menos que en la Pléiade. Mucho ringorrango, pero pagan el cuatro por ciento... Como publican sólo a los autores muertos, pagan poco. Deben saber que yo también he muerto.

Acabamos hablando de muchas cosas, como de Balzac; sí, hablamos también de Balzac, que estuvo en Meudon, que vivió en Bellevue en casa del conde Apponyi, embajador de Austria por entonces. Gallimard es balsaciano y anda buscándole la pista al tal conde Apponyi... en el Ayuntamiento... en el catastro... ¡nada!

—Pronto vendrán los chinos —le digo.

—¿Y cuándo calcula que estarán aquí los amarillos? —contesta embromándose.

—En Bizancio —le hago notar— andaban preocupados por el sexo de los ángeles cuando ya los turcos se cargaban las murallas y pegaban

fuego a los barrios bajos. Lo mismo nos está pasando a nosotros ahora con lo de Argelia. Nuestros grandes hombres no se preocupan del sexo de los ángeles, ni del peligro amarillo, sólo se ocupan de comer. Comer cada vez más y con buenos vinos. ¡Que vengan, que se atrevan los chinos! ¡No pasarán de Cognac! Pero volvamos al conde Apponyi, el embajador de Austria que tan bien trató a Balzac. Yo también tuve una persona de Austria que me tomó de la mano cuando iba a salir a la calle mi primera novela. No era conde ni embajador... sólo era una mujer hermosa, con el culo mejor terminado del mundo. Se llamaba Cillie... Hacía sol y había luz en Montmartre en aquel otoño en que, en mal hora, cambié de oficio. De atardecida la vimos Mahé y yo, sentada en el Café de la Paix. Leía muy atenta una guía de París, una de esas guías que eran famosas en aquellos años y que llevaban el nombre de su autor o editor: Baedeker. Leímos juntos algo sobre el Sacré-Coeur, sobre Montmartre. Hoy leeríamos algo más actual, por ejemplo, nos interesaríamos por el cementerio del Père-Lachaise:

Conocido también como cementerio del Este, es el primero y el más interesante de los tres grandes cementerios de Parts. Recibe su nombre del jesuita Lachaise, confesor de Luis XV, que tenía una casa de campo en el punto donde hoy se encuentra la capilla del camposanto. La ciudad compró esta propiedad en 1804 e hizo construir el cementerio conforme a los planos de Brogniart. Más tarde fue ampliado hasta ocupar las cuarenta y cuatro hectáreas que ahora tiene. El Père-Lachaise realiza las inhumaciones correspondientes a los barrios del noreste de París, pero cualquiera puede comprar allí una sepultura...

Todos pueden comprar... menos yo, que no quiero gastar el poco dinero que tengo en una tumba allí, y me quedaré aquí, en Meudon. Entonces, hace casi treinta años, no nos ocupábamos de la muerte. Nos entreteníamos con otras cosas. Diré más: a pesar de haberla visto tan cerca durante la guerra del 14, la muerte no existía, no la comprendía

como ahora. En fin, volvamos a Cillie. Al verla le dije a Mahé: «Un tres palos», y él asintió. Bien arbolada, de línea fina... buena navegación. ¡Madre mía!, ¡qué culo tenía... y qué piernas! Recuerdo bien la tarde, pero su cara se me emborrona, no la preciso. Si fuera pintor tendría dificultades para reproducir su rostro, que era alegre. Eso sí, su risa vuelve a mí después de tanto tiempo. Pasamos entonces unos días llenos de luz... Luego todo se lo llevó la guerra... a ella... a sus amigos... a mí.

Hace unos días vino Mané. Tiene el pelo entrecano. Ha dejado de pintar. Le dije en broma:

—Yo moriré antes que tú. Bueno, ya sabes que estoy muerto... eso dicen, pero me refiero al día en que me entierren. Debes hacerme una lápida muy simple. Nada de cruces: ni griegas, ni latinas, ni gamadas... ni la de Lorena. Pintas un buen barco, grande, tres palos, de los que nos ponían los dientes largos en St. Malo. Las velas desplegadas, con una gran escora; se ha de notar el viento. Lo haces tallar en una buena piedra y me la colocas encima. A ver si hay suerte... y todavía navego.

No me debió ver buena cara porque me contestó serio, cambiando de conversación.

—Siempre andas en lo mismo... A propósito de un buen tres palos —me dijo—, ¿te acuerdas de la austríaca que encontramos en el Café de la Paix? Ésa sí que resucitaba a un muerto.

Cillie me hizo unas fotos aquellos días. Recuerdo que me las envió desde Viena y las utilicé para la prensa cuando se publicó mi primer libro y Denoel quiso promocionarme. Debí encontrarme favorecido, ¡qué coquetería!, de no ser así no las hubiera usado. Más tarde también me envió por correo el Brueghel: *La fiesta de los locos*. Vimos el cuadro juntos, con Elizabeth, en el Museo de Viena. Estuve frente al cuadro una hora y ellas protestaban de mi tardanza. Les intenté explicar que el viejo holandés, resentido y lúcido, había pintado allí nuestra vida, es decir, nuestra muerte. Ellas creían que bromeaba, pero me puse serio y entonces

miraron con atención el cuadro.

¿Qué habrá sido de ellas? De Elizabeth, casada con un judío en los EE UU; de Cillie, viuda por dos veces, lejos también.

¡Qué lenta putrefacción ver pasar los días entre tanto gris aquí en Meudon!

Viernes 14 de julio de 1961. Información de la *Agence France Presse*.

Louis Ferdinand Destouches, conocido como Céline, falleció el sábado 1 de julio a causa de un aneurisma cerebral que le produjo un derrame. El que fuera *premio Renaudot* en 1932 y escritor original y polémico murió el sábado pasado en su residencia de Meudon. Ayer martes fue enterrado en el cementerio municipal de esa localidad cercana a París. Al sepelio asistieron unas decenas de personas, entre las que se encontraban el escritor Marcel Aymé, el editor Gallimard y otros amigos del fallecido. Destouches, cuyas obras han sido publicadas recientemente en la *Pléiade*, atravesaba una situación económica precaria. Nuestro corresponsal informa, asimismo, que en los últimos años había vuelto a ejercer su antigua profesión de médico. El escritor fue acusado de colaborar con los ocupantes alemanes durante la guerra, y vivió exiliado en Dinamarca hasta que en 1951 regresó a Francia. Desde entonces habitaba en la banlieue, llevando una vida social extremadamente discreta.

En octubre de 1962 el semanario *L'Express* dedicó un número a Destouches. Allí aparece la narración que sigue, realizada para la revista por la que fue su segunda esposa, Lucette Almanzor, bailarina que en tiempos formó parte del *ballet* de Serge Lifar.

Fue el sábado 1 de julio de 1961. Por la mañana, cuando me levanté a las nueve, hacía un calor insoportable. No lo encontré por la casa: había bajado al sótano y estaba acostado en un camastro viejo y sin uso. A pesar del calor tenía la mano derecha helada. Creo que ya no le circulaba la sangre por el brazo. Como pude, le arrastré al primer piso, a la cama.

—Voy a llamar al médico —le dije.

—Ni se te ocurra. Déjame morir en paz. No quiero ni inyecciones, ni médicos, ni plañideros. No avises a nadie. Este trance lo pasas solo o haces el ridículo.

Tenía un horrible gesto de dolor en la cara. El derrame cerebral debía de haber comenzado muy temprano. Se tapó la cabeza con la sábana, apenas dejaba ver su cabello. Salí de la habitación sin saber que hacer. Me senté en el salón, desolada. Por suerte, al rato llegó, como muchos sábados, Serge Perrault, un viejo amigo, bailarín de la Ópera, que había venido con su hija, todavía una niña. Esperamos un rato y entramos de puntillas en la habitación. Louisya había muerto.

Cuando organizamos sus papeles comprobamos que, quizá aquella misma mañana, había terminado su último libro. Finalizaba con la siguiente frase: «*Honduras espumantes en donde todo deja de existir*». La palabra «*Fin*» estaba escrita debajo de esta frase, con una letra convulsa.

Llovía aquel día de enero.

Algún tiempo después hice grabar su nombre en una lápida de mármol rosado. Mandé poner debajo las fechas que enmarcaron su vida: 1894-1961. El espacio restante de la lápida reproduce en bajorrelieve un barco de tres palos que trajo para la tumba Henri Mahé.

—En recuerdo de los tiempos alegres —me dijo.

Los tiempos en que Louis aún no escribía, aquellos que no compartí con él. Mahé me dio también unos versos de Baudelaire.

*C'est un ironique, un moqueur,
mais l'énergie avec laquelle
il peint le mal et sa séquelle
prouve la beauté de son coeur.*

No quise colocar estas palabras sobre la tumba que algún día será también la mía.

Postscriptum

Esta novela tiene su arranque en la publicación de un buen número de las cartas que Louis Ferdinand Destouches —cuyo pseudónimo literario era el de Céline— escribió a sus amigas durante los años treinta, sacadas a la luz por Gallimard hace algún tiempo.

Entre estas cartas llaman la atención las dirigidas a una joven vienesa y judía, relacionada con el mundo del psicoanálisis y de la Viena Roja. Esta amante ocasional y amiga permanente de Céline aparece oculta en la citada publicación bajo la letra N.

La contradicción entre la amistad y ternura declaradas hacia N y la imagen que de Céline ha llegado hasta nosotros —antisemita furibundo y fascista convicto—, además de la fascinación que ejerce la Europa maniquea de entreguerras, fueron los impulsos primeros de esta narración.

Ya en ella, hablé con José Miguel Ullán, que vivió a finales de los años sesenta en el *finis-terrae* de Destouches, Meudon, donde conoció a la viuda del escritor. Los libros de y sobre Destouches que Ullán me prestó difícilmente los hubiera encontrado en Madrid. Fue éste el segundo impulso. Para entonces ya sabía el verdadero nombre de N.

Avanzada la novela, apareció el exhaustivo estudio de Frédéric Vitoux sobre la vida de Destouches, al cual se deben muchas precisiones.

Las voces que aquí aparecen, lo hacen, en general, con sus nombres verdaderos. Debo advertir, empero, que todos los personajes son fruto de mi imaginación, eso sí, apoyada frecuentemente en hechos comprobables.

Procuré no caer en la tentación de usar las obras de Destouches en los relatos que en esta novela se le atribuyen, pero he de confesar que no siempre lo conseguí.

Muchos son los autores de los que me he servido. He aquí una lista no

exhaustiva: H. Mahé, Peter F. Drucker, Ilya Ehrenburg, Wolf Bertram, Ernst Fischer, Wolfgang Maderthaner, Michel Cullin, Francisco Pereña, C.L. Sulzberger, Jean Lacouture, Claudio Magris, Gilíes y Jean R. Ragache, etcétera.

El autor.



JOAQUÍN LEGUINA, nacido en Villaescusa (Cantabria) en 1941, fue durante doce años presidente de la Comunidad de Madrid y durante once secretario general de la Federación Socialista Madrileña (FSM). Doctor en ciencias Económicas (Universidad Complutense de Madrid) y en Demografía (Sorbona de París), es estadístico superior del Estado desde 1969 y ha publicado varios libros de su especialidad.

Es autor de numerosos artículos y desde 1985 ha mantenido una fructífera carrera literaria en la que ha combinado ensayo y narrativa. De su obra habría que destacar títulos como *Malvadas y virtuosas* (1997), *Años de hierro y esperanza* (2001), *El duelo y la revancha* (2010), *El camino de vuelta* (2012), *Impostores y otros artistas* (2013), *Historia de un despropósito* (2014) y las novelas *La fiesta de los locos* (1990), *Tu nombre envenena mis sueños* (1992), *La tierra más hermosa* (1996), *El corazón del viento* (2000), *Por encima de toda sospecha* (2003), *Las pruebas de la infamia* (2006) y *La luz crepuscular* (2010).

Notas

[¹] El 10 de enero de 1940, durante la Ocupación, Grégoire Ichok cogió una cápsula de cianuro del dispensario de Clichy y se envenenó en la terraza del Café des Sports, en la Puerta de Maillot. Su muerte fue instantánea. (N. del A.) <<

[2] Por extraño que resulte, esta frase textual aparece en una carta de Destouches escrita desde la cárcel. (N. del A.) <<